

EL HOMBRE PERFECTO

TOMO II



OSVALDO REBOLLEDA

EL HOMBRE PERFECTO

TOMO II



OSVALDO REBOLLEDA

Este libro No fue impreso
con anterioridad
Ahora es publicado en
Formato **PDF** para ser
Leído o bajado en:
www.osvaldorebolleda.com

Provincia de La Pampa
rebolleda@hotmail.com

Todos los derechos de este material son reservados para el Señor, quién los ofrece con la generosidad que lo caracteriza a todos aquellos que desean capacitarse más y lo consideran de utilidad.

No se permite la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, para ser publicado comercialmente.

Se puede utilizar con toda libertad, para uso de la enseñanza, sin necesidad de hacer referencia del mismo.

Se permite leer y compartir este libro con todos los que más pueda y tomar todo concepto que le sea de bendición.

Edición general: **EGE**

Revisión literaria: **Autores argentinos**

Revisión solo ortográfica - **IA** -

Diseño de portada: **GDR**

Todas las citas Bíblicas fueron tomadas de la Biblia versión Reina Valera, salvo que se indique otra versión.

CONTENIDO

Introducción.....	5
 Capítulo uno: Las bendiciones de Su obediencia.....	 10
 Capítulo dos: El representante de una humanidad imperfecta.....	 27
 Capítulo tres: En Él vivimos, nos movemos y somos.....	 39
 Capítulo cuatro: Un camino hacia la revelación y la obra.....	 52
 Capítulo cinco: El perfecto amor del hombre perfecto.....	 64
 Capítulo seis: El Padre solo demanda lo que otorga en el Hijo.....	 77
 Capítulo siete: La Ley de la piedra al corazón.....	 94
 Capítulo ocho: Revestidos del Nuevo Hombre.....	 106

Capítulo nueve:	
La centralidad del evangelio del Reino.....	118
Capítulo diez:	
La realidad y la Fe del hombre perfecto.....	128
Capítulo once:	
El Hombre perfecto y la complacencia del Padre.....	134
Capítulo doce:	
La justicia del Padre en la gracia del Hijo	145
 Reconocimientos.....	 158
 Sobre el autor.....	 160



INTRODUCCIÓN

“Cuando el Espíritu Santo nos revela nuestra posición”

Cuando comenzamos este recorrido por la figura del Hombre perfecto, descubrimos que toda la Escritura parecía avanzar silenciosamente hacia una sola Persona. Desde las primeras páginas del Génesis hasta la plenitud del Nuevo Testamento, Dios fue preparando el escenario para revelar a Aquel que cumpliría todo lo que ningún otro hombre había podido cumplir.

Poco a poco fuimos comprendiendo que los grandes textos del Antiguo Testamento no describían simplemente un ideal moral, inalcanzable para la humanidad, sino que anunciaban proféticamente la llegada de Jesucristo, el único Hombre sobre quien el Padre encontraría una complacencia absoluta.

Ese descubrimiento cambia para siempre nuestra manera de leer la Biblia. Ya que no observaremos las Escrituras preguntándonos cómo alcanzar el modelo presentado en ellas, sino contemplando cómo ese modelo encuentra finalmente su cumplimiento en Cristo.

Allí donde durante siglos muchos creyentes vieron únicamente exigencias, comenzamos a descubrir promesas. Allí donde antes parecía levantarse un ideal imposible de alcanzar, ahora contemplamos al Hijo de Dios haciéndolo realidad en nuestro lugar.

Sin embargo, ese primer descubrimiento nos conduce inevitablemente hacia una pregunta todavía más profunda. Si Cristo es verdaderamente el Hombre perfecto, y ciertamente lo es, ¿qué significa eso para nosotros? ¿Se trata simplemente de admirar su vida como el ejemplo más elevado de obediencia? ¿Debemos limitarnos a intentar imitar su conducta con nuestras propias fuerzas? ¿O acaso el propósito eterno del Padre es infinitamente más profundo que una simple imitación moral?

Creo que precisamente allí comienza el verdadero corazón del evangelio. Porque el Nuevo Testamento nunca presenta a Jesucristo únicamente como un Maestro extraordinario que vino a enseñarnos a vivir mejor. Tampoco lo presenta solamente como un Mártir inocente que murió por una causa justa. Los apóstoles hablan de Él utilizando un lenguaje mucho más sorprendente. Lo llaman el segundo Hombre, el postrer Adán, la Cabeza de una nueva creación, el Primogénito entre muchos hermanos. Cada una de estas expresiones nos invita a mirar a Cristo no solamente como un individuo excepcional, sino como el Representante de una humanidad completamente nueva. Y esa diferencia lo transforma todo.

Porque si Cristo vino únicamente para enseñarnos, el peso de la historia continúa descansando finalmente sobre nosotros. Todo dependería, otra vez, de nuestra capacidad para obedecer, perseverar y parecernos a Él. Pero si Cristo vino como nuestro Representante, entonces la obra de la salvación adquiere una dimensión completamente distinta.

Descubrimos que Él no solo murió por nosotros; también vivió por nosotros. No solamente cargó con nuestros pecados; sino que presentó delante del Padre la obediencia perfecta que nosotros jamás habríamos podido ofrecer. No solamente resucitó para demostrarnos que existe vida después de la muerte; sino que resucitó inaugurando una nueva humanidad en la cual ahora somos incorporados por la gracia.

Esta verdad constituye, probablemente, una de las mayores diferencias entre la religión y el evangelio del Reino bajo la dinámica del Nuevo Pacto. La religión siempre coloca al hombre delante de una meta que debe alcanzar. El evangelio del Reino comienza colocando al hombre dentro de Cristo.

La religión parte de la responsabilidad para intentar llegar finalmente a la aceptación. El evangelio del Reino comienza con la aceptación para producir una obediencia nacida de una vida completamente nueva. La religión exige transformación para acercarse a Dios. El evangelio del Reino une primero al hombre con Cristo y, desde esa unión, hace brotar una transformación que ninguna disciplina humana habría podido producir.

A lo largo de las páginas de este segundo tomo caminaremos precisamente por ese territorio. Volveremos a recorrer algunos de los textos más conocidos de las Escrituras, pero intentaremos contemplarlos desde la perspectiva que los propios apóstoles nos enseñaron a

adoptar. Descubriremos que las bendiciones prometidas al hombre obediente encuentran primero su cumplimiento en Cristo.

Veremos que las maldiciones anunciadas para la desobediencia convergen finalmente en la cruz. Comprenderemos que la justicia del creyente no nace de su desempeño, sino de su unión con el Hombre perfectamente obediente. Y, sobre todo, aprenderemos que la vida cristiana no consiste en esforzarnos por fabricar el carácter de Cristo, sino en permitir que la vida de Cristo se manifieste en quienes permanecen unidos a Él.

Tal vez algunas de las afirmaciones desarrolladas en este volumen desafíen formas tradicionales de interpretar ciertos pasajes bíblicos. Mi deseo no es promover una lectura novedosa por el simple hecho de ser diferente, sino volver una y otra vez al centro de toda la revelación: “Jesucristo”.

Si al cerrar este libro terminan admirando más al Hijo de Dios que a cualquier sistema teológico, si aprenden a descansar más profundamente en la obra consumada del Hombre perfecto y si descubren que toda la Escritura converge armoniosamente en Él, entonces estas páginas habrán cumplido su propósito.

Después de todo, ese ha sido siempre el propósito del Padre. No formar una humanidad que intentara llegar hasta Cristo, sino una humanidad que pueda vivir para siempre en

Cristo, participando de la vida, la justicia, la obediencia y la herencia del Hombre perfecto.

El mundo necesita mas que nunca la manifestación del Nuevo Hombre y ese Nuevo Hombre es Cristo, hoy representado por Su cuerpo, la Iglesia. Esto debe romper todo paradigma de religiosidad y posicionarnos para la plenitud que Dios desea que podamos manifestar.

“Que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de gloria, os dé espíritu de sabiduría y de revelación en el conocimiento de él, alumbrando los ojos de vuestro entendimiento, para que sepáis cuál es la esperanza a que él os ha llamado, y cuáles las riquezas de la gloria de su herencia en los santos, y cuál la supereminente grandeza de su poder para con nosotros los que creemos, según la operación del poder de su fuerza...”

Efesios 1:17 al 19



Capítulo uno

LAS BENDICIONES DE SU OBEDIENCIA

Pocas porciones de la Biblia han ejercido tanta influencia sobre la vida de la Iglesia como el capítulo veintiocho de Deuteronomio. Generaciones enteras de creyentes aprendieron a leer estas palabras como una especie de contrato espiritual. Si obedeces, serás bendecido. Si desobedeces, vendrá la maldición. La vida cristiana terminó siendo entendida, muchas veces sin advertirlo, como un esfuerzo permanente por permanecer del lado correcto de esa ecuación.

No resulta difícil comprender por qué esta interpretación llegó a ser tan popular. El propio texto parece presentarse de esa manera. Moisés declara: ***“Acontecerá que si oyes atentamente la voz de Jehová tu Dios, para guardar y poner por obra todos sus mandamientos que yo te prescribo hoy... vendrán sobre ti todas estas bendiciones...”*** (Deuteronomio 28:1 y 2).

La condición parece absolutamente clara. ***“Si obedeces...”*** Y, a continuación, comienza una larga enumeración de bendiciones que abarcan prácticamente

todos los aspectos de la vida. Bendito en la ciudad y en el campo. Bendito el fruto del vientre. Benditas las cosechas. Benditas las canastas. Benditas las entradas y las salidas. Victoria sobre los enemigos. Prosperidad. Lluvias en su tiempo. Reconocimiento entre las naciones.

Leído de manera aislada, el capítulo parece enseñar que la bendición depende directamente del nivel de obediencia alcanzado por el pueblo. Sin embargo, antes de aceptar esa conclusión, conviene formular una pregunta que ya nos resulta familiar. ¿Existió alguna vez un hombre que cumpliera perfectamente la condición establecida por Moisés?

Observemos cuidadosamente la exigencia del texto. No dice simplemente: “Si procuras obedecer”. Tampoco afirma: “Si obedeces la mayor parte de los mandamientos”. La demanda es mucho más radical: ***“Si oyeres atentamente... para guardar y poner por obra todos sus mandamientos”***. Todos, sin excepción, sin interrupción, durante toda la vida.

Es precisamente allí donde la historia bíblica comienza a responder por nosotros. Israel jamás logró cumplir esa condición. No porque el pueblo fuera especialmente perverso en comparación con las demás naciones, sino porque la Ley nunca fue dada como un medio para producir la justicia del hombre caído. Pablo afirmará siglos más tarde que ***“por las obras de la ley ningún ser humano será justificado delante de Él”***. No porque la Ley fuera mala. Todo lo contrario. La

Ley era santa, justa y buena. El problema residía en el corazón del hombre.

Aquí encontramos uno de los grandes dramas del Antiguo Pacto. La bendición estaba vinculada a una obediencia que el hombre, por causa de su condición caída, jamás podía sostener de manera perfecta. Cada fracaso volvía a colocar al pueblo bajo la conciencia de su propia insuficiencia. La Ley actuaba como un espejo extraordinariamente fiel: revelaba con absoluta claridad la santidad de Dios, pero también exponía la incapacidad del hombre para corresponder plenamente a esa santidad.

Si nos detenemos únicamente en ese punto, **Deuteronomio 28** termina convirtiéndose inevitablemente en una fuente permanente de incertidumbre. ¿He obedecido lo suficiente? ¿Será esta dificultad consecuencia de alguna desobediencia? ¿Qué nivel de fidelidad espera Dios para mantener abiertas las puertas de su bendición?

Confieso que durante años escuché predicaciones construidas alrededor de estas preguntas. Muchas de ellas nacían de un sincero deseo de estimular una vida santa. Sin embargo, casi sin advertirlo, trasladaban nuevamente al creyente al mismo terreno del antiguo pacto. La seguridad del hijo comenzaba a depender otra vez de la estabilidad de su propio desempeño.

Pero el Nuevo Testamento nos obliga a mirar este pasaje desde otra perspectiva. Porque, si la condición

consistía en una obediencia perfecta, entonces debemos volver a preguntar: ¿Conocemos a alguien que haya obedecido absolutamente todo lo que el Padre le encomendó?

La respuesta vuelve a conducirnos hacia la misma Persona que hemos venido contemplando desde el comienzo de esta serie: “Cristo”. Solo Cristo pudo decir al final de su ministerio: ***“He acabado la obra que me diste que hiciese”***. Solo Cristo fue obediente ***“hasta la muerte, y muerte de cruz...”***

Estas declaraciones no constituyen simples ejemplos de una vida piadosa. Representan el cumplimiento perfecto de aquello que **Deuteronomio 28** exigía y que ningún descendiente de Adán había podido alcanzar. Entonces comenzamos a descubrir algo que, quizá, había permanecido oculto delante de nuestros ojos.

Las bendiciones de **Deuteronomio 28** tienen, antes que nada, un destinatario. El Hombre perfectamente obediente. El Padre había prometido bendición al hombre que cumpliera plenamente su voluntad, y ese Hombre finalmente apareció. Tal vez los israelitas pensaron que eran capaces. Tal vez justificaron sus errores por medio de la identidad, pero al final, la religiosidad los terminó ahogando como nación, incluso hasta nuestros días.

La verdad es que todo cuanto el pacto anunciaba en esa época se encuentra en Cristo, su legítimo heredero. Él es el

verdadero Bendito, Él es el verdadero Obediente, Él es el verdadero Heredero de todas las promesas.

Esta comprensión transforma completamente nuestra lectura del texto. Ya no contemplamos las bendiciones como premios que intentamos conquistar mediante una obediencia fluctuante. Comenzamos a verlas como la herencia legítima del Hijo perfectamente obediente. Y aquí el evangelio del Reino despliega nuevamente toda su gloria.

Porque el propósito del Padre nunca consistió en bendecir únicamente a Cristo como un individuo aislado. Desde antes de la fundación del mundo, el Hijo fue constituido Cabeza de una nueva humanidad. Todo cuanto recibe como Hijo obediente comienza a ser compartido con aquellos que el Padre une a Él mediante la fe.

Esto explica por qué Pablo puede escribir a los efesios utilizando un lenguaje tan sorprendente: ***“Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos bendijo con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo”*** (Efesios 1:3). Observemos cuidadosamente el orden. No dice que seremos bendecidos cuando finalmente logremos el nivel de obediencia exigido por Deuteronomio, afirma que ya hemos sido bendecidos. Y añade inmediatamente el fundamento de esa bendición: ***“En Cristo”***.

Esas dos palabras contienen una revolución teológica inmensa. La bendición ya no descansa sobre la perfección de

nuestra obediencia, descansa sobre la perfección de la obediencia del Hijo. Nuestra esperanza ya no fluctúa con nuestros aciertos y nuestros fracasos, permanece tan firme como permanece la obediencia de Cristo delante del Padre.

Esto no significa que nuestra obediencia carezca de importancia. Significa que nuestra obediencia ya no constituye la raíz de la bendición, sino el fruto. Primero somos incorporados al Hombre perfectamente obediente; después, por la obra del Espíritu Santo, comenzamos a caminar en una obediencia que brota de esa nueva vida. La diferencia es inmensa. Bajo el antiguo pacto el hombre obedecía para intentar ser bendecido. Bajo el Nuevo Pacto obedecemos porque ya hemos sido bendecidos en el Hijo.

Y creo que aquí aparece una verdad capaz de producir un profundo descanso en el corazón de los hijos de Dios. Ya no vivimos bajo la angustia permanente de preguntarnos si hoy hemos obedecido lo suficiente para conservar el favor del Padre. Vivimos descansando en la obediencia consumada de Cristo, una obediencia que nunca necesitará ser completada, corregida ni repetida. Sobre esa obediencia perfecta descansa toda nuestra esperanza, toda nuestra aceptación y toda nuestra confianza delante de Dios.

Cuando comprendemos esto, **Deuteronomio 28** deja de ser un examen imposible que pone continuamente a prueba nuestra conciencia y se transforma en un inmenso anuncio profético. Durante siglos, el Padre estuvo anunciando que un día aparecería un Hombre cuya

obediencia sería tan perfecta que abriría para siempre las puertas de la bendición. Ese Hombre ya vino. Su nombre es Jesucristo. Y todo aquel que permanece en Él participa, por pura gracia, de la herencia que únicamente el Hombre perfecto tenía derecho a recibir.

La comprensión de esta verdad produce inevitablemente una nueva pregunta. Si las bendiciones de Deuteronomio encuentran su cumplimiento en la obediencia perfecta de Cristo, ¿qué lugar ocupa entonces nuestra obediencia? Porque alguien podría concluir apresuradamente que, si todo ha sido consumado por el Hijo, la conducta del creyente deja de tener importancia.

Sin embargo, esa conclusión sería tan equivocada como la interpretación que pretende hacer depender toda bendición del esfuerzo humano. El evangelio jamás se mueve entre esos dos extremos. Ni convierte la obediencia en el medio para obtener el favor de Dios, ni transforma la gracia en una excusa para vivir indiferentes a su voluntad. El Nuevo Pacto revela un camino mucho más profundo, porque cambia completamente el punto desde el cual comienza la vida del creyente.

Bajo el antiguo pacto, el hombre iniciaba su camino desde la responsabilidad y esperaba, si permanecía fiel, alcanzar finalmente la bendición. Toda la relación con Dios estaba estructurada alrededor de una condición: ***“Si obedeces...”*** No porque Dios deseara mantener al hombre en

una permanente incertidumbre, sino porque la Ley debía revelar la verdadera condición del corazón humano.

La historia de Israel demuestra que el problema nunca estuvo en la santidad de los mandamientos, sino en la incapacidad del hombre para responder plenamente a ellos. La Ley no fracasó; cumplió exactamente la misión para la cual había sido dada. Expuso el pecado, desenmascaró la autosuficiencia y preparó el escenario para la llegada de Aquel que cumpliría perfectamente todo lo que ella demandaba.

Por eso, cuando Cristo aparece, no viene simplemente a enseñarnos a obedecer mejor. Él mismo declara que no ha venido para abolir la Ley, sino para cumplirla. Esta afirmación merece ser meditada con detenimiento, porque muchas veces la entendemos únicamente en el sentido de que Jesús obedeció algunos mandamientos que nosotros no podíamos obedecer. Sin embargo, el verbo cumplir posee un alcance mucho más amplio. Cristo llena completamente aquello que antes permanecía incompleto. Lleva la intención de Dios hasta su expresión definitiva. Todo cuanto la Ley anticipaba encuentra finalmente en Él su plena realización.

Esto significa que la obediencia de Cristo no constituye únicamente un ejemplo para nuestra admiración. Forma parte esencial de nuestra redención. Del mismo modo que necesitábamos su muerte para ser perdonados, también necesitábamos su vida perfectamente obediente para ser aceptados delante del Padre. Con frecuencia hablamos de la

sangre derramada en la cruz, y con razón, porque sin ella no existiría remisión de pecados. Pero antes de llegar al Calvario hubo treinta y tres años de obediencia ininterrumpida, de absoluta dependencia del Padre, de perfecta sumisión a su voluntad. Esa vida no fue un simple preludio de la cruz; fue parte indispensable de la obra redentora.

En ocasiones me pregunto qué habría ocurrido si Cristo hubiera vivido una vida común y únicamente hubiera muerto por nosotros. La respuesta es sencilla: su sacrificio no habría podido representarnos. El Cordero debía ser sin mancha. El sacrificio aceptado por Dios no podía presentar la menor imperfección.

Cada pensamiento, cada palabra y cada acción del Hijo fueron necesarios para constituir esa obediencia perfecta que el Padre recibiría con absoluta complacencia. Cuando finalmente dijo: “*Consumado es*”, no estaba hablando solamente de las horas vividas sobre la cruz. Estaba presentando delante del Padre una vida completa, perfectamente agradable desde el primer hasta el último instante.

Aquí descubrimos una dimensión del evangelio que pocas veces ocupa el lugar que merece en nuestra enseñanza. No somos salvos únicamente por la muerte de Cristo; somos salvos por Cristo. Somos salvos por toda Su Persona, por toda Su obra, por toda Su obediencia, por toda Su justicia. La cruz no puede separarse de la vida que la precedió, del mismo modo que la resurrección no puede separarse de ambas. El

Padre no recibió simplemente un acto de obediencia; recibió al Hombre perfectamente obediente.

Y precisamente porque estamos unidos a Él, nuestra relación con Dios comienza en un lugar completamente distinto del que conoció Israel al pie del Sinaí. Nosotros no comenzamos preguntándonos qué debemos hacer para que Dios nos bendiga. Comenzamos descubriendo que el Padre ya nos ha recibido en el Amado.

Esa aceptación no elimina el llamado a una vida santa; al contrario, le proporciona el único fundamento capaz de sostenerla. La obediencia deja de ser el precio de nuestra comunión con Dios para convertirse en la expresión natural de esa comunión.

Existe una diferencia enorme entre el hijo que trabaja para ganarse el amor de su padre y el hijo que trabaja porque sabe que ya es profundamente amado. Exteriormente ambos podrían realizar las mismas tareas, pero interiormente viven realidades completamente distintas.

Uno actúa impulsado por el temor de no ser suficiente; el otro, por la seguridad de pertenecer. Uno intenta alcanzar una aceptación que todavía no posee; el otro responde agradecido a una aceptación que ya le ha sido concedida. Creo que esta sencilla diferencia explica buena parte del contraste entre la religión y el evangelio.

Por eso el apóstol Pablo jamás exhorta a los creyentes a obedecer para convertirse en hijos de Dios. Siempre parte de la realidad de que ya lo son. Primero declara la obra consumada de Cristo, luego recuerda nuestra unión con Él y, solo entonces, exhorta a vivir de una manera digna de ese llamamiento. El orden nunca cambia. La identidad precede a la conducta, la gracia precede a la obediencia y la vida precede al fruto. Alterar ese orden significa volver, casi sin advertirlo, a la lógica del antiguo pacto.

Tal vez aquí se encuentre una de las razones por las cuales tantos creyentes viven agotados espiritualmente. Aman sinceramente al Señor, desean agradarle y procuran obedecerle, pero lo hacen desde el punto de partida equivocado. Sin darse cuenta, intentan producir mediante el esfuerzo aquello que únicamente puede nacer de la unión con Cristo.

Es como si una rama tratara desesperadamente de fabricar fruto olvidando que toda su capacidad para producirlo depende de permanecer unida al tronco. Jesús nunca dijo: “Esfuércense por producir fruto”. Dijo algo infinitamente más sencillo y, al mismo tiempo, más profundo: “***Permaneced en mí***”. Sé que lo he dicho, pero ese es el fundamento de estos volúmenes del Hombre perfecto, descubrir que todo fruto, capacidad y virtud, no constituye la causa de nuestra comunión con el Señor; sino que constituye la consecuencia inevitable de una naturaleza recibida por la gracia soberana.

Cuando esta verdad comienza a gobernar el corazón, **Deuteronomio 28** deja de ser un capítulo que genera ansiedad para convertirse en un inmenso motivo de adoración. Comprendemos que el Padre ya encontró al Hombre perfectamente obediente que la Ley anunciaba y que, por una gracia absolutamente inmerecida, nos ha unido para siempre a Él.

Entonces las bendiciones del pacto dejan de ser un objetivo que perseguimos con incertidumbre y pasan a ser el patrimonio del Hijo, patrimonio que el Padre ha querido compartir con todos aquellos que permanecen en Cristo. Esa comprensión no disminuye nuestro deseo de obedecer; lo transforma.

Ya no obedecemos para alcanzar la bendición. Obedecemos porque vivimos dentro de la bendición del Hombre perfecto. Y cuando la obediencia nace desde ese lugar de descanso, deja de ser una pesada obligación para convertirse en el gozo natural de una vida que ha encontrado, finalmente, su verdadero hogar en Cristo.

A lo largo de los años hemos aprendido a mirar las bendiciones prometidas en **Deuteronomio 28** casi exclusivamente desde una perspectiva material. Las cosechas, la lluvia, la victoria sobre los enemigos, la prosperidad de los rebaños y la abundancia de los graneros han ocupado el centro de nuestra atención.

No es extraño que haya sucedido así, porque el propio lenguaje del pacto mosaico utiliza esas imágenes para describir la bendición de Dios sobre Israel. Pero cuando llegamos al Nuevo Pacto descubrimos que aquellas realidades, siendo verdaderas dentro de su contexto histórico, apuntaban hacia una herencia infinitamente mayor.

El apóstol Pablo escribe a los efesios diciendo: ***“Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos bendijo con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo”*** (Efesios 1:3). Es una expresión que merece ser leída lentamente. No dice que el Padre reemplazó unas bendiciones por otras, como si las promesas antiguas hubieran perdido todo su valor.

Lo que hace es revelar la dimensión definitiva de aquello que el Antiguo Testamento anunciaba mediante figuras. Las bendiciones materiales no eran el destino final de la revelación; eran sombras que preparaban el corazón para comprender una realidad mucho más profunda.

Quizá podamos ilustrarlo de esta manera. Un padre que desea explicar a su pequeño hijo lo que significa una herencia puede comenzar hablándole de una casa, de un campo o de un viñedo, porque esas son las categorías que el niño está en condiciones de comprender.

Sin embargo, cuando ese hijo alcanza la madurez, descubre que la verdadera herencia nunca consistió únicamente en las propiedades de su padre, sino en la

relación misma con su padre, en participar de su nombre, de su familia y de todo aquello que le pertenece por derecho de filiación. Lo primero era real, pero señalaba silenciosamente hacia algo incomparablemente más grande.

Eso mismo sucede con el desarrollo de la revelación bíblica. Bajo el antiguo pacto, Dios hablaba a un pueblo cuya historia transcurría alrededor de una tierra, de ciudades, de cosechas y de enemigos visibles. Era natural que la bendición se expresara utilizando ese mismo lenguaje. Sin embargo, cuando llega Cristo, el horizonte se expande de manera extraordinaria.

El verdadero enemigo resulta ser el pecado. La verdadera esclavitud no es Egipto, sino la muerte. La verdadera tierra prometida no consiste simplemente en un territorio geográfico, sino en la vida del Reino. El verdadero descanso no se encuentra al otro lado del Jordán, sino en el Hijo que invita a todos los cansados y cargados a venir a Él.

De pronto comprendemos que la bendición más grande nunca fue la abundancia de trigo ni de vino, sino la presencia misma de Dios habitando para siempre con su pueblo. Todas las demás bendiciones encuentran allí su sentido.

Porque ¿de qué serviría poseer abundancia y carecer de comunión con el Padre? ¿Qué valor tendría conquistar ciudades si el corazón permaneciera vacío? ¿Qué ganancia habría en multiplicar los bienes si el hombre continuara separado de la Fuente de la vida?

Cristo vino precisamente para conducirnos hacia esa realidad definitiva. Él no vino simplemente a mejorar las circunstancias de nuestra existencia; vino a reconciliarnos con el Padre. No vino únicamente a resolver problemas temporales; vino a comunicarnos su propia vida. Por eso el Nuevo Testamento habla continuamente de una riqueza que supera toda medida humana.

Pablo ora para que los creyentes comprendan *“las riquezas de la gloria de su herencia en los santos”*, y Pedro describe nuestra esperanza como *“una herencia incorruptible, incontaminada e inmarcesible”*. El lenguaje de la abundancia permanece, pero ahora ha sido elevado a una dimensión que trasciende todo lo material.

Esto no significa que Dios haya dejado de interesarse por nuestras necesidades cotidianas. Sería una conclusión completamente equivocada. El mismo Señor que alimentó a Israel con maná es el que enseñó a sus discípulos a pedir el pan de cada día.

El Padre continúa cuidando de sus hijos con una ternura que abarca todos los aspectos de la vida. Lo que cambia es el centro de gravedad de nuestra esperanza. Ya no buscamos primero las bendiciones; buscamos habitar plenamente en el Bendito. Ya no perseguimos los dones como si fueran un fin en sí mismos; descubrimos que el mayor don es Cristo mismo.

Esta diferencia resulta decisiva. Muchas veces la vida espiritual termina empobreciéndose porque el corazón comienza a interesarse más por aquello que Dios puede dar que por Dios mismo. Sin advertirlo, las bendiciones ocupan el lugar del Dador.

El creyente continúa hablando de Dios, continúa orando y continúa leyendo las Escrituras, pero el centro silencioso de sus expectativas ha cambiado. La comunión con el Padre deja de ser el tesoro principal y se convierte en el medio para obtener otras cosas. Eso suele producir un gran desenfoque en los hijos de Dios y por ende, una gran pérdida.

Cristo invierte completamente esa lógica. Él mismo constituye la bendición prometida por el Padre. En Él encontramos el perdón que ninguna conciencia podía conquistar, la justicia que ninguna obediencia humana podía producir, la paz que ninguna circunstancia puede garantizar y la vida eterna que ninguna muerte puede destruir. Todas las demás bendiciones encuentran su verdadero valor únicamente cuando nacen de esa relación y conducen nuevamente hacia ella.

Por eso creo que **Deuteronomio 28** alcanza su cumplimiento más glorioso no cuando contemplamos a un hombre rodeado de prosperidad, sino cuando contemplamos al Hijo amado viviendo en perfecta comunión con el Padre. Allí se encuentra la verdadera riqueza. Allí aparece la bendición que jamás podrá deteriorarse. Allí descubrimos el propósito eterno de Dios, que nunca fue simplemente hacer

más cómoda nuestra existencia, sino hacernos partícipes de Su propia vida.

Y esta comprensión vuelve a conducirnos, una vez más, al centro de la tesis que hemos venido desarrollando desde las primeras páginas de esta serie. Todas las promesas encuentran primero su “sí” en Cristo. Él es el verdadero heredero. Él es el Hombre perfectamente obediente.

Él es el Bendito sobre quien el Padre derramó toda su complacencia. Y nosotros no participamos de esa herencia porque hayamos alcanzado finalmente el nivel espiritual que la Ley demandaba, sino porque, por la gracia del Padre, hemos sido incorporados a Aquel que es el Heredero de todas las cosas. En ese momento comprendemos que la mayor bendición del Nuevo Pacto no consiste simplemente en recibir algo de Cristo, sino en recibir a Cristo mismo.

Cuando el Padre nos dio a su Hijo, nos entregó juntamente con Él todo cuanto había prometido desde el principio, porque fuera de Cristo ninguna promesa alcanza su plenitud, pero en Cristo ninguna promesa queda sin cumplimiento. Creo que solo desde esa perspectiva las antiguas palabras de Moisés despliegan toda la belleza que el Espíritu Santo había escondido en ellas desde el comienzo.



Capítulo dos

EL REPRESENTANTE DE UNA HUMANIDAD IMPERFECTA

Al llegar a la segunda mitad de **Deuteronomio 28**, el tono del capítulo cambia de manera abrupta. El mismo Dios que había descrito con amplitud las bendiciones reservadas para el hombre obediente comienza ahora a enumerar las consecuencias de la desobediencia.

La lectura resulta sobrecogedora. Enfermedades, derrota, sequía, pobreza, vergüenza, exilio, angustia y muerte aparecen como las inevitables consecuencias de apartarse del pacto. Es un pasaje largo, intenso y profundamente solemne. Ningún lector puede recorrerlo sin percibir el peso de la santidad de Dios y la gravedad del pecado humano.

Durante siglos, muchos creyentes vivieron leyendo estas palabras con un temor permanente. Cada dificultad parecía despertar una sospecha. ¿Será esta enfermedad una maldición? ¿Habrá alguna desobediencia oculta que explique este sufrimiento? ¿Se habrá apartado Dios de mí? Poco a poco, el corazón comenzaba a vivir bajo la incertidumbre. Las bendiciones parecían depender de un nivel de obediencia

imposible de sostener, y las maldiciones se convertían en una amenaza constante sobre la conciencia.

Sin embargo, cuando el Nuevo Testamento interpreta la obra de Cristo, dirige nuestra mirada precisamente hacia este capítulo desde una perspectiva completamente inesperada. Pablo escribe a los gálatas unas palabras que, probablemente, constituyen el comentario más profundo que jamás se haya hecho sobre Deuteronomio. Dice:

“Cristo nos redimió de la maldición de la ley, hecho por nosotros maldición; porque está escrito: Maldito todo el que es colgado en un madero.”

Gálatas 3:13

Vale la pena detenernos en cada una de esas palabras. El apóstol no afirma simplemente que Cristo nos ayudó a escapar de la maldición. Tampoco dice que nos enseñó el camino para evitarla. Declara algo infinitamente más profundo: Él mismo fue hecho maldición por nosotros.

Cada vez que leo este versículo, siento que estamos entrando en uno de los misterios más profundos del evangelio. El Hombre perfectamente obediente, el único sobre quien reposaban legítimamente todas las bendiciones del pacto, aceptó colocarse voluntariamente en el lugar que correspondía al hombre desobediente. El único que jamás mereció una sola de las maldiciones descritas por Moisés decidió cargar sobre sí aquello que pertenecía a todos nosotros.

Aquí aparece nuevamente esa extraordinaria lógica del Nuevo Pacto que atraviesa toda la Escritura. Cristo nunca actúa únicamente para darnos un ejemplo. Siempre actúa como nuestro Representante. Cuando obedeció, obedeció como la Cabeza de una nueva humanidad. Cuando murió, murió representando a esa misma humanidad. Cuando resucitó, lo hizo inaugurando una nueva creación. Del mismo modo, cuando cargó con la maldición, no lo hizo como un mártir inocente víctima de la injusticia humana, sino como el Cordero de Dios que voluntariamente asumía las consecuencias del pecado del mundo.

Resulta imposible contemplar la cruz sin recordar las palabras de Isaías: ***“Mas él herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados; el castigo de nuestra paz fue sobre él”***. Observemos la profundidad de esta afirmación. El profeta no dice únicamente que Cristo sufrió junto a nosotros. Afirma que sufrió por nosotros. La diferencia es inmensa. Compartir nuestro dolor habría sido un gesto admirable de solidaridad. Cargar con nuestra condenación constituye el acto supremo de la gracia.

Entonces comenzamos a comprender algo que quizá nunca habíamos relacionado con **Deuteronomio 28**. Todo aquello que el capítulo anuncia como consecuencia de la desobediencia encuentra finalmente su punto de convergencia en la cruz. La separación, el abandono, la vergüenza, la exposición pública, el juicio y la muerte terminan concentrándose sobre el Hijo de Dios.

Allí, en el Calvario, el Hombre perfectamente obediente ocupa el lugar del hombre desobediente para que el hombre desobediente pueda ocupar, por gracia, el lugar del Hombre perfectamente obediente.

Confieso que me resulta imposible pensar en este intercambio sin detenerme en silencio. Porque allí desaparece por completo toda pretensión humana. Nadie puede contemplar la cruz y seguir creyendo que posee méritos propios para presentarse delante del Padre.

Si el Hijo de Dios tuvo que ocupar nuestro lugar, es porque nuestra condición era infinitamente más grave de lo que imaginábamos. Pero, al mismo tiempo, nadie puede contemplar esa misma cruz sin descubrir la inmensidad del amor divino. Si el Padre estuvo dispuesto a entregar a su propio Hijo, es porque su deseo de reconciliarnos consigo era mucho más grande de lo que jamás hubiéramos podido imaginar.

A partir de ese momento, **Deuteronomio 28** deja de ser simplemente una lista de bendiciones y maldiciones. Se convierte en el escenario donde comenzamos a contemplar el gran intercambio del evangelio. Las bendiciones pertenecían legítimamente al Hijo obediente, pero Él decidió compartirlas con nosotros. Las maldiciones nos correspondían justamente a nosotros, pero Él decidió cargarlas sobre sí. Todo el capítulo termina convergiendo en la cruz.

Quizá por eso Pablo puede escribir unas líneas más adelante que ***“la bendición de Abraham alcanzase a los gentiles en Cristo Jesús”*** (Gálatas 3:14). Observemos cuidadosamente cómo expresa la idea. La bendición no llega porque finalmente hemos aprendido a obedecer como Cristo. Llega ***“en Cristo”***. Él continúa siendo el lugar donde todas las promesas encuentran su cumplimiento y donde todas las exigencias encuentran su satisfacción.

Esto produce una transformación profunda en la conciencia del creyente. Ya no vivimos bajo el temor permanente de que cualquier dificultad constituya una señal de que Dios ha retirado su favor. Vivimos sabiendo que el juicio que verdaderamente nos correspondía ya cayó sobre el Hijo en la cruz.

Eso no significa que el Padre no discipline a sus hijos, porque la disciplina forma parte de su amor paternal y busca nuestra formación. Pero la disciplina nunca debe confundirse con la condenación. La condenación fue agotada en Cristo. La justicia divina no quedó suspendida; quedó plenamente satisfecha en el sacrificio del Cordero.

Creo que esta diferencia necesita volver a ocupar un lugar central en la enseñanza de la Iglesia. Un hijo puede ser corregido por su padre, pero jamás deja de ser hijo. La corrección nace del amor; la condenación nace del juicio. Bajo el Nuevo Pacto, el juicio definitivo ya fue llevado por Cristo. Lo que permanece ahora para aquellos que están en

Él es la amorosa formación de un Padre que trabaja pacientemente para conformarnos a la imagen de su Hijo.

Entonces comprendemos que la cruz no solo nos libera del pecado; también nos libera del miedo. Ya no caminamos preguntándonos continuamente si Dios estará a favor o en contra de nosotros. La respuesta fue dada de una vez y para siempre en el Calvario.

Si el Padre entregó al Hombre perfecto para ocupar nuestro lugar, ya no queda ninguna duda acerca de la profundidad de su amor. Y si ese Hombre perfecto resucitó llevando consigo nuestra humanidad reconciliada, tampoco queda ninguna duda acerca de la firmeza de nuestra esperanza.

En ese momento, **Deuteronomio 28** deja de ser un capítulo que oscila entre la promesa y la amenaza. Se convierte en una extraordinaria anticipación del evangelio. El Espíritu Santo estaba anunciando, siglos antes de la cruz, que un día aparecería un Hombre capaz de recibir toda la bendición reservada para la obediencia perfecta y, al mismo tiempo, dispuesto a cargar voluntariamente con toda la maldición que la desobediencia había producido.

Solo Cristo podía reunir ambas realidades en una misma Persona. Solo Él podía convertirse simultáneamente en el Heredero de toda bendición y en el Sustituto que asumiría toda nuestra condenación. Y precisamente porque esa obra fue consumada de una vez y para siempre, hoy los

hijos de Dios podemos descansar en una seguridad que ya no depende de la fragilidad de nuestro propio desempeño, sino de la perfección inmutable del Hombre perfecto que nos representó delante del Padre.

Sin embargo, existe una diferencia que, cuanto más pasan los años, más decisiva me parece para comprender el evangelio. Es la diferencia entre vivir intentando obtener una identidad y vivir desde una identidad ya recibida.

A simple vista podría parecer una cuestión meramente teórica, casi una sutileza doctrinal reservada para quienes disfrutan de las discusiones teológicas. Sin embargo, pocas verdades ejercen tanta influencia sobre la vida cotidiana del creyente como esta.

Toda la historia de la humanidad, desde la caída de Adán, puede resumirse como el intento permanente del hombre por construir delante de Dios una aceptación que no posee. A veces lo hace mediante la moral, otras mediante la religión, otras mediante el esfuerzo, el sacrificio o las buenas obras. Cambian las formas, pero el impulso interior permanece idéntico. El hombre siente que necesita demostrar algo, alcanzar algo o merecer algo para ser finalmente recibido por Dios.

Incluso después de haber conocido a Cristo, esa antigua manera de pensar continúa ejerciendo una influencia silenciosa sobre muchos hijos de Dios. Confiesan con sus labios que la salvación es por gracia, pero en lo más profundo

de su corazón siguen creyendo que el favor cotidiano del Padre depende, en alguna medida, de su rendimiento espiritual.

Los días en que oran más, leen más la Biblia o sienten que han vencido alguna tentación, se acercan a Dios con mayor tranquilidad. Los días en que fracasan, sienten que deben permanecer a cierta distancia hasta recuperar nuevamente una sensación de dignidad. Sin advertirlo, vuelven a recorrer el mismo camino del hijo mayor de la parábola, convencido de que la cercanía con el padre se gana mediante el servicio.

Pero el evangelio introduce un orden completamente distinto. Los creyentes comenzamos siendo siervos que esperamos poder convertirnos algún día en hijos, comenzamos siendo hijos ya posicionados. No iniciamos nuestra relación con Dios desde la distancia para acercarnos lentamente a medida que mejoramos nuestra conducta, comenzamos plenamente reconciliados. Esto implica que no trabajamos para obtener una herencia, sino que trabajamos porque ya pertenecemos a la familia.

Quizá nunca terminemos de comprender la magnitud de este cambio. El Nuevo Testamento insiste una y otra vez en que tenemos el derecho de clamar: ***“¡Abba, Padre!”***. Pablo no utiliza esa expresión como un recurso poético destinado a conmover nuestras emociones. Está describiendo el fundamento mismo de la vida cristiana. La relación

precede a la obediencia. La filiación precede al servicio. El amor precede a la transformación.

Cuando ese orden se invierte, la obediencia termina contaminándose de ansiedad. Dejamos de obedecer porque amamos al Padre y comenzamos a obedecer para tranquilizar nuestra conciencia. Poco a poco la vida espiritual pierde la alegría y se convierte en un examen permanente. Cada fracaso parece poner en duda nuestra aceptación, y cada acierto produce una satisfacción que, aunque no lo admitamos fácilmente, se parece demasiado a la justicia propia.

Creo que eso explica por qué Jesús dedicó tanto tiempo a hablar del Padre. Si el problema central del hombre fuera simplemente la falta de disciplina, probablemente habría insistido mucho más en las normas. Sin embargo, el Señor habló continuamente de la relación. Enseñó a orar diciendo ***“Padre nuestro...”***

Invitó a confiar en el cuidado del Padre que alimenta las aves y viste los lirios. Contó la historia del hijo pródigo para mostrar que el corazón del Padre corre antes de que el hijo pueda pronunciar todo su discurso. Toda su enseñanza parece orientarse hacia un mismo propósito: sanar la imagen que el hombre tiene de Dios para que la obediencia deje de nacer del temor y comience a brotar de la confianza.

Tal vez por eso Juan escribe que ***“nosotros le amamos a Él, porque Él nos amó primero”*** (1 Juan 4:19). El orden

nunca cambia. No comenzamos amando para provocar el amor de Dios. Comenzamos siendo amados. Y ese amor, cuando realmente es comprendido, termina transformando inevitablemente la respuesta del corazón.

Lo mismo ocurre con la obediencia. No obedecemos para que Dios habite con nosotros, obedecemos porque Dios ya ha venido a habitar en nosotros. No buscamos producir la vida de Cristo mediante nuestro esfuerzo, sino que es la vida de Cristo la que comienza a producir en nosotros una obediencia que antes era imposible.

Esta diferencia aparece con toda claridad en las palabras del Señor cuando utiliza la figura de la vid y los pámpanos. Resulta significativo que nunca les diga a las ramas que se esfuercen por fabricar fruto. Una rama no posee semejante capacidad. Toda su responsabilidad consiste en permanecer unida a la vid. La vida fluye desde el tronco hacia los pámpanos, y el fruto aparece como una consecuencia completamente natural de esa unión.

Durante mis primeros años en la fe, pensé que la vida cristiana consistía principalmente en producir fruto. Hoy creo que Jesús enseñó exactamente lo contrario. Nuestra principal preocupación no debe ser el producir fruto, sino desarrollar en plenitud una buena comunión espiritual. Porque cuando la comunión permanece sana, el fruto deja de ser un objetivo para convertirse en una consecuencia.

El propósito del Padre nunca fue colocarnos delante de Cristo para que intentáramos copiar externamente su conducta. Eso habría sido tan imposible como pedirle a un árbol seco que produjera hojas pegándolas una por una sobre sus ramas. El propósito del Padre fue infinitamente más profundo. Nos unió al Hombre perfecto para comunicarnos Su propia vida. Y esa vida, obrando continuamente por el Espíritu Santo, comienza a reproducir en nosotros aquello que jamás habríamos podido fabricar por nuestras propias fuerzas.

Aquí comprendemos por qué Pablo puede afirmar: ***“Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí”***. No se trata de una metáfora piadosa ni de una expresión exagerada propia del lenguaje devocional. Constituye la esencia misma del Nuevo Pacto. La vida cristiana no consiste, en primer lugar, en el esfuerzo del creyente por parecernos a Cristo. Consiste en Cristo viviendo Su propia vida a través de nosotros.

Esta verdad cambia incluso nuestra manera de enfrentar el crecimiento espiritual. Dejamos de medir constantemente nuestro progreso para volver los ojos hacia Aquel que comenzó la buena obra y prometió perfeccionarla.

La confianza ya no descansa en nuestra capacidad para sostenernos, sino en la fidelidad de Aquel que permanece unido a nosotros. El crecimiento continúa siendo necesario, la disciplina sigue ocupando un lugar importante y la obediencia conserva todo su valor, pero ahora cada una de

esas realidades brota de una raíz completamente distinta. Ya no nacen del esfuerzo por convertirnos en hijos aceptables, sino de la vida del Hijo amado desarrollándose dentro de quienes el Padre ha recibido para siempre en Él.

Y creo que precisamente aquí comienza a hacerse realidad aquello que tantas veces parecía una contradicción. Los mismos mandamientos que antes nos resultaban pesados comienzan a convertirse en el gozo de un corazón renovado. No porque hayan perdido su profundidad, sino porque quien ahora vive en nosotros es precisamente el Hombre perfecto que siempre encontró su deleite en hacer la voluntad del Padre.

Allí comprendemos que la vida cristiana nunca fue una invitación a imitar desde afuera al Hombre perfecto, sino a participar desde adentro de su propia vida. Y cuando esa verdad deja de ser únicamente una doctrina para convertirse en una experiencia cotidiana, la obediencia deja de ser una carga imposible y comienza a manifestarse como el fruto silencioso, hermoso y natural de Cristo viviendo en aquellos que permanecen en Él.



Capítulo tres

EN ÉL VIVIMOS NOS MOVEMOS Y SOMOS

Si alguien me preguntara cuál es una de las expresiones que más profundamente transformó mi comprensión del evangelio, probablemente respondería sin dudar: “*en Cristo*”. Son apenas dos palabras, tan breves que fácilmente pasan inadvertidas durante la lectura, pero pocas expresiones aparecen con tanta frecuencia en las cartas apostólicas.

Pablo las utiliza una y otra vez, casi como si quisiera impedir que olvidemos cuál es el verdadero lugar donde ocurre toda la obra de Dios. Por supuesto, en mis primeros años de ministerio no había logrado dimensionar los alcances del Nuevo Pacto, porque las enseñanzas recibidas contenían muchos errores, pero con el tiempo, al encontrar

Confieso que durante mucho tiempo leí esas palabras sin detenerme demasiado en ellas. Me parecían una manera elegante de hablar de la fe cristiana, una fórmula propia del lenguaje del apóstol. Sin embargo, con el paso de los años comencé a descubrir que no se trataba simplemente de una forma de expresarse. Pablo estaba describiendo una realidad

espiritual absolutamente revolucionaria. Toda la vida del creyente había sido trasladada a una nueva esfera de existencia. Ya no se trataba únicamente de creer en Cristo, sino de haber sido incorporados a Él.

Esta verdad aparece con una claridad extraordinaria en el comienzo de **Romanos 8**. Después de desarrollar durante varios capítulos el drama del pecado, la incapacidad de la Ley para producir justicia y la grandeza de la gracia manifestada en Jesucristo, Pablo abre este capítulo con una declaración que ha sostenido la esperanza de millones de creyentes a lo largo de la historia: ***“Ahora, pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús”***.

Vale la pena leer esa frase con absoluto enfoque. El apóstol no dice que ya no existe condenación para quienes lograron alcanzar determinado nivel de santidad. Tampoco afirma que la condenación desaparece cuando el creyente consigue vencer todas sus debilidades. El fundamento de esa maravillosa seguridad no se encuentra en el progreso espiritual del hombre, sino en el lugar donde ese hombre ha sido colocado: ***“en Cristo Jesús”***.

Una vez más encontramos el mismo principio que hemos venido descubriendo desde el comienzo de este libro. Todo cambia cuando dejamos de mirar al hombre aislado y comenzamos a contemplarlo unido al Hijo. Mientras la mirada permanece fija sobre nosotros mismos, siempre encontraremos razones para sentirnos insuficientes.

Nuestra obediencia continúa siendo imperfecta, nuestro conocimiento limitado y nuestra madurez incompleta. Pero cuando el Padre nos contempla, no lo hace como personas aisladas intentando abrirnos camino hacia Él. Nos contempla en su Hijo. Esa unión constituye el fundamento de nuestra seguridad.

Tal vez por eso Pablo utiliza una expresión tan absoluta: **“ninguna condenación”**. Notemos que dice **“ninguna”**, descalificando cualquier otra opción cuando habitamos en la verdadera comunión con Cristo. Esta palabra resulta tan contundente que, durante siglos, muchos creyentes han tenido dificultades para aceptarla plenamente. Al igual que la misma gracia, parece demasiado buena para ser verdad. Sin embargo, el apóstol no está exagerando. Está describiendo la consecuencia inevitable de la obra consumada de Cristo.

Si el Hombre perfecto ya recibió sobre sí toda la condenación que nos correspondía, ¿qué condenación podría quedar todavía para quienes permanecen unidos a Él? Si el juicio cayó completamente sobre el Sustituto, ¿qué juicio resta para aquellos cuya vida se encuentra escondida con Cristo en Dios? La respuesta no depende de nuestros sentimientos; depende de la suficiencia de la cruz.

Entonces comenzamos a comprender que el evangelio no modifica únicamente nuestro destino eterno. Modifica también la manera en que el Padre nos contempla hoy. Muchas veces imaginamos que Dios observa primero nuestra

conducta para decidir luego cuál será su actitud hacia nosotros. Sin embargo, el Nuevo Testamento invierte completamente ese orden. El Padre contempla primero a su Hijo, y precisamente porque estamos unidos a Él, toda su relación con nosotros queda determinada por esa unión perfecta.

Reitero, esto no significa, que Dios ignore nuestro crecimiento o nuestras luchas. El Nuevo Testamento habla claramente de la disciplina paternal, de la corrección y de la necesidad de perseverar en la santidad. Pero ninguna de esas realidades modifica el fundamento de nuestra aceptación.

Un padre puede corregir profundamente a su hijo sin dejar jamás de reconocerlo como hijo. La disciplina pertenece al ámbito de la familia; la condenación pertenece al tribunal. Y el creyente ya no vive delante del tribunal, porque Cristo compareció allí en ese lugar.

Creo que esta diferencia posee una importancia pastoral enorme. Muchos hijos de Dios viven relacionándose con el Padre como si todavía comparecieran diariamente ante un juez que debe decidir nuevamente si los acepta o los rechaza.

Cada fracaso parece reabrir el juicio. Cada pecado parece colocar otra vez la sentencia sobre la mesa. Sin embargo, Pablo anuncia que el juicio definitivo ya tuvo lugar y que su resultado quedó establecido para siempre en la cruz y en la resurrección de Cristo.

Cuando esta verdad comienza a descender desde la mente hasta el corazón, algo cambia profundamente en nuestra manera de vivir. La oración deja de ser el intento nervioso de convencer a Dios de que siga siendo favorable hacia nosotros. Se convierte en la conversación confiada de un hijo que sabe que ya ha sido recibido.

La adoración deja de ser un esfuerzo por ganar el favor divino y comienza a brotar como la respuesta espontánea de quien ha descubierto la inmensidad de la gracia. Incluso el arrepentimiento adquiere un tono diferente. Ya no nace del terror de ser expulsados de la presencia de Dios, sino del dolor de haber entristecido el corazón de un Padre que continúa amándonos con un amor inalterable.

No deja de sorprenderme que Pablo coloque esta extraordinaria declaración precisamente después del capítulo siete de Romanos. Allí el apóstol había descrito con absoluta honestidad la lucha interior del creyente. Habla del deseo de hacer el bien y de la experiencia de descubrir otra ley operando en sus miembros.

Luego termina exclamando: “*¡Miserable de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte?*”. Si el capítulo concluyera allí, cualquiera podría esperar que el siguiente comenzara con una larga lista de nuevas exigencias espirituales. Sin embargo, Pablo hace exactamente lo contrario. Antes de presentar cualquier exhortación, anuncia la ausencia total de condenación para quienes están en Cristo.

Qué diferente resulta esto de nuestra manera habitual de pensar. Nosotros solemos creer que la conciencia del fracaso debe producir más presión para obedecer. Pablo responde revelando una gracia todavía mayor. No minimiza el pecado, pero tampoco permite que el pecado vuelva a convertirse en el fundamento de nuestra identidad. Identidad que ya no está determinada por nuestras luchas, sino por nuestra unión con Cristo.

Y quizá sea precisamente aquí donde toda la tesis de esta serie de libros encuentra una de sus confirmaciones más hermosas. El Hombre perfecto no vino simplemente a mostrarnos el camino hacia Dios. Vino a introducirnos en sí mismo para que podamos alcanzar al Padre.

No ascendió solo al monte santo; nos llevó con Él. No recibió solamente para sí la bendición reservada al obediente; la compartió con todos aquellos que el Padre le dio. No soportó únicamente nuestra condenación; la agotó completamente para que jamás volviera a levantarse sobre quienes permanecen en Él.

Entonces comenzamos a comprender que la vida cristiana no consiste, en última instancia, en intentar alcanzar la posición de Cristo mediante nuestro esfuerzo. Consiste en aprender, día tras día, a vivir desde la posición que Cristo ya nos ha concedido por gracia.

Y cuanto más descansa el corazón en esa realidad, más libre queda el Espíritu Santo para formar en nosotros el

carácter del Hombre perfecto, no como una pesada obligación impuesta desde afuera, sino como la manifestación natural de la vida de Cristo desarrollándose silenciosamente en aquellos que hemos sido hechos uno con Él, tal como dice Pablo en **1 Corintios 6:17**.

Por supuesto, no es el único pasaje que encontramos. Cuando comenzamos a recorrer el Nuevo Testamento con esta perspectiva, descubrimos que los apóstoles se refieren de Cristo de una manera que hoy no todos enseñan. Muchas veces, esos conceptos pueden pasar inadvertidos para nosotros, pero ellos no presentan al Señor únicamente como un Maestro extraordinario que vino a enseñarnos cómo vivir, ni solamente como un Profeta que anunció el Reino, ni siquiera exclusivamente como el Cordero que murió por nuestros pecados. Todas esas afirmaciones son verdaderas, pero existe una idea que las sostiene a toda la verdad apostólica y la une magistralmente: “Cristo vino como el Representante de una nueva humanidad”.

Quizá este sea uno de los conceptos más importantes que debemos recuperar si queremos comprender la grandeza del evangelio del Reino. Porque la Biblia nunca presenta la salvación como una suma de experiencias individuales desconectadas entre sí. Desde el principio hasta el final encontramos una profunda dimensión corporativa en el modo en que Dios obra con los hombres. Él trata con representantes. Lo hizo en el comienzo de la historia y volvió a hacerlo en la plenitud de los tiempos.

No resulta difícil advertirlo en el relato de la creación. Cuando Adán fue colocado en el huerto, no comparecía únicamente como un individuo privado tomando decisiones que afectarían exclusivamente su propia vida. Toda la humanidad estaba, por decirlo así, contenida en él. Su obediencia o su desobediencia tendrían consecuencias que alcanzarían a generaciones que todavía no habían nacido.

Esta realidad puede parecernos extraña porque nuestra cultura ha sido profundamente moldeada por el individualismo. Estamos acostumbrados a pensar que cada persona responde únicamente por sí misma. Sin embargo, la Escritura presenta la historia desde una perspectiva mucho más amplia. Dios trata con cabezas representativas.

Pablo desarrolla magistralmente esta verdad en el capítulo cinco de Romanos. Allí establece un paralelismo que atraviesa toda la historia de la redención. ***“Así que, como el pecado entró en el mundo por un hombre, y por el pecado la muerte...” (Romanos 5:12)***, escribe el apóstol, para luego mostrar que de la misma manera la justicia y la vida llegan también por medio de un solo Hombre.

Observemos cuidadosamente el argumento. Pablo no dice que Adán simplemente nos dio un mal ejemplo. Tampoco afirma que Cristo vino únicamente para ofrecernos un ejemplo mejor. Ambos representan algo muchísimo más profundo, Adán representa a la humanidad caída y Cristo representa a la humanidad redimida. Toda la estructura del evangelio del Reino descansa sobre esta realidad.

Quizá por eso Pablo llama a Jesús *“el postrer Adán”* y *“el segundo Hombre”*. Estas expresiones no fueron elegidas al azar. El apóstol está diciendo que Dios no comenzó un proyecto paralelo para reparar parcialmente el fracaso del primero. Dio comienzo a una humanidad completamente nueva cuya Cabeza es Cristo mismo. El primer Adán dio origen a una raza marcada por el pecado y la muerte. El postrer Adán inaugura una creación gobernada por la justicia y la vida.

Esta comprensión cambia por completo la manera en que leemos el resto del Nuevo Testamento. Porque entonces descubrimos que cada acto de Cristo posee un profundo carácter representativo. Cuando fue bautizado, no necesitaba arrepentirse de pecado alguno, pero se identificó con aquellos a quienes venía a salvar.

Cuando enfrentó la tentación en el desierto, lo hizo como el Hombre que vencería allí donde el primer Adán había caído. Cuando obedeció al Padre durante toda Su vida, estaba ofreciendo la obediencia que la humanidad jamás había podido presentar.

Cuando murió, no lo hizo únicamente como un individuo inocente, sino como la Cabeza de una humanidad sobre la cual recaía el juicio. Cuando resucitó, tampoco volvió simplemente a la vida para beneficio propio; resucitó como las primicias de todos aquellos que serían unidos a Él.

Entonces comprendemos que nada de cuanto Cristo hizo puede reducirse a una experiencia exclusivamente personal. Toda su vida estuvo orientada hacia nosotros porque toda Su misión consistía en representarnos delante del Padre.

Creo que este punto resulta decisivo para comprender la tesis que venimos desarrollando desde las primeras páginas de esta serie de libros sobre el Hombre perfecto: El **Salmo 1** no describe simplemente un ideal moral; describe al Representante perfecto. El **Salmo 15** no señala únicamente las características de un hombre piadoso; revela al Hombre que comparecería por todos nosotros delante de Dios. El **Salmo 24** no pregunta solamente quién subirá al monte del Señor; anuncia la llegada del Representante que abriría el camino hacia la presencia del Padre para todos aquellos que serían incorporados a Él.

De pronto todo comienza a adquirir una coherencia extraordinaria. Cristo no obedece únicamente para sí, obedece por nosotros. No muere únicamente por nosotros, Él muere como nosotros. No resucita únicamente delante de nosotros, sino que resucita representándonos. No asciende simplemente para ocupar nuevamente la gloria que había dejado, sino que asciende llevando consigo una humanidad reconciliada.

Creo que, cuanto más contemplamos esta verdad, más comprendemos la insistencia del apóstol Pablo en hablar de nuestra unión con Cristo. Si Él hubiera venido solamente como un Maestro, bastaría con escuchar sus enseñanzas. Si

hubiera venido únicamente como un ejemplo, bastaría con imitar su conducta. Pero como vino como nuestro Representante, la salvación consiste necesariamente en ser incorporados a Él. Todo depende de esa unión.

Quizá podamos expresarlo de una manera sencilla. Un injerto no recibe vida esforzándose por parecerse al árbol en el que ha sido colocado. La recibe porque ha sido unido a él. A partir de ese momento, la misma savia que alimenta al tronco comienza a circular también por la nueva rama.

Algo semejante ocurre con la vida cristiana. La transformación no nace principalmente del esfuerzo por reproducir las virtudes de Cristo. Nace de haber sido unidos al Hombre perfecto, de manera que su propia vida comienza a fluir en quienes permanecen en Él.

Por eso el Nuevo Testamento utiliza expresiones tan sorprendentes como estas: hemos sido crucificados con Cristo, sepultados con Cristo, resucitados con Cristo, vivificados con Cristo, sentados con Cristo en los lugares celestiales.

Si perdiéramos de vista la verdad de la representación, todas estas afirmaciones parecerían simples metáforas piadosas. Pero cuando comprendemos que Cristo compareció delante del Padre como la Cabeza de una nueva humanidad, cada una de ellas adquiere un significado profundamente real. Lo que sucedió con la Cabeza comienza a pertenecer también al cuerpo.

Una vez más, aparece la inmensa diferencia entre la religión y el evangelio del Reino. La religión intenta producir, mediante el esfuerzo humano, aquello que solo puede surgir de la unión con el Representante perfecto. El evangelio, en cambio, comienza uniendo al hombre con Cristo y, desde esa unión, permite que toda la riqueza de la vida del Hijo vaya manifestándose progresivamente por la obra del Espíritu Santo.

Tal vez esa sea la razón por la cual el Nuevo Testamento jamás invita al creyente a construir una identidad espiritual. Siempre lo invita a descubrir la identidad que ya posee en Cristo. Toda exhortación apostólica descansa sobre esa realidad.

No nos dicen que procuremos llegar a ser una nueva creación; nos anuncian que ya lo somos. No nos exhortan a buscar desesperadamente la aceptación del Padre; nos recuerdan que hemos sido aceptados en el Amado. No nos ordenan fabricar la vida de Cristo mediante nuestra disciplina; nos llaman a permanecer en Aquel que ya es nuestra vida.

Y cuando esta verdad comienza a gobernar el corazón, el evangelio deja de ser únicamente la buena noticia del perdón y se convierte en algo todavía más extraordinario. Descubrimos que el Padre no solo canceló nuestra deuda; nos trasladó de una humanidad a otra. Salimos de Adán para ser incorporados a Cristo.

Dejamos de estar representados por el hombre que introdujo el pecado en el mundo y comenzamos a ser representados por el Hombre perfecto, en quien el Padre encontró para siempre toda su complacencia.

Creo que pocas verdades poseen un poder tan grande para producir descanso, seguridad y esperanza como esta, porque finalmente comprendemos que nuestra relación con Dios ya no depende de la inestabilidad del primer Adán, cuya historia también fue la nuestra, sino de la fidelidad inmutable del postrer Adán, cuya victoria ha llegado a ser, por la gracia del Padre, también nuestra victoria.

***“Porque en él vivimos, y nos movemos, y somos; como algunos de vuestros propios poetas también han dicho:
Porque linaje suyo somos.”***

Hechos 17:28



Capítulo cuatro

UN CAMINO HACIA LA REVELACIÓN Y LA OBRA

Cuanto más contemplamos la unidad de las Escrituras, más difícil resulta pensar que la venida de Cristo haya sido simplemente la respuesta de Dios a un problema inesperado. A veces, casi sin advertirlo, construimos una historia de la redención en la que pareciera que el Padre fue adaptando sucesivamente sus planes según las decisiones del hombre.

Primero habría existido un proyecto en Edén que terminó frustrado por el pecado. Después habría aparecido la Ley como una nueva oportunidad para conducir a Israel. Finalmente, al comprobar el fracaso de aquella experiencia, Dios habría decidido enviar a su Hijo.

Sin embargo, esa manera de comprender la historia bíblica no resiste una lectura atenta del Nuevo Testamento. A Dios nada le ha tomado por sorpresa, cada uno de sus movimientos fueron determinados desde la eternidad. Los apóstoles hablan de Cristo utilizando un lenguaje que sitúa su obra mucho antes de la caída, mucho antes de Abraham, mucho antes de Moisés y aun antes de la creación misma.

Pablo afirma que Dios ***“nos escogió en Él antes de la fundación del mundo”*** (Efesios 1:4), y Pedro describe al Señor diciendo: ***“con la sangre preciosa de Cristo, como de un cordero sin mancha y sin contaminación, ya destinado desde antes de la fundación del mundo, pero manifestado en los postreros tiempos por amor de vosotros”*** (1 Pedro 1:19 y 20). Estas afirmaciones resultan extraordinarias porque desplazan completamente el centro de la historia. El evangelio no comienza en Belén. Ni siquiera comienza en Génesis tres. Comienza en el corazón eterno del Padre.

Esta perspectiva cambia profundamente nuestra manera de leer toda la Biblia. Ya no contemplamos el Antiguo Testamento como una sucesión de intentos fallidos que desembocan finalmente en Cristo. Comenzamos a verlo como el largo camino mediante el cual Dios fue preparando a la humanidad para la revelación de aquello que siempre había estado en su corazón.

Creo que esta diferencia posee una enorme importancia. Si Cristo hubiera venido únicamente para reparar un accidente ocurrido en la historia, el evangelio sería, en cierto sentido, una solución admirable a un problema inesperado. Pero si el Hijo constituye el centro del propósito eterno del Padre, entonces todo cambia. Ya no leemos la historia desde Adán hacia Cristo; comenzamos a leer incluso la historia de Adán desde Cristo, porque al final el llamado primer Adán, fue creado a imagen y semejanza del Cristo eterno.

Pablo utilizando el orden de manifestación terrenal llama al Señor ***“el postrer Adán”*** y no simplemente “el mejor Adán”, porque simplemente no vino a perfeccionar el antiguo orden. Vino a inaugurar uno completamente nuevo. El primer hombre pertenecía a una creación que podía ser corrompida. El segundo Hombre pertenece a una creación donde la muerte ya no tiene dominio. El primero recibió vida; el segundo es llamado ***“espíritu vivificante”***. El primero fue formado del polvo y recibió aliento divino, pero el segundo descendió del cielo e impartió una vida que ninguna caída podrá destruir jamás.

Cuando estas verdades comienzan a unirse, también los pasajes del Antiguo Testamento adquieren una profundidad completamente nueva. Aquellos retratos del Hombre perfecto que hemos venido contemplando ya no aparecen como exigencias imposibles dirigidas al hombre natural. Se convierten en anticipaciones proféticas del Hombre que el Padre había determinado revelar desde la eternidad.

Esto explica por qué David pudo escribir acerca de un hombre que jamás conoció personalmente. Explica por qué Moisés describió una obediencia que nunca llegó a contemplar en Israel. Explica por qué los profetas anunciaron un reino cuya verdadera naturaleza apenas alcanzaban a vislumbrar. Todos ellos, cada uno desde su propia época y con el lenguaje propio de su tiempo, estaban siendo conducidos por el Espíritu Santo hacia una misma Persona.

El autor de la carta a los Hebreos resume admirablemente esta realidad cuando afirma que Dios, habiendo hablado muchas veces y de muchas maneras en otro tiempo a los padres por los profetas, en estos postreros días nos ha hablado por el Hijo. No dice simplemente que el Hijo vino a añadir un nuevo mensaje. Afirma que el Hijo constituye la forma definitiva de la revelación. Todas las palabras anteriores caminaban silenciosamente hacia esta Palabra definitiva.

Creo que aquí encontramos una de las razones por las cuales tantas veces hemos interpretado incorrectamente ciertos pasajes del Antiguo Testamento. Hemos leído muchas de sus páginas como si fueran el destino final de la revelación, cuando en realidad eran estaciones del camino. Les hemos pedido respuestas que solamente podían encontrarse en Cristo. Hemos intentado establecer nuestra identidad espiritual a partir de sombras que habían sido dadas precisamente para conducirnos hacia la realidad.

Pablo utiliza una expresión extraordinariamente gráfica cuando escribe a los colosenses que las fiestas, los días de reposo y las diversas instituciones del antiguo pacto eran *“sombra de lo que había de venir; pero el cuerpo es de Cristo...”* La imagen no puede ser más elocuente. Una sombra posee valor porque revela la proximidad de una persona, pero nadie, al encontrarse finalmente con esa persona, continúa abrazando la sombra. La sombra cumplió perfectamente su misión cuando condujo la mirada hacia la realidad.

Pienso que algo semejante ocurre con los pasajes que hemos estudiado. El **Salmo 1** es una sombra. El **Salmo 15** es una sombra. El **Salmo 24** es una sombra. Incluso **Deuteronomio 28**, con toda la grandeza de sus promesas y la solemnidad de sus advertencias, pertenece todavía al mundo de las sombras. No porque carezcan de importancia, sino precisamente porque poseen una importancia inmensa: todas ellas estaban anunciando la llegada del Hombre perfecto.

Y cuando finalmente el Hombre perfecto aparece, las sombras no son despreciadas; son cumplidas. Descubrimos que nunca pretendieron convertirse en el centro de nuestra esperanza. Su misión consistía en despertar el anhelo por Aquel que un día vendría. Por eso Jesús pudo decir que Moisés escribió acerca de Él, que las Escrituras daban testimonio de Él y que los discípulos de Emaús necesitaban aprender a leer toda la revelación desde Él. No estaba modificando el significado de las Escrituras; estaba revelando el significado que había permanecido oculto desde el principio.

Esta comprensión produce un profundo descanso porque libera al creyente de una tarea imposible. Ya no necesitamos recorrer el Antiguo Testamento buscando desesperadamente hombres a quienes imitar para intentar alcanzar el favor de Dios. Podemos recorrerlo contemplando, detrás de cada promesa, de cada figura y de cada anuncio, el rostro del Hijo que el Padre había preparado desde antes de la fundación del mundo.

Entonces la Biblia deja de ser la historia de los esfuerzos del hombre por llegar a Dios y se convierte en la maravillosa historia del propósito eterno de Dios para traer al hombre hacia Cristo.

Nosotros no somos, en realidad, el centro de la historia de la redención. Cristo lo es. La creación existe para Él, la elección ocurre en Él, las promesas encuentran en Él su cumplimiento y el Nuevo Pacto manifiesta aquello que el Padre había determinado desde la eternidad en su Hijo amado.

Cuando comprendemos esto, también comprendemos quiénes somos nosotros. Nuestra identidad ya no nace de lo que fuimos en Adán, ni siquiera de nuestros propios esfuerzos por agradar a Dios. Nuestra identidad nace del hecho glorioso de haber sido incorporados al propósito eterno del Padre, un propósito cuyo centro nunca fuimos nosotros, sino el Hombre perfecto, en quien Dios decidió reunir todas las cosas, las que están en los cielos y las que están en la tierra (**Efesios 1:10**).

Creo que no existe un fundamento más sólido sobre el cual descansar, porque todo aquello que el Padre determinó desde la eternidad no puede ser alterado por la fragilidad de nuestra historia. Nuestra esperanza descansa, finalmente, no sobre la constancia de nuestro amor hacia Dios, sino sobre la inmutabilidad de un propósito eterno cuyo centro ha sido siempre Jesucristo, “el Hombre perfecto”.

Esto no implica que en algunos, pueda surgir una inquietud perfectamente comprensible. Si Cristo cumplió todo aquello que el Padre demandaba del hombre, si en Él hemos sido aceptados y si nuestra justicia descansa enteramente sobre su obediencia, ¿qué ocurre entonces con nuestra transformación? ¿Acaso el evangelio nos invita simplemente a permanecer inmóviles contemplando una obra ya consumada? ¿Dónde queda el crecimiento espiritual del creyente? ¿Qué lugar ocupa la santificación?

Estas preguntas son necesarias, porque existe el riesgo de pensar que, al insistir tanto en la obra consumada de Cristo, terminemos minimizando la importancia de una vida transformada. Sin embargo, ocurre exactamente lo contrario. Cuando el Nuevo Testamento habla de santidad, nunca disminuye sus exigencias; lo que transforma radicalmente es la manera en que esa santidad llega a producirse.

Pocas personas hablaron tanto acerca de una vida santa como el apóstol Pablo. Sin embargo, también pocas personas insistieron tanto en que esa vida jamás puede ser el resultado del esfuerzo independiente del hombre. Para él, la transformación cristiana nunca consiste en la superación progresiva del viejo Adán, sino en la manifestación creciente de la vida de Cristo.

Quizá por eso escribe unas palabras que, cuanto más las meditamos, más extraordinarias resultan: ***“Por tanto, nosotros todos, mirando a cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados de gloria***

en gloria en la misma imagen, como por el Espíritu del Señor” (2 Corintios 3:18).

Pablo no dice que somos transformados mediante una observación constante de nosotros mismos. Tampoco afirma que la transformación nace de un análisis permanente de nuestros defectos o de un esfuerzo incesante por corregirlos. El centro de su enseñanza se encuentra en otro lugar. Somos transformados mientras contemplamos la gloria del Señor.

Qué diferente resulta esto de la manera en que muchas veces intentamos crecer espiritualmente. Con frecuencia dirigimos toda nuestra atención hacia nuestras debilidades. Examinamos una y otra vez nuestras fallas, nuestras reacciones, nuestros pecados recurrentes y nuestras limitaciones.

Creemos que cuanto más claramente observemos aquello que está mal en nosotros, más rápidamente lograremos corregirlo. Sin embargo, Pablo dirige deliberadamente nuestra mirada en otra dirección. No dice que contemplemos nuestras carencias; nos invita a contemplar la gloria de Cristo y permitir que el Espíritu Santo trabaje, tanto desde la convicción de la verdad, como en la intervención de Su poder.

Esto no significa ignorar el pecado. El apóstol jamás minimiza la gravedad del mal. Lo que hace es mostrarnos el verdadero poder de la transformación. El corazón humano no cambia únicamente porque llega a conocer con mayor

precisión sus propias miserias. Cambia cuando queda cautivado por una belleza superior. El pecado pierde fuerza cuando aparece delante de nosotros una realidad infinitamente más gloriosa que satisface los anhelos más profundos del alma.

Creo que todos hemos experimentado, en alguna medida, este principio en otros ámbitos de la vida. Las decisiones más profundas del corazón rara vez cambian únicamente porque alguien nos imponga una obligación. Cambian cuando descubrimos un bien mayor. Una persona abandona ciertas prioridades porque ha encontrado algo incomparablemente más valioso. El afecto anterior pierde su dominio no solamente por un acto de disciplina, sino porque un nuevo afecto ocupa el centro del corazón.

Algo semejante ocurre en la vida espiritual. Cristo no vino únicamente a prohibir el pecado, vino a cautivar el corazón. No vino simplemente a ordenar una conducta diferente, vino a comunicar una vida diferente, y esa vida comienza a transformar silenciosamente nuestros deseos, nuestras motivaciones y nuestra manera de mirar el mundo.

Por eso Pablo no habla aquí, en primer lugar, de esfuerzo, sino de contemplación. Resulta significativo que utilice la imagen de un espejo. El espejo refleja aquello que permanece delante de él. Cuanto más tiempo permanece una persona contemplando determinada realidad, mayor influencia ejerce esa realidad sobre su manera de pensar, de sentir y de vivir.

El problema de muchos creyentes no consiste en que contemplan demasiado a Cristo; consiste precisamente en lo contrario. Dedicar muchísimo más tiempo a contemplar sus fracasos que a contemplar la perfección del Hijo.

Creo que aquí encontramos una de las razones por las cuales este libro ha insistido tanto en descubrir a Cristo en las Escrituras. Nuestro propósito nunca fue simplemente ofrecer una interpretación diferente de algunos pasajes del Antiguo Testamento. El verdadero propósito consiste en conducir nuevamente la mirada del creyente hacia el Hombre perfecto. Porque solo cuando el corazón vuelve una y otra vez a contemplarlo comienza a producirse esa transformación de la que habla el apóstol.

Observemos, además, otro detalle extraordinario del texto. Pablo afirma que somos transformados ***“en la misma imagen”***. No dice que desarrollamos una personalidad religiosa propia ni que construimos una versión mejorada de nosotros mismos. El objetivo del Espíritu Santo nunca fue producir simplemente hombres más disciplinados o moralmente superiores. Su propósito consiste en conformarnos progresivamente a la imagen de Cristo.

De pronto comprendemos que toda la vida cristiana adquiere una extraordinaria coherencia. El Padre nos escogió en el Hijo antes de la fundación del mundo. El Hijo vino como el Hombre perfecto para representarnos. En Él recibimos la justicia, la bendición y la aceptación. El Espíritu Santo viene ahora a realizar una obra igualmente maravillosa:

hacer visible, de manera creciente, la vida del Hombre perfecto en aquellos que han sido unidos a Él.

Resulta igualmente significativo que Pablo atribuya toda esta transformación a la obra del Espíritu del Señor. Durante mucho tiempo la santificación fue presentada casi exclusivamente como el resultado de una férrea disciplina personal. Sin duda la disciplina ocupa un lugar importante en la vida del creyente, del mismo modo que una rama permanece firmemente unida a la vid. Pero jamás constituye la fuente de la vida.

El Espíritu Santo no reemplaza nuestra responsabilidad, pero tampoco la deja descansar sobre nuestras propias fuerzas. Él comunica continuamente la vida de Cristo, ilumina las Escrituras para revelar Su gloria, orienta nuestra mirada hacia el Hijo y, mientras el corazón permanece contemplándolo con fe, produce una transformación que ninguna resolución humana puede fabricar.

Quizá aquí se encuentre una de las mayores diferencias entre el antiguo pacto y el Nuevo Pacto. Bajo la Ley, el hombre contemplaba un mandamiento que le mostraba cómo debía vivir, pero no podía comunicarle la vida necesaria para cumplirlo. Bajo el Nuevo Pacto contemplamos al Hombre perfecto y, al mismo tiempo, recibimos de Él la vida que comienza a reproducir en nosotros aquello que contemplamos.

Ya no se trata únicamente de una revelación externa; se trata de una vida interior. Ya no es solo una norma escrita sobre tablas de piedra; es Cristo mismo habitando por su Espíritu en el corazón de quienes creen.

Creo que aquí el título de esta serie de libros alcanza una profundidad que quizá al comienzo no imaginaba. El Hombre perfecto no es solamente Aquel que cumplió en nuestro lugar todo cuanto el Padre demandaba. Es también Aquel cuya vida el Espíritu Santo está formando pacientemente en nosotros.

No para que algún día podamos sustituirlo o dejar de depender de Él, sino para que el mundo pueda contemplar, a través de vasos frágiles como nosotros, el resplandor creciente de la vida del Hijo.

Al final, la santidad cristiana no consiste en exhibir la perfección del creyente, sino en permitir que la perfección de Cristo encuentre cada vez más espacio para manifestarse en aquellos que permanecen unidos a Él. Y cuanto más claramente comprendemos esta verdad, más desaparece la ansiedad por producir una imagen propia y más crece el deseo de que sea el Hombre perfecto quien viva, ame, sirva y se exprese libremente a través de nuestra existencia.



Capítulo cinco

EL PERFECTO AMOR DEL HOMBRE PERFECTO

Existen pocos capítulos de la Biblia tan conocidos como **1 Corintios 13**. Ha sido leído en bodas, citado en predicaciones, utilizado en conferencias sobre la familia y repetido innumerables veces para describir la clase de amor que Dios espera de sus hijos. Casi todos los creyentes podrían recordar alguna de sus expresiones más conocidas:

“El amor es sufrido, es benigno; el amor no tiene envidia, el amor no es jactancioso, no se envanece; no hace nada indebido, no busca lo suyo, no se irrita, no guarda rencor; no se goza de la injusticia, mas se goza de la verdad. Todo lo sufre, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta...”

1 Corintios 13:4 al 7

Sin embargo, precisamente por ser un texto tan familiar, corremos el riesgo de dejar de hacernos una pregunta fundamental: ¿de quién está hablando realmente Pablo?

Durante muchos años lo leí como si el apóstol estuviera describiendo el comportamiento que un creyente

suficientemente maduro debería alcanzar. Cada frase se convertía, casi sin advertirlo, en una nueva exigencia para mi conciencia. ¿Soy realmente paciente? ¿Nunca me irrito? ¿Jamás busco lo mío? ¿Siempre creo, siempre espero y siempre soporto? Cuanto más honestamente respondía esas preguntas, más evidente se hacía la distancia entre la descripción de Pablo y mi propia realidad.

Y creo que eso mismo les ha ocurrido a miles de creyentes. Leen el capítulo con admiración, pero también con una silenciosa sensación de derrota. Aman el texto porque expresa el ideal más elevado del evangelio, pero al mismo tiempo sienten que jamás logran habitar plenamente esa realidad.

El resultado suele ser una mezcla de inspiración y frustración. Admiran la cima, pero no encuentran el camino para permanecer en ella. Quizá el problema no se encuentre en el texto, sino en el punto desde el cual lo estamos leyendo.

Recordemos algo que ya hemos descubierto repetidas veces a lo largo de esta serie de libros. Cada vez que la Escritura presenta al Hombre perfecto, nuestra tendencia natural consiste en colocarnos inmediatamente en el centro del pasaje. Lo hicimos con el **Salmo 1**. Lo hicimos con el **Salmo 15**, con el **Salmo 24**. Lo hicimos con **Deuteronomio 28**. ¿Y si estuviéramos haciendo exactamente lo mismo con **1 Corintios 13**?

Existe una afirmación del apóstol Juan que ilumina profundamente esta posibilidad: **“Dios es amor” (1 Juan 4:8)**. No dice simplemente que Dios posee amor, no dice que ama intensamente. Afirmar que el amor encuentra en Él su propia definición.

Si esto es verdad, entonces el amor del que habla Pablo no puede entenderse como una cualidad separada de Cristo. Él no es simplemente un hombre amoroso entre muchos otros. Él es la manifestación perfecta del amor de Dios.

Entonces ocurre algo verdaderamente hermoso. Comenzamos nuevamente a leer el capítulo, pero esta vez los protagonistas ya no somos nosotros. **“El amor es paciente...”** ¿Quién manifestó una paciencia absolutamente perfecta durante toda su vida? “Cristo”. **“El amor es benigno...”** ¿Quién pasó haciendo bienes sin esperar nada para sí? “Cristo”. ¿Quién amó sin envidia, sin jactancia, sin envanecerse, sin buscar lo suyo, sin irritarse, sin guardar rencor, cazándose solo en la verdad? “Cristo” solo “Cristo”.

Mientras avanzamos por el capítulo, una y otra vez aparece delante de nosotros el mismo rostro. No estamos contemplando primero un ideal moral, estamos contemplando una Persona. De pronto comprendemos que Pablo no comenzó escribiendo un tratado sobre virtudes humanas. Comenzó describiendo la vida del Hijo de Dios.

Pensemos, por ejemplo, en la extraordinaria expresión: **“Todo lo sufre...”** ¿No es precisamente eso lo que

contemplamos durante toda la pasión del Señor? Fue traicionado por uno de sus discípulos, negado por otro, abandonado por casi todos, falsamente acusado, escupido, golpeado, humillado. Crucificado, y, sin embargo, nunca dejó de amar.

“Todo lo cree...” No se trata de una ingenuidad sentimental. Es la absoluta confianza del Hijo en el Padre. Aun cuando todo parecía desmoronarse, siguió descansando plenamente en la fidelidad de Aquel que lo había enviado. ***“Todo lo espera...”*** Incluso la cruz fue soportada ***“por el gozo puesto delante de Él”***. Allí donde los hombres solo contemplaban muerte, el Hijo seguía viendo el propósito eterno del Padre.

“Todo lo soporta...” ¿Qué otra frase podría resumir mejor los treinta y tres años de obediencia del Hombre perfecto? Desde el pesebre hasta el Calvario encontramos una perseverancia que jamás se quebró. Nunca respondió al mal con mal. Nunca dejó de hacer la voluntad del Padre. Nunca permitió que el pecado ajeno determinara su propia respuesta.

Y finalmente Pablo concluye diciendo: ***“El amor nunca deja de ser...”*** ¿Cómo podría dejar de existir aquello que constituye la esencia misma de Dios? Porque el amor no es simplemente un sentimiento, es Cristo mismo manifestando el corazón del Padre.

Creo que aquí descubrimos algo extraordinario. Durante años hemos intentado producir por nuestras propias fuerzas aquello que únicamente podía encontrarse en una Persona. Hemos convertido el fruto en una obligación antes de descubrir el árbol del cual ese fruto procede. Nos hemos esforzado por fabricar paciencia sin permanecer suficientemente en el Paciente. Hemos intentado amar sin permanecer en el Amor. Hemos procurado soportarlo todo sin permanecer unidos a Aquel que todo lo soportó.

Y quizá por eso tantas veces terminamos agotados. Porque ningún fruto puede existir separado de la vida que lo produce. Aquí volvemos, una vez más, al centro del evangelio. El Padre jamás demanda de nosotros algo que primero no nos haya entregado en su Hijo.

Esta verdad merece ser repetida porque, probablemente, constituye uno de los grandes principios del Nuevo Pacto. “Dios nunca exige independientemente de Cristo”.

Todo cuanto Él espera encontrar en nosotros, primero existe perfectamente en el Hombre perfecto. La paciencia que demanda ya vive en Cristo. La mansedumbre que busca ya existe en Cristo. La humildad que agrada al Padre ya resplandece en Cristo. El amor que satisface plenamente su corazón ya se manifestó perfectamente en Cristo.

Entonces comprendemos que la vida cristiana consiste, una vez más, no en fabricar esas virtudes, sino en participar

de la vida de Aquel que las posee en plenitud. El Espíritu Santo no vino para ayudarnos a construir una copia humana del carácter de Jesús. Vino para hacer presente el carácter de Jesús en quienes permanecen unidos a Él.

Creo que este principio puede cambiar radicalmente la manera en que enseñamos el discipulado. Muchas veces presentamos la vida cristiana como una interminable lista de virtudes que el creyente debe desarrollar mediante un esfuerzo constante. Sin embargo, los apóstoles presentan una realidad mucho más profunda. Ellos anuncian primero la plenitud de Cristo y luego muestran cómo esa plenitud comienza a expresarse en quienes permanecen en Él.

Quizá podamos hacer un sencillo ejercicio de lectura. Imaginemos por un momento que, al recorrer **1 Corintios 13**, sustituyéramos la palabra “amor” por el nombre de Jesús. No para alterar el texto, sino para contemplar el rostro que Pablo tenía delante mientras escribía.

Jesús es paciente, Jesús es benigno, Jesús no tiene envidia, Jesús no busca lo suyo, Jesús no guarda rencor, Jesús todo lo sufre, Jesús todo lo cree, Jesús todo lo espera, Jesús todo lo soporta. De inmediato advertimos que ninguna de esas afirmaciones resulta forzada. Al contrario, parecen describir con absoluta naturalidad toda su vida.

Y entonces sucede algo todavía más hermoso. Cuando llegamos al final del ejercicio, recordamos que ese mismo Cristo vive ahora en aquellos que creen. El capítulo deja de

ser una montaña imposible que debemos escalar para agradar a Dios. Se convierte en la maravillosa descripción de la vida que el Espíritu Santo desea manifestar progresivamente en nosotros.

Ya no leemos el texto preguntándonos desesperadamente cuánto nos falta para parecernos a él. Lo leemos contemplando al Hombre perfecto y descubriendo, con profunda gratitud, que el Padre no solo nos ha mandado imitarlo, sino que nos ha unido inseparablemente a Él para que su propia vida pueda desarrollarse en nosotros.

Quizá esta sea una de las diferencias más profundas entre la religión y el evangelio del Reino. La religión dice: “Conviértete en lo que Dios demanda”. El evangelio anuncia: “Dios ya te ha unido a Aquel que es todo lo que Él demanda”. Y desde esa unión comienza, silenciosa pero irresistiblemente, la verdadera transformación.

Cuando esta perspectiva comienza a abrirse paso en nuestro corazón, descubrimos que **1 Corintios 13** deja de ser únicamente una descripción del amor para convertirse en una extraordinaria revelación de la persona de Cristo. No porque Pablo haya querido escribir una biografía del Señor, sino porque resulta imposible hablar del amor en su expresión más perfecta sin terminar hablando de Aquel que constituye su manifestación absoluta.

El apóstol Juan no escribió simplemente que Dios ama, sino que Dios es amor. Esa afirmación modifica por completo

nuestra manera de acercarnos al texto, porque ya no estamos delante de una simple colección de virtudes morales, sino delante de la revelación del carácter mismo de Dios manifestado en su Hijo.

Confieso que, durante muchos años, cada vez que leía este capítulo mi atención se dirigía inmediatamente hacia mí mismo. Casi sin advertirlo, convertía cada frase en una pregunta para mi conciencia. ¿He sido suficientemente paciente? ¿He reaccionado con verdadera benignidad? ¿He buscado realmente el bien de los demás antes que el mío?

A medida que avanzaba en la lectura, el efecto era siempre el mismo. Cuanto más luminosa aparecía la descripción de Pablo, más evidentes resultaban mis propias limitaciones. Terminaba admirando profundamente el texto, pero también sintiendo que aquella medida de amor permanecía constantemente fuera de mi alcance.

Con el tiempo comprendí que, probablemente, estaba comenzando la lectura desde el lugar equivocado. Había hecho con este pasaje exactamente lo mismo que tantas veces hacemos con las Escrituras: ocupar el lugar central antes de haber contemplado suficientemente a Cristo.

Nuestra tendencia religiosa posee una extraña inclinación a colocarnos inmediatamente como protagonistas de cada mandato, de cada promesa y de cada descripción de perfección. Sin embargo, el Espíritu Santo parece conducirnos siempre en la dirección opuesta. Antes de

mostrarnos lo que la vida cristiana produce en nosotros, quiere revelarnos quién es Cristo.

Entonces el capítulo comienza a desplegar una belleza completamente nueva. Cada una de las expresiones de Pablo deja de funcionar como una pesada carga colocada sobre la conciencia y comienza a convertirse en una ventana desde la cual contemplamos el rostro del Hijo.

El amor es paciente. ¿Acaso no fue esa paciencia la que sostuvo al Señor durante toda su vida terrenal? Basta recorrer los Evangelios para descubrir una paciencia que jamás fue alterada por la dureza del corazón humano. Soportó la incomprensión de quienes caminaban diariamente a su lado, respondió con misericordia a preguntas nacidas de la inmadurez espiritual y enseñó una y otra vez las mismas verdades sin perder la ternura de un Maestro que conoce la lentitud con la que aprendemos.

Incluso cuando sus propios discípulos discutían acerca de quién sería el mayor en el Reino, el Señor no reaccionó con irritación. Aprovechó aquella ocasión para revelarles, una vez más, la naturaleza completamente diferente de su Reino.

Lo mismo ocurre cuando Pablo afirma que el amor es benigno. La benignidad de Cristo no aparece solamente en los grandes milagros que realizaron los Evangelios. Se manifiesta también en los pequeños gestos que muchas veces pasan desapercibidos durante una lectura apresurada.

Se detuvo para mirar a un ciego al costado del camino cuando todos los demás continuaban avanzando. Escuchó el clamor de una mujer despreciada por la sociedad. Tocó al leproso del que todos procuraban mantenerse alejados. Lloró junto al sepulcro de un amigo antes de devolverle la vida. Alimentó a una multitud que lo había seguido durante días. Su vida entera constituyó una continua manifestación de esa benignidad que Pablo intenta describir con palabras.

Y cuando el apóstol continúa diciendo que el amor no busca lo suyo, pareciera que toda la existencia del Señor se resume en una sola dirección. Él mismo declaró que había descendido del cielo no para hacer su propia voluntad, sino la voluntad del Padre que lo había enviado.

Resulta profundamente significativo que aun en las horas más oscuras de Getsemaní, cuando la cruz aparecía delante de Él con toda su crudeza, su oración continuara siendo la misma: ***“No se haga mi voluntad, sino la tuya”***. Allí contemplamos al Hombre perfecto llevando hasta sus últimas consecuencias esa entrega absoluta que el amor verdadero produce.

Cuanto más avanzamos en el capítulo, más difícil resulta separar la descripción de Pablo de la vida de Jesús. El amor no guarda rencor, escribe el apóstol. ¿Y qué otra cosa contemplamos en el Calvario cuando el Hijo, mientras era crucificado, intercede por quienes levantaban el martillo sobre sus manos? El amor no se goza de la injusticia, sino que se goza de la verdad.

Toda la vida pública de Cristo constituye precisamente esa unión perfecta entre gracia y verdad. Nunca sacrificó la verdad para parecer compasivo, pero tampoco utilizó la verdad como un arma para destruir al pecador. En Él ambas realidades convivieron con una armonía que ningún otro hombre ha conocido jamás.

Tal vez una de las expresiones que más profundamente revela el corazón del Señor sea aquella que afirma que el amor todo lo soporta. No se trata simplemente de la capacidad de resistir el sufrimiento. Se trata de una perseverancia nacida del amor.

Cristo no soportó la cruz porque careciera de otra alternativa. La soportó porque el amor del Padre por la humanidad y su propio amor por nosotros lo condujeron voluntariamente hasta ese lugar. Cada afrenta, cada injusticia, cada abandono y cada golpe fueron atravesados por una fidelidad que nunca dejó de amar, incluso cuando el mundo respondió con odio.

Entonces comprendemos que Pablo no estaba dibujando un ideal abstracto. Estaba describiendo la vida que contempló en la revelación de Cristo. Y precisamente porque esa vida existe perfecta y plenamente en Él, el Espíritu Santo puede reproducirla progresivamente en quienes han sido unidos al Hijo.

Esta diferencia resulta decisiva. Si el amor comenzara en nosotros, viviríamos condenados a una frustración

permanente, porque nuestra capacidad siempre sería insuficiente para alcanzar semejante medida. Pero el amor no comienza en nosotros. Comienza en Dios. Comienza en Cristo. Comienza en el Hombre perfecto. Nosotros no somos su fuente; somos los vasos mediante los cuales esa vida comienza a manifestarse.

Creo que aquí aparece nuevamente un principio que atraviesa silenciosamente todo el Nuevo Pacto y que, cuanto más lo descubro, más central me parece para comprender el evangelio: el Padre nunca demanda aquello que primero no haya encontrado perfectamente en su Hijo y, al mismo tiempo, nunca espera hallarlo en nosotros separado de su Hijo. Toda exigencia divina encuentra primero su satisfacción en Cristo. Solo después, por la obra del Espíritu Santo, comienza a manifestarse en quienes permanecen unidos a Él.

Esta verdad cambia incluso nuestra manera de leer las exhortaciones apostólicas. Dejamos de percibirlas como una interminable lista de metas imposibles y comenzamos a verlas como la descripción de la vida de Cristo desarrollándose en su cuerpo.

Ya no leemos preguntándonos únicamente qué debemos hacer. Leemos preguntándonos qué aspecto del carácter del Hombre perfecto está revelando aquí el Espíritu Santo. Y cuando descubrimos ese rostro, comprendemos que el propósito del Padre nunca fue simplemente que admiráramos esa perfección desde la distancia, sino que

permaneciéramos tan profundamente unidos al Hijo que su propia vida encontrara en nosotros un espacio cada vez más amplio para expresarse.

Quizá por eso Pablo nunca habla de la vida cristiana como un esfuerzo por fabricar virtudes independientes de Cristo. Toda su enseñanza gira alrededor de una unión viva con el Señor resucitado.

Primero está la Vid; luego aparecen los frutos. Primero está la Cabeza; luego el cuerpo participa de su vida. Primero está el Hombre perfecto; después, y solo después, el Espíritu Santo comienza a conformar a los hijos de Dios a la imagen de Aquel en quien el Padre encontró desde toda la eternidad su completa complacencia.

Y cuanto más contemplamos esa realidad, menos interés tenemos en exhibir una espiritualidad construida por nuestras propias fuerzas y mayor es nuestro deseo de que sea Cristo mismo quien continúe viviendo, amando, sirviendo y manifestando su belleza a través de nosotros. Creo que, en el fondo, esa ha sido siempre la verdadera esencia del discipulado cristiano.



Capítulo seis

EL PADRE SOLO DEMANDA LO QUE OTORGA EN EL HIJO

Existe un momento en la vida de todo creyente en el que comienza a preguntarse cómo deben entenderse las exhortaciones del Nuevo Testamento. Después de descubrir la suficiencia de la obra de Cristo, podría parecer que las cartas apostólicas vuelven a colocarnos nuevamente bajo una interminable lista de responsabilidades.

Pablo exhorta a caminar dignamente del llamamiento recibido, a revestirse del nuevo hombre, a soportarse unos a otros en amor, a perdonar como Cristo perdonó, a vivir en santidad, a hacer morir lo terrenal y a presentar nuestros cuerpos como sacrificio vivo. Pedro llama a añadir virtud a la fe, Santiago insiste en la necesidad de una fe que produzca obras y Juan recuerda una y otra vez el mandamiento del amor.

Leídas superficialmente, todas estas exhortaciones podrían dar la impresión de que, después de haber sido salvados por gracia, volvemos otra vez al terreno del esfuerzo humano. Sería como si el evangelio comenzara anunciando una obra completamente consumada para, poco después,

devolvemos silenciosamente la responsabilidad de completar aquello que Cristo había iniciado. Sin embargo, basta observar con atención la manera en que los apóstoles escriben para descubrir que nunca razonan de esa forma.

Quizá uno de los ejemplos más claros se encuentre en la carta a los Efesios. Durante los tres primeros capítulos, Pablo apenas formula exhortaciones. Todo su esfuerzo está orientado a revelar lo que Dios ya ha hecho en Cristo. Habla de la elección antes de la fundación del mundo, de la redención por su sangre, de la adopción como hijos, de la reconciliación entre judíos y gentiles, del misterio escondido durante los siglos y de la extraordinaria posición que ahora ocupa la Iglesia en el propósito eterno de Dios.

El creyente casi no encuentra imperativos; encuentra declaraciones. Pablo parece decidido a establecer primero una sólida contemplación de la obra de Dios antes de pedir cualquier respuesta práctica.

Solo al comenzar el capítulo cuatro aparece aquella conocida expresión: “*Yo, pues...*” Ese pequeño “*pues*” resulta teológicamente inmenso. Toda la exhortación que sigue descansa sobre todo lo que el apóstol acaba de revelar. No dice simplemente: “Caminen dignamente”. Dice, en otras palabras: porque todo esto es verdad acerca de ustedes en Cristo, ahora vivan de una manera coherente con esa realidad.

La diferencia puede parecer pequeña, pero transforma completamente la vida cristiana. Los apóstoles nunca nos exhortan para que construyamos una identidad, nos exhortan porque ya poseemos una identidad. Nunca nos piden que produzcamos una nueva naturaleza, nos recuerdan que ya participamos de una nueva naturaleza. Jamás nos ordenan convertirnos en hijos, sino que nos enseñan a vivir como los hijos que ya somos.

Cuanto más observo las cartas del Nuevo Testamento, más evidente encuentro este principio. Antes de hablar de la conducta, los apóstoles hablan de Cristo. Antes de tratar el comportamiento, revelan la posición del creyente. Antes de corregir la vida exterior, vuelven a recordar la obra interior realizada por Dios. Pareciera que comprendieran perfectamente que ninguna exhortación produce fruto duradero si no descansa sobre una revelación suficientemente profunda de la gracia.

Esto explica también por qué las exhortaciones apostólicas poseen un tono tan diferente del que encontramos bajo la Ley. La Ley decía: “Haz esto y vivirás”. El evangelio anuncia: “Has recibido la vida; ahora vive de acuerdo con lo que has recibido” La diferencia no consiste únicamente en el orden de las palabras. Se trata de dos pactos completamente distintos. Uno exige vida a quien todavía está muerto. El otro comunica vida para que esa vida pueda expresarse libremente.

Tal vez podamos ilustrarlo mediante una sencilla comparación. Nadie espera que una estatua produzca fruto, por más perfecta que sea la escultura. Carece de vida. En cambio, un árbol vivo produce fruto casi sin hacer ruido. No necesita esforzarse por convencer a nadie de que está vivo. La vida que circula en su interior termina manifestándose inevitablemente hacia el exterior.

Del mismo modo, las exhortaciones del Nuevo Testamento jamás pretenden colocar frutos sobre un árbol muerto. Se dirigen constantemente a personas que ya han recibido la vida de Cristo. Lo único que hacen es animarlas a permitir que esa vida encuentre una expresión cada vez más visible.

Creo que aquí aparece una de las diferencias más profundas entre la moral cristiana y cualquier otro sistema ético. La moral humana intenta modificar el comportamiento para transformar el carácter. El evangelio transforma el ser para que el comportamiento pueda cambiar. Uno trabaja desde afuera hacia adentro. El otro comienza desde adentro hacia afuera. Uno confía principalmente en la disciplina. El otro descansa en el poder de una vida nueva.

Por esa razón las exhortaciones apostólicas nunca pueden separarse de la obra del Espíritu Santo. Si así fuera, terminarían convirtiéndose simplemente en un código moral más elevado que el de cualquier otra religión. Pero los apóstoles jamás pensaron de esa manera. Cada llamado a la

santidad presupone la presencia del Espíritu de Dios habitando en el creyente.

Cada invitación al amor supone que el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo. Cada llamado al perdón descansa sobre el hecho de que primero hemos sido perdonados. Todo comienza con una obra que Dios realiza y continúa con una respuesta que esa misma obra hace posible.

Esta observación nos ayuda también a comprender algo muy importante. Cuando los apóstoles exhortan, no están desconfiando de la suficiencia de Cristo. Todo lo contrario. Confían tanto en la eficacia de la vida de Cristo que esperan verla manifestarse en quienes permanecen unidos a Él. Sus exhortaciones no expresan incertidumbre; expresan esperanza. No nacen del temor de que el evangelio sea insuficiente, sino de la certeza de que el evangelio posee el poder de producir aquello mismo que anuncia.

Pienso que este principio puede transformar profundamente nuestra manera de predicar. Muchas veces intentamos cambiar la conducta de las personas aumentando la presión sobre sus conciencias. Creemos que, si describimos con suficiente intensidad lo que deberían hacer, finalmente encontrarán las fuerzas para hacerlo.

Sin embargo, el camino apostólico parece ser exactamente el inverso. Los apóstoles dedican enormes esfuerzos a revelar la grandeza de Cristo porque saben que

solo una visión suficientemente clara del Hijo puede producir una obediencia nacida de la fe y no del temor.

No deja de sorprenderme que, cuanto más profundamente comprendemos la gracia, más seriamente comenzamos a tomar la santidad. La razón es sencilla. Cuando la santidad deja de ser un intento desesperado por obtener la aceptación del Padre y pasa a ser la expresión de una vida que ya ha sido aceptada en el Hijo, desaparece el peso de la obligación y aparece el gozo de la comunión. Ya no obedecemos para convencer a Dios de que somos sus hijos; obedecemos porque comenzamos a descubrir la belleza de vivir como hijos.

Entonces las exhortaciones dejan de sonar como una voz distante que exige lo imposible y comienzan a escucharse como la invitación amorosa del Padre a permitir que la vida de su Hijo encuentre una expresión cada vez más plena en nosotros. No nos llaman a fabricar una perfección inexistente, sino a caminar de manera coherente con la perfección del Hombre perfecto que ya nos ha recibido en Él.

Y cuanto más comprendemos este orden divino, más evidente se hace que toda la ética del Nuevo Testamento no constituye un regreso disimulado a la Ley, sino la consecuencia natural y hermosa de una vida que ha nacido de la gracia, permanece en la gracia y, por la obra constante del Espíritu Santo, comienza a manifestar cada vez con mayor claridad el carácter de Aquel que es, desde toda la eternidad, el Hombre perfecto.

Existe una escena en los Evangelios que, cuanto más la meditamos, más parece contener en pocas palabras toda la esencia del evangelio. Ocurre al comienzo del ministerio público de Jesús, cuando el Señor desciende a las aguas del Jordán para ser bautizado por Juan. En ese momento los cielos se abren, el Espíritu Santo desciende sobre Él en forma corporal como paloma y se escucha la voz del Padre diciendo: *“Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia”*.

Siempre me ha llamado la atención el momento en que esa declaración fue pronunciada. Jesús todavía no había convertido el agua en vino. No había sanado enfermos. No había multiplicado panes. No había resucitado muertos. Ni siquiera había comenzado públicamente la obra que culminaría en la cruz. Sin embargo, el Padre ya expresaba sobre Él una complacencia absoluta.

Durante mucho tiempo pensé que aquella voz representaba simplemente un reconocimiento anticipado de todo lo que Cristo haría después. Sin embargo, cuanto más contemplaba el pasaje, más comprendía que el Padre estaba revelando algo infinitamente más profundo. Su complacencia no descansaba únicamente sobre las obras futuras del Hijo; descansaba sobre la Persona del Hijo. Antes de contemplar lo que haría, el Padre proclamaba quién era.

Esta observación puede parecer pequeña, pero cambia profundamente nuestra comprensión de la vida cristiana. Porque revela que toda la obra de Cristo nace de una relación

y no de un intento por obtener una relación. Jesús no vivió obedeciendo para lograr que el Padre finalmente dijera: “Ahora estoy complacido contigo”. Comenzó su ministerio escuchando precisamente esas palabras. La obediencia del Hijo brotó desde la seguridad del amor del Padre.

Cuanto más reflexiono sobre esto, más evidente me parece que el evangelio conserva exactamente el mismo orden para todos aquellos que han sido unidos a Cristo. Nosotros también solemos imaginar que la complacencia del Padre aumenta o disminuye según el rendimiento espiritual de cada día.

Cuando sentimos que hemos orado bien, servido fielmente o vencido alguna lucha importante, creemos acercarnos un poco más a su aprobación. Cuando fracasamos, imaginamos que esa complacencia disminuye y que debemos hacer algo para recuperarla. Sin advertirlo, trasladamos al Nuevo Pacto la lógica de la antigua alianza. Pero el Nuevo Testamento vuelve a conducirnos una vez más hacia Cristo.

Pablo afirma que hemos sido aceptados en el Amado. No dice simplemente que el Padre tolera nuestra presencia por un acto de misericordia. Utiliza una expresión extraordinariamente rica. Toda nuestra aceptación ocurre en el Hijo amado. Esto significa que la complacencia del Padre hacia nosotros nunca puede entenderse separada de la complacencia eterna que Él encuentra en Cristo.

Creo que aquí tocamos una de las verdades más consoladoras de toda la vida cristiana. El Padre nunca deja de ver nuestras debilidades. La gracia jamás exige negar la realidad. Él conoce perfectamente nuestras luchas, nuestras inmadureces y nuestras caídas. Las conoce mucho mejor que nosotros mismos. Sin embargo, ninguna de esas imperfecciones constituye el fundamento de la relación que mantiene con nosotros. El fundamento continúa siendo su Hijo.

Esta realidad aparece una y otra vez en las cartas apostólicas. Pablo no escribe a creyentes perfectos. Basta pensar en los corintios. Existían divisiones, inmadurez, problemas morales, abusos en la Cena del Señor e incluso graves desórdenes doctrinales. Sin embargo, al comenzar la carta no los llama enemigos de Dios ni pone en duda que pertenezcan al Señor. Los llama: ***“los santificados en Cristo Jesús...”*** Resulta impresionante. Antes de corregir sus conductas, el apóstol vuelve a recordarles quiénes son en Cristo.

Lo mismo sucede con los efesios, los filipenses y los colosenses. Las exhortaciones nunca nacen de una identidad incierta. Siempre parten de una identidad ya concedida por gracia. Los apóstoles corrigen con firmeza porque saben que el pecado contradice la verdadera identidad de los creyentes, no porque teman que Dios haya dejado de reconocerlos como hijos.

Pienso que esta diferencia resulta decisiva para la salud espiritual de la Iglesia. Cuando una persona cree que la aceptación del Padre depende de su rendimiento, inevitablemente desarrollará una relación marcada por la ansiedad. Cada día se convertirá en una evaluación permanente.

La oración será un examen. La lectura bíblica, una obligación. El servicio, una manera de recuperar el favor perdido. Poco a poco, sin darse cuenta, el gozo desaparecerá y será reemplazado por una espiritualidad sostenida principalmente por el miedo.

Sin embargo, cuando el corazón descubre que toda su aceptación descansa sobre la perfección del Hombre perfecto, ocurre exactamente lo contrario. La obediencia deja de estar impulsada por la necesidad de obtener aprobación y comienza a brotar como una respuesta de gratitud. El creyente ya no trabaja para ser amado; trabaja porque ha descubierto que es amado. Ya no sirve para construir una relación con el Padre; sirve porque esa relación ya ha sido establecida para siempre en Cristo.

Creo que esta verdad explica incluso la manera en que Jesús enfrentó las tentaciones del desierto. Resulta significativo que el primer ataque del enemigo comenzara precisamente cuestionando las palabras pronunciadas por el Padre en el Jordán: *“Si eres Hijo de Dios...”* No fue un detalle accidental. Satanás siempre procura sembrar dudas acerca de la identidad antes de atacar la conducta. Porque

sabe que un hombre inseguro de su relación con el Padre terminará buscando constantemente demostrar aquello que ya debería descansar en la gracia.

Cristo nunca cayó en esa trampa. No necesitaba demostrar que era el Hijo. Vivía desde esa certeza. Toda su obediencia nacía de una identidad recibida, no de una identidad buscada. Creo que el enemigo continúa utilizando exactamente la misma estrategia con los creyentes. Intenta convencerlos de que todavía deben ganar el amor del Padre, como si la obra de Cristo no hubiera sido suficiente para introducirlos plenamente en esa relación.

Y quizá aquí volvemos a descubrir uno de los grandes propósitos de este libro. Cada vez que contemplamos al Hombre perfecto, no estamos observando simplemente un modelo imposible colocado delante de nosotros para aumentar nuestra frustración. Estamos contemplando al Hijo amado en quien el Padre encuentra toda su complacencia. Y la extraordinaria noticia del evangelio consiste en que ese mismo Padre nos ha unido inseparablemente a Él.

La complacencia que descansa eternamente sobre el Hijo se convierte también en el fundamento de nuestra aceptación. No porque nuestras imperfecciones hayan dejado de existir, sino porque el Padre ha decidido mirarnos para siempre a través de la perfección de Aquel en quien encontró desde toda la eternidad todo cuanto su corazón podía desear.

Entonces comprendemos que el crecimiento espiritual ya no consiste en intentar conquistar una aprobación futura, sino en aprender a vivir, cada día con mayor libertad, desde una aprobación que ya nos ha sido concedida en Cristo. Y quizá sea precisamente esa seguridad la que produce los creyentes más santos, porque solo quien descansa verdaderamente en el amor del Padre puede obedecer sin miedo, servir sin necesidad de reconocimiento y amar sin buscar continuamente justificarse delante de Dios. Allí la santidad deja de ser el precio de la aceptación y se convierte, finalmente, en el hermoso fruto de una vida que ha encontrado su descanso definitivo en el Hombre perfecto.

El patrón se repite y no es una simple coincidencia. Allí donde el Padre pronuncia una demanda sobre la vida de sus hijos, primero encontramos esa misma realidad manifestada en toda su plenitud en la persona de Cristo. Es como si Dios jamás señalara un camino sin haberlo recorrido primero en su Hijo. Nunca pidiera un fruto que antes no hubiera hecho crecer perfectamente en el Árbol verdadero. Nunca reclamara una justicia que previamente no hubiera contemplado con absoluta satisfacción en el Hombre perfecto.

Creo que este principio posee una enorme fuerza interpretativa porque nos ayuda a leer las Escrituras respetando el orden del evangelio. Durante siglos, muchos creyentes hemos comenzado la lectura preguntándonos inmediatamente qué debemos hacer. Abríamos la Biblia buscando instrucciones para nuestra conducta, métodos para

vencer el pecado o principios para alcanzar una vida espiritual más profunda. Sin embargo, cuanto más observamos la manera en que los apóstoles enseñan, más evidente se hace que ellos comenzaban siempre en otro lugar. Primero revelaban a Cristo y solamente después hablaban de la respuesta del creyente.

No deja de resultar significativo que el mismo Señor dijera: ***“Aprended de mí”***. Podría haber dicho simplemente: “Aprended mis enseñanzas”. Sin embargo, dirigió la mirada de sus discípulos hacia su propia persona. Porque el cristianismo nunca fue, en esencia, la adhesión a un conjunto de principios, sino la participación en una vida.

La verdad no llegó únicamente en forma de doctrina; la verdad se hizo carne. La justicia no apareció solamente como una norma; caminó entre nosotros. El amor no vino expresado únicamente en mandamientos; tomó un rostro, una voz y unas manos capaces de tocar al leproso, abrazar al niño y lavar los pies de quienes pocas horas después lo abandonarían.

Tal vez aquí encontremos una de las razones por las cuales tantas veces la vida cristiana termina agotando al creyente. Sin advertirlo, hemos colocado el acento sobre las demandas antes que sobre la Persona. Nos preocupamos intensamente por reproducir determinadas virtudes sin permanecer suficientemente fascinados por Aquel en quien esas virtudes existen de manera perfecta. Intentamos fabricar

frutos mientras dedicamos muy poco tiempo a contemplar el Árbol del cual esos frutos nacen.

La diferencia no es pequeña. Nadie aprende a amar estudiando únicamente una definición del amor. Aprendemos a amar cuando el amor nos alcanza, nos transforma y comienza a moldear lentamente toda nuestra manera de vivir.

De la misma manera, nadie llega a conocer verdaderamente la mansedumbre simplemente porque haya memorizado un mandamiento que dice: “Sed mansos”. La mansedumbre comienza a abrirse camino en el corazón cuando contemplamos al Rey del universo entrando en Jerusalén montado sobre un asno, cuando escuchamos su voz respondiendo con dulzura allí donde cualquier otro habría reaccionado con violencia, cuando descubrimos que el Omnipotente eligió servir antes que ser servido.

Por eso el Nuevo Testamento nunca presenta las virtudes cristianas como piezas independientes que debemos reunir una por una. Todas ellas forman parte de una única vida: la vida de Cristo. Separarlas de Él equivale a arrancar flores de un jardín esperando que continúen vivas sobre una mesa. Durante unas horas conservarán cierta apariencia de belleza, pero inevitablemente comenzarán a marchitarse porque han sido separadas de su fuente.

Creo que aquí aparece una de las expresiones más profundas de Pablo cuando habla “del fruto del Espíritu”. Resulta interesante que utilice el singular y no el plural. No

habla de los frutos del Espíritu como si se tratara de cualidades independientes unas de otras. Habla de un solo fruto que se expresa de múltiples maneras: amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre y dominio propio. Todas esas expresiones constituyen, en realidad, la manifestación de una misma vida.

Y ¿de quién es esa vida? La respuesta atraviesa silenciosamente todo el Nuevo Testamento. Es la vida de Cristo. No deja de sorprenderme que Pablo jamás atribuya esas virtudes a la capacidad natural del creyente. Siempre las relaciona con la presencia activa del Espíritu Santo. ¿Por qué? Porque el Espíritu no vino para desarrollar las posibilidades ocultas del viejo hombre. Vino para manifestar la vida del Hombre nuevo. Su ministerio consiste precisamente en tomar de lo que es de Cristo y hacerlo realidad en quienes permanecen unidos al Señor.

Esta observación ilumina incluso nuestra comprensión de la santificación. Durante mucho tiempo imaginé que crecer espiritualmente significaba añadir nuevas virtudes a mi carácter, casi como un artesano que incorpora cuidadosamente nuevas piezas a una construcción todavía incompleta.

Hoy creo que el Nuevo Testamento presenta una imagen muy diferente. La santificación consiste, sobre todo, en que la vida de Cristo vaya ocupando cada vez más espacio en nosotros. No se trata de sumar elementos extraños, sino de

permitir que aquello que ya hemos recibido en el Hijo encuentre una expresión más amplia, más libre y visible.

Quizá podamos decirlo de otra manera. El Espíritu Santo no trabaja principalmente agregando algo que Cristo olvidó darnos. Trabaja revelando, desarrollando y manifestando aquello que el Padre ya nos concedió cuando nos unió a su Hijo. Por eso Pablo puede afirmar que en Cristo hemos sido bendecidos con toda bendición espiritual, que en Él estamos completos y que en Él habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad. El lenguaje apostólico siempre parte de una plenitud ya recibida antes de hablar de un crecimiento todavía en proceso.

Qué diferente resulta esto de la lógica con la que solemos medir nuestra vida espiritual. Con frecuencia nos observamos como personas vacías intentando llenarse poco a poco. El evangelio, en cambio, nos contempla como personas unidas a una plenitud infinita que necesita ser conocida, disfrutada y expresada cada vez más profundamente.

El crecimiento no consiste en convencer a Dios de que nos entregue algo que todavía retiene. Consiste en descubrir progresivamente la inmensidad de lo que ya nos ha dado en Cristo. Y tal vez aquí encontremos una clave que atraviesa toda la revelación bíblica. Dios jamás exige un río a un desierto; primero hace brotar la fuente. Nunca espera cosecha donde antes no sembró vida. Nunca demanda fruto a una rama que permanece separada de la vid. El orden del Reino siempre comienza con un don y continúa con una respuesta.

Primero está la gracia; luego aparece la obediencia. Primero está la vida; después viene el crecimiento. Primero está el Hombre perfecto; solo entonces comienza el Espíritu Santo a reproducir la belleza de ese Hombre en quienes han sido hechos uno con Él.

Creo que este principio debería transformar profundamente nuestra manera de leer cada página de las Escrituras. Cada vez que encontremos una demanda del Padre, antes de volver la mirada hacia nosotros deberíamos preguntarnos: ¿cómo veo esta realidad perfectamente manifestada en Cristo? Porque estoy convencido de que allí encontraremos siempre el punto de partida correcto.

El Padre nunca separa sus demandas de su Hijo. Todo cuanto ama lo contempla primero en Él. Todo cuanto desea formar en nosotros ya resplandece plenamente en Él. Y todo cuanto finalmente llegará a manifestarse en la Iglesia no será otra cosa que la maravillosa expansión de la vida del Hombre perfecto en un pueblo que, por la gracia del Padre, ha sido unido inseparablemente a Él.

Cuando esta verdad termina gobernando el corazón, la Biblia entera comienza a leerse de una manera completamente nueva. Ya no aparece como el relato interminable de hombres intentando alcanzar el ideal de Dios, sino como la gloriosa revelación del Hijo en quien el Padre encontró, desde toda la eternidad, todo aquello que después quiso compartir con quienes permanecen para siempre en Él.

Capítulo siete

LA LEY, DE LA PIEDRA AL CORAZÓN

Si existe un pasaje que ha sido utilizado para medir la espiritualidad de los creyentes, ese es, sin duda, el Sermón del Monte. Sus palabras poseen una belleza que atraviesa los siglos y una profundidad ética que ninguna filosofía ha logrado igualar.

Aun personas alejadas de la fe reconocen en aquellas enseñanzas una altura moral extraordinaria. Sin embargo, precisamente por esa misma razón, el Sermón del Monte ha producido también una silenciosa sensación de impotencia. Casi todos lo admiramos; muy pocos nos atrevemos a decir que lo vivimos plenamente.

No es difícil comprender por qué. Jesús no se limita a corregir la conducta exterior. Lleva cada mandamiento hasta las profundidades del corazón. No basta con no matar; tampoco debe existir odio. No basta con no cometer adulterio; ni siquiera debe haber codicia en la mirada. No basta con amar al prójimo; también debemos amar al enemigo. No basta con hacer el bien a quienes nos

benefician; debemos bendecir a quienes nos persiguen, orar por quienes nos calumnian y responder al mal con bien.

Cuanto más avanzamos en la lectura, más elevada parece la montaña. El Señor no reduce las exigencias de la Ley; las lleva a una dimensión que trasciende completamente la capacidad humana. Es como si, deliberadamente, quitara toda posibilidad de que el hombre encontrara refugio en una obediencia meramente externa.

La santidad ya no se mide únicamente por las acciones visibles; alcanza las motivaciones, los pensamientos y las intenciones más profundas del corazón. Y el discurso culmina con una declaración que, probablemente, resume todo el problema:

“Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto”

Mateo 5:48

Cada vez que leo esas palabras recuerdo la reacción de tantos creyentes sinceros. Algunos intentan disminuir el alcance de la expresión para hacerla más accesible. Otros la convierten en un ideal hacia el cual debemos caminar durante toda la vida, aunque saben que nunca lo alcanzarán plenamente. Pero quizá muy pocos se detienen a formular una pregunta decisiva: ¿por qué terminaría Jesús un discurso dirigido a hombres caídos con una exigencia que solo Dios puede cumplir?

Tal vez porque ese era precisamente su propósito. No olvidemos que el Señor está hablando en un momento de transición. La cruz todavía no ha ocurrido. El Espíritu Santo aún no ha sido derramado. El Nuevo Pacto todavía no ha sido inaugurado en toda su plenitud. Jesús está llevando la Ley hasta su verdadero significado para demostrar que el problema del hombre nunca fue simplemente la falta de información moral. El problema siempre estuvo en la naturaleza.

La Ley podía señalar el camino, lo que no podía era producir caminantes. Podía revelar la justicia, lo que no podía era crear hombres justos. Podía mostrar la perfección, lo que no podía era comunicarla.

Por eso el Sermón del Monte no debería leerse únicamente como un conjunto de normas éticas. También constituye una poderosa revelación de la absoluta necesidad de Cristo. Cuanto más sinceramente intentamos vivir aquellas palabras por nuestras propias fuerzas, más claramente descubrimos que necesitamos desesperadamente una vida diferente de la nuestra.

Y es aquí donde el Hombre perfecto vuelve a aparecer. Porque, si releemos el Sermón del Monte desde la perspectiva que hemos venido desarrollando, ocurre algo verdaderamente extraordinario. Comenzamos a descubrir que cada una de aquellas demandas encuentra su cumplimiento perfecto solo en la persona de Jesús.

Él fue verdaderamente pobre en espíritu. No porque careciera de dignidad, sino porque vivió en una dependencia absoluta del Padre. Nunca actuó independientemente de Él. Nunca buscó su propia gloria. Toda su existencia fue la expresión perfecta de una confianza filial.

Él lloró. No únicamente frente a la tumba de Lázaro. Lloró sobre Jerusalén, contemplando una ciudad que rechazaba precisamente la paz que tanto necesitaba. Sus lágrimas nunca nacieron del egoísmo herido, sino del amor que sufría por la condición del hombre.

Él fue manso. Tan manso que podía lavar los pies de quienes pocas horas después lo abandonarían. Tan manso que soportó el desprecio sin responder con violencia. Tan manso que, teniendo a su disposición legiones de ángeles, eligió entregar voluntariamente Su vida.

Él tuvo hambre y sed de justicia, no como quien reclama derechos personales, sino como quien vino a establecer la justicia del Reino para todos los hombres. Él fue misericordioso, absolutamente limpio de corazón. Él fue el verdadero pacificador y a la misma vez, perseguido por causa de la justicia.

De pronto comprendemos que las bienaventuranzas no son únicamente el retrato del discípulo; son, antes que nada, la descripción del Rey, el retrato del Hombre perfecto. Y esto debe transformar completamente nuestra manera de leer todas las bienaventuranzas.

Porque dejamos de preguntarnos, en primer lugar, cuánto nos parecemos nosotros a esa descripción, para comenzar contemplando a Aquel que la cumplió perfectamente. No es un cambio menor. Es exactamente el mismo principio que descubrimos en el **Salmo 1**, en el **Salmo 15**, en el **Salmo 24**, en **Deuteronomio 28** y en **1 Corintios 13**. Antes de ser una demanda para nosotros, el texto encuentra su cumplimiento absoluto en Cristo.

Creo que este principio alcanza su máxima expresión cuando llegamos al mandato final: “*Sed perfectos*”. Si el Padre hubiera pronunciado esa palabra sin entregarnos antes al Hombre perfecto, la orden habría sido una condena inevitable para toda la humanidad. Porque nadie puede producir por sí mismo la perfección que Dios posee. Pero el evangelio altera completamente el escenario. El Padre no solo pronuncia la demanda; también envía al único Hombre que puede cumplirla. Más aún, nos une a Él mediante la fe y nos hace participantes de Su vida.

Entonces el mandato deja de ser una escalera imposible hacia Dios y se convierte en una revelación del destino al que el Padre nos conduce en su Hijo. La perfección ya no es una conquista independiente; es una participación creciente en la vida del Perfecto.

Esto explica por qué el Nuevo Testamento puede hablar con tanta libertad acerca de la perfección sin caer jamás en el perfeccionismo. Los apóstoles saben que la perfección existe plenamente en Cristo y que, al mismo

tiempo, esa vida perfecta está siendo formada progresivamente en la Iglesia por la obra del Espíritu Santo. Nunca confunden la posición perfecta que tenemos en el Hijo con el proceso mediante el cual esa vida se expresa cada vez con mayor claridad en nosotros. Ambas realidades conviven armoniosamente porque una descansa sobre la otra.

Quizá esta sea una de las claves que el Señor quiso revelar desde el principio de su ministerio. El Sermón del Monte no fue dado para producir una generación de hombres orgullosos de su capacidad moral. Fue dado para preparar el corazón de una generación que comprendiera cuánto necesitaba al Salvador.

Cada bienaventuranza, cada mandato y cada llamado a una justicia superior terminan conduciendo silenciosamente hacia una sola Persona. El monte sobre el cual Jesús enseñó no tenía como propósito levantar otro sistema religioso más exigente que el anterior. Su verdadero propósito era conducir a los hombres hasta el único que podía subir, permanecer y cumplir perfectamente todo cuanto el Padre esperaba del hombre.

Y cuando contemplamos al Hombre perfecto en la cima de ese monte, comprendemos que todas aquellas palabras dejan de ser únicamente el ideal inalcanzable de una humanidad caída y comienzan a convertirse en la maravillosa descripción de la vida que el Espíritu Santo desea manifestar en todos aquellos que hemos sido hechos uno con Cristo.

Allí el Sermón del Monte deja de ser un monumento a nuestra incapacidad para transformarse en una permanente invitación a permanecer en Aquel que no solo enseñó la perfección, sino que la encarnó completamente y, por pura gracia, decidió compartir Su propia vida con nosotros.

Resulta sorprendente comprobar cuán fácilmente el corazón humano se convierte en el protagonista de una historia que nunca tuvo como centro al hombre. Basta abrir las Escrituras para descubrir que, casi sin advertirlo, comenzamos a preguntarnos dónde aparecemos nosotros en cada relato.

Si leemos acerca de David frente a Goliat, inmediatamente buscamos identificar cuál es nuestro gigante. Si meditamos sobre Josué entrando en Canaán, pensamos en las conquistas personales que todavía debemos alcanzar. Si contemplamos el arca de Noé, buscamos el método para atravesar nuestras propias tormentas. Y cuando llegamos a las palabras de Jesús o a las exhortaciones de los apóstoles, la primera pregunta que formulamos suele ser exactamente la misma: ¿qué debo hacer yo?

No estoy afirmando que esas aplicaciones carezcan completamente de valor. Muchas de ellas pueden contener enseñanzas legítimas. El problema aparece cuando esa forma de leer se convierte en nuestro único modo de aproximarnos a la Biblia. Porque entonces dejamos de contemplar al verdadero protagonista de la revelación y comenzamos a

utilizar las Escrituras, principalmente, como un espejo donde buscamos constantemente nuestra propia imagen.

Creo que esta tendencia acompaña al ser humano desde el comienzo mismo de la historia. Después de la caída, el hombre no solo quedó separado de Dios; también quedó profundamente centrado en sí mismo. El pecado no produjo únicamente actos incorrectos; deformó la orientación del corazón. Desde entonces, incluso nuestra espiritualidad corre el riesgo de girar alrededor de nosotros.

Podemos convertir la oración en una conversación exclusivamente acerca de nuestras necesidades, la lectura bíblica en una búsqueda permanente de soluciones para nuestros problemas y aun el servicio cristiano en una oportunidad para alimentar silenciosamente nuestro propio prestigio. El yo posee una extraordinaria capacidad para infiltrarse incluso en las actividades más sagradas.

Quizá por eso el Espíritu Santo realiza continuamente una obra que va exactamente en la dirección opuesta. Su ministerio nunca consiste en aumentar la importancia del creyente. Jesús mismo lo dijo con absoluta claridad cuando anunció la venida del Consolador: ***“Él me glorificará, porque tomará de lo mío y os lo hará saber” (Juan 16:14).*** Estas palabras poseen una profundidad que, probablemente, nunca terminaremos de explorar.

El Espíritu Santo no vino para construir una espiritualidad centrada en las experiencias humanas. Vino

para revelar al Hijo. Todo cuanto hace, todo cuanto enseña y todo cuanto produce tiene un mismo propósito: dirigir nuestra mirada hacia Cristo.

Cuanto más observo el Nuevo Testamento, más evidente encuentro este principio. Pablo habla de Cristo. Pedro habla de Cristo. Juan habla de Cristo. El autor de Hebreos habla de Cristo. Incluso cuando corrigen errores doctrinales, enfrentan problemas morales o responden a conflictos dentro de las iglesias, los apóstoles terminan conduciendo nuevamente a los creyentes hacia la suficiencia del Hijo. Parecen comprender que toda desviación espiritual comienza cuando el corazón deja de contemplarlo.

Tal vez por eso la carta a los Hebreos contiene una de las invitaciones más importantes de toda la vida cristiana: ***“Puestos los ojos en Jesús, el autor y consumidor de la fe”***. Resulta interesante que el autor no diga simplemente: “Esfuércense más”, “Sean más disciplinados” o “Analicen cuidadosamente sus errores”. La exhortación consiste en mirar. Y no se trata de una mirada ocasional, sino de una contemplación perseverante, capaz de sostener el alma durante toda la carrera.

Creo que esta idea armoniza profundamente con todo lo que hemos venido descubriendo a lo largo de esta serie de libros. La transformación espiritual nunca comienza cuando el hombre dirige toda su atención hacia sí mismo. Comienza cuando el Espíritu Santo lo libera de esa constante autorreferencia y vuelve sus ojos hacia el Hombre perfecto.

Porque únicamente allí encuentra aquello que jamás podrá descubrir en sí mismo: una obediencia completa, una justicia perfecta, un amor inagotable y una comunión ininterrumpida con el Padre.

Esto explica también por qué tantas personas viven agotadas en su vida espiritual. Pasan la mayor parte del tiempo evaluando su propio rendimiento. Miden la intensidad de sus oraciones, la calidad de sus devocionales, la estabilidad de sus emociones, el éxito de su servicio o la frecuencia de sus fracasos. Sin advertirlo, toda la vida cristiana termina girando alrededor de una sola persona: “ellas mismas”. Aunque utilizan un lenguaje religioso, permanecen atrapadas dentro de un círculo donde el yo continúa ocupando el centro.

El evangelio rompe precisamente ese círculo. No porque ignore nuestra realidad, sino porque nos revela una realidad infinitamente mayor. Nos saca del centro para colocarnos delante de Cristo. Y, paradójicamente, es solo cuando dejamos de obsesionarnos con nosotros mismos que comenzamos a experimentar la verdadera libertad.

El alma encuentra descanso no cuando logra resolver todas sus contradicciones interiores, sino cuando descubre que existe Otro cuya perfección resulta suficiente para sostener toda su esperanza.

No deja de ser significativo que Pablo pudiera afirmar: ***“Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo,***

mas vive Cristo en mí". Es más, dentro del contexto de esta enseñanza, esta expresión cobra otro sentido. Bueno, es lo que creo, porque durante mucho tiempo entendí estas palabras únicamente como una referencia a la muerte del viejo hombre. Hoy creo que contienen además una extraordinaria liberación del egocentrismo espiritual. La vida cristiana deja de ser el intento de convertir al yo en un creyente exitoso para transformarse en la manifestación creciente de la vida de Cristo.

Esta diferencia cambia incluso nuestra manera de enfrentar las luchas diarias. Cuando el centro continúa siendo el yo, cada caída parece destruir toda nuestra identidad y cada pequeño avance alimenta silenciosamente nuestro orgullo. Pero cuando Cristo ocupa verdaderamente el centro, tanto nuestras victorias como nuestras debilidades encuentran un lugar diferente.

Las victorias dejan de ser motivo de jactancia porque reconocemos que todo proviene de Su gracia. Las debilidades dejan de convertirse en motivo de desesperación porque sabemos que nuestra aceptación nunca descansó sobre nuestra propia perfección.

Quizá aquí descubrimos una de las razones por las cuales Pablo podía vivir con tanta libertad. No porque hubiera alcanzado una impecabilidad moral, sino porque había dejado de construir su identidad alrededor de sí mismo. Su mirada permanecía fija en Cristo. Por eso podía decir: *"Para mí el vivir es Cristo"*. No estaba describiendo

simplemente una prioridad ministerial. Estaba revelando el centro mismo de su existencia. Cristo no era solamente el objeto de su predicación; era el principio que organizaba toda su vida.

Y pienso que ese es, en definitiva, el gran propósito de esta serie de libros. No hemos recorrido los Salmos, el Sermón del Monte, la carta a los Corintios y tantos otros pasajes para encontrar una técnica nueva de interpretación bíblica. Hemos recorrido las Escrituras buscando recuperar el centro que muchas veces la religión desplazó silenciosamente.

Porque la Biblia nunca fue escrita para que el hombre descubriera cuánto puede llegar a hacer por Dios. Fue escrita para revelar lo que Dios realizó plenamente en Su Hijo y cómo, por pura gracia, decidió hacernos participantes de esa vida perfecta. Cuando esa verdad comienza a gobernar el corazón, la lectura de las Escrituras cambia para siempre.

Entonces, dejamos de buscarnos obsesivamente en cada página y comenzamos a buscar a Cristo. Y, paradójicamente, es precisamente allí, contemplándolo a Él, donde finalmente descubrimos quiénes somos nosotros. Porque solo el Hombre perfecto puede revelar plenamente el destino de todos aquellos que el Padre decidió hacer uno con Él desde antes de la fundación del mundo.



Capítulo ocho

REVESTIDOS DEL NUEVO HOMBRE

Hay un pasaje en la carta a los Efesios que, durante mucho tiempo, leí casi exclusivamente como una exhortación ética. Pablo escribe: ***“Despojaos del viejo hombre... y vestíos del nuevo hombre, creado según Dios en la justicia y santidad de la verdad”*** (Efesios 4:22 y 24). Siempre entendí esas palabras como una invitación a abandonar determinados hábitos y adquirir otros nuevos. Sin embargo, cuanto más profundamente comprendía la centralidad de Cristo, más evidente se hacía que el apóstol estaba hablando de algo infinitamente mayor que un simple cambio de comportamiento.

La expresión que utiliza resulta extraordinaria: ***“el nuevo hombre, creado según Dios”***. No dice simplemente que el nuevo hombre ha sido mejorado, no afirma que el viejo hombre haya sido restaurado. Tampoco habla de una versión corregida de Adán, más bien habla de una nueva creación. Y esto cambia absolutamente el escenario.

Porque el evangelio nunca tuvo como propósito perfeccionar al viejo hombre. El propósito del Padre jamás

consistió en rehabilitar la vieja humanidad nacida en Adán hasta convertirla, poco a poco, en una humanidad aceptable. Si ese hubiera sido el proyecto de Dios, la cruz habría sido innecesaria. Bastaría con una larga educación espiritual o con una disciplina suficientemente rigurosa.

Pero la cruz anuncia exactamente lo contrario, anuncia el final de una humanidad y el nacimiento de otra. Por eso Pablo no dice que el viejo hombre debe recibir algunos retoques. Dice que debe ser despojado. Y, acto seguido, no presenta un hombre mejorado, sino un hombre completamente nuevo, creado según Dios.

Aquí creo que debemos detenernos un momento, porque esta verdad ilumina todo lo que venimos desarrollando. ¿Quién es, en realidad, ese nuevo hombre? Muchas veces respondemos rápidamente: “Somos nosotros”. Y, en cierto sentido, es verdad, pero no es toda la verdad.

Porque antes de ser una realidad en nosotros, el nuevo hombre apareció en una Persona. Ese Hombre nuevo tiene un nombre “Es Cristo”. Él es la nueva humanidad, Él es el comienzo de una creación que jamás volverá a caer. Él es el segundo Hombre del que habla Pablo en 1 Corintios. Él es el postrer Adán, Él es el Hombre perfecto.

Nosotros no inventamos esa nueva humanidad. Fuimos incorporados a ella. Además, debemos comprender que en la expresión de *“creado según Dios”*, Pablo no está sugiriendo que Cristo fue creado, Él es el Dios preexistente.

Solo que, en los días del rey Herodes, se hizo carne naciendo en Belén, y luego de su resurrección y ascensión, fue impartido a la Iglesia que desde entonces vive la realidad y el proceso de edificación y perfeccionamiento.

Esto explica por qué el Nuevo Testamento habla constantemente de estar “*en Cristo*”. Esa pequeña expresión aparece cientos de veces en las cartas apostólicas y, sin embargo, muchas veces pasamos por alto su enorme profundidad. Pablo no dice únicamente que Cristo está con nosotros, ni siquiera solamente que Cristo vive en nosotros. Afirma, además, que nosotros estamos en Él. Toda nuestra nueva identidad se encuentra contenida en esa unión.

Pienso que aquí aparece una diferencia fundamental entre la religión y el evangelio del Reino. La religión intenta modificar al viejo hombre, pero el evangelio anuncia que Dios dio origen a un Hombre nuevo. La religión trabaja sobre Adán, pero el evangelio comienza con Cristo. La religión procura embellecer la vieja creación, pero el evangelio proclama una nueva creación. Y esta diferencia no es simplemente doctrinal. Cambia completamente la manera en que entendemos nuestra propia vida espiritual.

Porque mientras pensemos que Dios está intentando perfeccionar al viejo hombre, viviremos bajo una presión permanente. Cada fracaso parecerá demostrar que el proyecto todavía no funciona. Cada pecado será interpretado como una evidencia de que todavía falta mucho para que Dios pueda aceptarnos.

Pero cuando comprendemos que el Padre ya no está trabajando sobre Adán, sino sobre Cristo, todo adquiere una extraordinaria claridad. Nuestra esperanza deja de descansar en la recuperación del viejo hombre. Descansa en la participación del Hombre nuevo.

Por eso Pablo puede afirmar que *“si alguno está en Cristo, nueva criatura es...”* Resulta interesante observar que no dice simplemente que la persona recibió algunas cualidades nuevas. Habla de una nueva creación. El lenguaje recuerda deliberadamente al Génesis. Así como el primer hombre inauguró una creación, Cristo inaugura otra completamente distinta.

Y quizá aquí comprendamos por qué el Nuevo Testamento utiliza un lenguaje tan absoluto cuando habla del Señor resucitado. Él es las primicias. Él es el primogénito entre muchos hermanos. Él es el principio de la creación de Dios. Todas estas expresiones señalan una misma realidad. En Cristo comienza una humanidad que ya no encuentra su origen en el polvo, sino en el cielo; ya no depende de la carne, sino del Espíritu; ya no vive bajo la condenación del pecado, sino bajo la justicia perfecta del Hijo.

Entonces las exhortaciones de Pablo adquieren un significado completamente nuevo. *“Vestíos del nuevo hombre...”* ya no significa fabricar una personalidad espiritual diferente mediante un enorme esfuerzo moral. Significa vivir conscientemente desde la realidad de la nueva humanidad a la cual hemos sido incorporados en Cristo.

Es semejante a un hijo adoptado que, durante años, vivió creyéndose huérfano. Aunque legalmente pertenece a una familia, todavía conserva hábitos, temores y maneras de pensar que corresponden a su antigua condición. Poco a poco necesita aprender a vivir conforme a la realidad que ya le pertenece. No está intentando convertirse en hijo. Está aprendiendo a vivir como el hijo que ya es.

Creo que Pablo tiene exactamente esa idea en mente. Los hijos de Dios ya no luchamos para fabricar una nueva naturaleza, sino que aprendemos a caminar conforme a la naturaleza que ya hemos recibido en Cristo. De eso se trata el verdadero discipulado de Reino. No fue diseñado para enseñarnos a vivir educando la naturaleza pecaminosa, sino perfeccionando al renacido.

Los hijos de Dios, no procuramos producir una identidad celestial, sino que aprendemos a vivir desde la identidad que el Padre ya nos otorgó en Cristo. No intentamos construir un hombre nuevo, sino que vamos descubriendo que el Hombre nuevo ya apareció y que, por la gracia soberana, hemos sido unidos inseparablemente a Él.

Esta comprensión cambia incluso la manera en que enfrentamos el pecado. El pecado deja de convertirse en la definición de nuestra identidad para ser comprendido como una contradicción respecto de la vida que ahora poseemos en Cristo. Ya no decimos: “Peco porque esa es mi verdadera naturaleza”. Decimos exactamente lo contrario: “Esto

contradice aquello que realmente soy en el Hombre nuevo, por eso no deseo pecar”.

¡Qué diferente resulta luchar desde esta posición! Ya no peleamos para dejar de ser hijos de Adán y convertirnos, algún día, en hijos de Dios. Peleamos porque hemos descubierto que pertenecemos a una humanidad completamente nueva cuya Cabeza es Cristo mismo. El combate ya no nace del temor al rechazo, sino del deseo profundo de que la vida del Hombre perfecto encuentre una expresión cada vez más plena en nosotros.

Aquí volvemos, una vez más, al centro de esta enseñanza. El Padre nunca esperó encontrar en Adán aquello que solo podía existir plenamente en su Hijo. Desde la eternidad, su mirada estuvo puesta en Cristo. Él es el Hombre nuevo, el Hombre perfecto, la imagen visible del Dios invisible y el principio de una creación que jamás conocerá el fracaso.

Nosotros no fuimos llamados a convertirnos, por nuestros propios esfuerzos, en una copia mejorada del primer Adán. Fuimos llamados a participar de la vida del último Adán, del Hombre celestial, del Hijo amado en quien el Padre encontró desde siempre toda su complacencia.

Y cuanto más claramente comprendemos esta verdad, más dejamos de invertir nuestras fuerzas intentando reparar aquello que Dios dio por terminado en la cruz y más

aprendemos a vivir desde la gloriosa realidad de esa nueva humanidad que comenzó, para siempre, en Cristo.

Por lógica, a medida que el Espíritu Santo va quitando de nuestros ojos el velo del esfuerzo humano, comenzamos a descubrir que toda la historia de la redención posee una dirección extraordinariamente definida. Dios nunca actuó improvisando. No fue resolviendo dificultades a medida que aparecían. Tampoco fue modificando Su propósito original según el comportamiento de la humanidad. Desde el principio existió un único proyecto, un único Hombre y una única imagen hacia la cual el Padre decidió conducir todas las cosas. Pablo expresa esta verdad con una claridad admirable cuando escribe a los romanos:

“Porque a los que antes conoció, también los predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo, para que Él sea el primogénito entre muchos hermanos.”

Romanos 8:29

Durante años me llamó la atención la palabra ***“predestinó”***, porque alrededor de ella se desarrollaron innumerables discusiones teológicas. Sin embargo, cuanto más leo el texto, más comprendo que el verdadero énfasis del apóstol no descansa sobre el mecanismo de la predestinación, sino sobre su propósito. Pablo no está intentando satisfacer nuestra curiosidad acerca de todos los detalles del consejo eterno de Dios, ni crear una nueva línea teológica. Está revelando el destino maravilloso hacia el cual el Padre conduce a sus hijos.

¿Y cuál es ese destino? Ser conformados a la imagen de su Hijo. No dice simplemente que seremos personas moralmente mejores. No afirma que alcanzaremos un mayor grado de espiritualidad. Ni siquiera utiliza el lenguaje de una perfección abstracta. Habla de una imagen, y esa imagen tiene un rostro “Es Cristo”.

Creo que esta observación resulta decisiva porque confirma todo lo que hemos venido descubriendo desde el comienzo del libro. El propósito del Padre nunca fue producir millones de personas independientes que intentaran parecerse vagamente a Jesús. Su propósito fue mucho más profundo. Decidió formar una familia cuya vida entera encontrara su origen, su identidad y su expresión en su propio Hijo.

La imagen de Cristo constituye, por decirlo de alguna manera, el pensamiento eterno del Padre acerca del hombre. Cuando Dios imaginó la humanidad según su propio corazón, no estaba pensando en Adán. Estaba contemplando al Hijo. Adán fue una figura. Cristo es la realidad. El primero anticipaba; el segundo revela definitivamente aquello que siempre estuvo en el corazón del Padre.

Esta perspectiva modifica incluso nuestra comprensión de la creación. En Génesis leemos que el hombre fue creado a imagen y semejanza de Dios. Durante mucho tiempo entendimos esa afirmación como una descripción principalmente de Adán. Pero el Nuevo Testamento nos invita a mirar todavía más lejos. Pablo afirma

que Cristo es *“la imagen del Dios invisible”*. El autor de Hebreos declara que Él es *“el resplandor de Su gloria y la imagen misma de su sustancia”*. Es decir, la imagen perfecta de Dios nunca fue plenamente Adán; siempre fue Cristo.

Entonces todo comienza a adquirir una coherencia maravillosa. Adán fue creado mirando hacia Cristo y no al revés. El primer hombre anunciaba al segundo. Y esto explica por qué el fracaso del Edén nunca tomó por sorpresa al Padre. No porque deseara la caída, sino porque su propósito jamás descansó finalmente sobre el primer hombre. Desde antes de la fundación del mundo ya contemplaba al Hombre perfecto en quien reuniría todas las cosas.

Romanos 8 nos permite avanzar todavía un paso más. Pablo no dice únicamente que contemplaremos esa imagen algún día. Afirmar que estamos siendo conformados a ella. El verbo expresa un proceso, una obra continua del Espíritu Santo que avanza silenciosamente en nuestras vidas.

Observemos cuidadosamente qué es lo que el Espíritu Santo está haciendo. No está formando una imagen completamente nueva, está conformándonos a una imagen que ya existe perfectamente, y esa imagen no somos nosotros. “Es Cristo”. ¡Qué extraordinaria diferencia!

Toda la vida cristiana deja de ser un esfuerzo por diseñar una espiritualidad propia. Se convierte en la gozosa experiencia de ir siendo moldeados conforme al rostro del Hijo. El escultor ya conoce perfectamente la obra que desea

realizar porque la contempla eternamente en Cristo. No trabaja improvisando. No experimenta con diferentes modelos. Toda su tarea consiste en reproducir en nosotros aquello que ya existe plenamente en el Hombre perfecto.

Tal vez por eso Pablo utiliza tantas veces el lenguaje de la conformidad con Cristo. Habla de conocer el poder de Su resurrección. Habla de participar de sus padecimientos. Habla de llevar siempre en el cuerpo la muerte de Jesús para que también Su vida se manifieste en nosotros. Todo gira alrededor de una sola realidad: la vida del Hijo extendiéndose hacia su pueblo.

Pienso que esta verdad también responde a una de las preguntas más frecuentes de la vida espiritual: “¿Qué quiere Dios hacer conmigo?” Muchas respuestas podrían ser correctas. Algunos hablarán del ministerio, otros del servicio, otros de los dones, otros de la misión particular de cada creyente. Sin embargo, todas ellas permanecen incompletas si olvidan el propósito mayor.

Antes de preguntarse qué hará Dios por medio de nosotros, deberíamos comprender qué desea hacer en nosotros. Y la respuesta permanece inalterable desde la eternidad. Quiere conformarnos a la imagen de su Hijo, todo lo demás sirve a ese propósito. Sean las pruebas, las bendiciones, las disciplinas, los tiempos de abundancia, los tiempos de silencio, las alegrías, o incluso las lágrimas. Nada escapa a esa dirección soberana.

No porque todas las circunstancias sean buenas en sí mismas, sino porque el Padre posee la extraordinaria capacidad de hacer que incluso aquello que el pecado intentó utilizar para destruirnos termine siendo incorporado a su propósito eterno de conformarnos cada vez más al Hombre perfecto.

Entonces comprendemos por qué el versículo siguiente puede afirmar que ***“a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien”***. Ese bien no consiste simplemente en que todo termine saliendo como nosotros esperábamos. El bien supremo consiste en que todo termina colaborando con el propósito eterno del Padre: revelar cada vez con mayor claridad la imagen de Cristo en sus hijos.

Quizá aquí aparece una de las conclusiones más hermosas de todo este recorrido. Desde Génesis hasta Apocalipsis, el Padre nunca ha dejado de mirar a su Hijo. Él es la imagen eterna, el pensamiento perfecto, el modelo definitivo y el destino glorioso de la nueva creación. Nosotros no caminamos hacia una perfección desconocida que algún día descubriremos.

Caminamos hacia una Persona que el Padre conoce desde toda la eternidad y en quien encontró, antes de que existiera el universo, toda la plenitud de su complacencia. Esa Persona es el Hombre perfecto.

Y el privilegio inmenso del evangelio consiste en que el Dios que contempló eternamente la belleza de su Hijo ha

decidido compartir esa misma vida con nosotros, hasta que un día la obra iniciada por el Espíritu alcance su consumación y la Iglesia entera refleje, sin sombra ni interrupción, la gloria de Aquel que siempre fue el centro del corazón del Padre.



Capítulo nueve

LA CENTRALIDAD DEL EVANGELIO DEL REINO

A esta altura del recorrido ya resulta difícil escapar a una conclusión que comienza a imponerse por sí misma. Cuanto más contemplamos las Escrituras, más evidente se hace que Dios nunca tuvo la intención de producir simplemente hombres mejores. Todo el esfuerzo divino apunta hacia una dirección mucho más elevada.

El Padre no trabaja para perfeccionar al hombre natural; trabaja para revelar a Su Hijo. Esta diferencia, que al principio puede parecer apenas una cuestión de énfasis, termina modificando por completo la manera en que entendemos la salvación, la santificación y aun el propósito mismo de la Iglesia.

Tal vez por eso Pablo emplea con tanta frecuencia una expresión que, a fuerza de leerla, hemos dejado de percibir en toda su profundidad: ***“Cristo en vosotros...”*** No se trata únicamente de una hermosa manera de describir la comunión espiritual del creyente con el Señor. En realidad, constituye el corazón mismo del Nuevo Pacto.

La esperanza del evangelio nunca fue que el hombre llegara a desarrollar, mediante una disciplina suficientemente prolongada, un carácter parecido al de Jesús. La esperanza del evangelio consiste en que la vida del propio Cristo habite en el hombre y encuentre en él un instrumento a través del cual continuar manifestándose.

Esta diferencia resulta inmensa. Durante siglos, gran parte de la predicación cristiana ha colocado el acento sobre la imitación de Cristo. Y, ciertamente, el Nuevo Testamento utiliza ese lenguaje en diversas ocasiones. Pero incluso allí debemos preguntarnos qué entendían los apóstoles cuando invitaban a seguir el ejemplo del Señor. ¿Estaban proponiendo un esfuerzo meramente psicológico o moral? ¿Esperaban que el creyente reprodujera, mediante su fuerza de voluntad, la vida del Hijo de Dios? Basta leer cuidadosamente sus cartas para descubrir que jamás imaginaron algo semejante.

Para Pablo, la vida cristiana comienza mucho antes de cualquier imitación. Comienza con una unión. Esa unión es tan profunda que el apóstol no duda en afirmar que hemos muerto con Cristo, resucitado con Cristo, hemos sido sentados con Cristo en los lugares celestiales y que ahora nuestra vida está escondida con Cristo en Dios. Resulta difícil encontrar un lenguaje más intenso. La salvación no aparece como una ayuda externa que Dios concede al hombre para que finalmente pueda vivir mejor. Se presenta como una incorporación real a la vida del Hijo.

Creo que aquí encontramos una de las razones por las cuales tantas personas sinceras terminan agotadas en su experiencia cristiana. Han recibido enseñanzas acerca de Jesús, procuran admirar a Jesús, intentan copiar a Jesús, pero nunca llegan a descansar plenamente en el hecho de que Cristo mismo constituye ahora la fuente de su nueva existencia.

Mientras la mirada permanezca concentrada en el esfuerzo por reproducir una vida que todavía sentimos ajena, la frustración será inevitable. Nadie puede sostener durante mucho tiempo el peso de una perfección que depende exclusivamente de su propia capacidad.

Sin embargo, el evangelio anuncia algo infinitamente más esperanzador. No nos llama a convertirnos en la fuente de la vida cristiana. Nos invita a permanecer unidos a quien es esa vida. No es casual que el Señor utilizara la figura de la vid y los pámpanos para explicar esta realidad. Aquella imagen posee una sencillez tan profunda que quizá precisamente por eso pasamos demasiado rápido sobre ella.

El pámpano jamás recibe la orden de producir vida. Nadie espera semejante cosa. Toda su responsabilidad consiste en permanecer unido al tronco del cual esa vida fluye constantemente. El fruto no nace del esfuerzo del pámpano por fabricar savia, sino de la comunión ininterrumpida con la vid. Simplemente los frutos aparecen porque la vida del árbol continúa circulando silenciosamente hacia cada una de sus ramas.

Tal vez aquí encontremos una de las diferencias más profundas entre una espiritualidad centrada en el hombre y una espiritualidad centrada en Cristo. La primera mantiene constantemente al creyente ocupado evaluando cuánto ha avanzado, cuánto le falta, cuántas victorias ha conseguido y cuántos fracasos todavía arrastra.

La segunda dirige una y otra vez la mirada hacia la suficiencia del Hijo, convencida de que toda verdadera transformación nace de esa comunión. En un caso, el crecimiento depende principalmente del análisis permanente de uno mismo; en el otro, brota de una contemplación perseverante de Cristo.

No deja de ser significativo que Pablo, al describir la madurez espiritual, nunca utilice como punto de referencia un ideal abstracto de perfección. Escribe que todos debemos crecer *“hasta la medida de la estatura de la plenitud de Cristo”*. Una vez más, el objetivo no es una virtud desligada de una persona. El objetivo posee un nombre, un rostro y una historia. La meta del Espíritu Santo nunca consiste en producir hombres extraordinarios para admiración del mundo. Su propósito consiste en que el mundo pueda contemplar, cada vez con mayor claridad, la belleza del Hijo reflejada en aquellos que permanecen unidos a Él.

Quizá sea precisamente esta la razón por la cual el Nuevo Testamento insiste tanto en permanecer. Permanecer en Cristo, permanecer en su amor, permanecer en su palabra. A primera vista podría parecer una exhortación demasiado

sencilla para responder a los enormes desafíos de la vida espiritual. Sin embargo, cuanto más avanzamos en las Escrituras, más comprendemos que toda la fuerza del Reino se encuentra escondida en esa aparente simplicidad.

Porque permanecer significa reconocer, día tras día, que jamás podremos sustituir la vida del Hijo con nuestros propios recursos. Significa aceptar con gozo que todo cuanto el Padre ama, todo cuanto el Padre aprueba y todo cuanto el Padre desea encontrar en nosotros existe primero y plenamente en Cristo.

El Hombre perfecto no es solamente un personaje admirable al que observamos desde la distancia, ni un modelo imposible destinado a aumentar nuestra sensación de fracaso. Es el origen de una nueva humanidad, la fuente de una nueva vida y el lugar donde el Padre decidió reunir todo aquello que siempre buscó en el hombre.

Nosotros no caminamos hacia Él como quien intenta alcanzar una cima inaccesible. Vivimos en Él, permanecemos en Él y crecemos desde Él. Esa es la diferencia esencial entre el evangelio y cualquier otro sistema religioso. Toda religión propone un camino para que el hombre llegue, algún día, a parecerse al ideal que adora.

El evangelio anuncia que el Ideal descendió hasta nosotros, nos hizo uno consigo mismo y comenzó a compartir con nosotros su propia vida. Por eso toda la esperanza cristiana descansa, finalmente, no en la capacidad del

creyente para convertirse en el Hombre perfecto, sino en la fidelidad del Hombre perfecto que decidió vivir para siempre en aquellos que el Padre le dio.

Y mientras esa verdad se afianza en el corazón, la ansiedad va dejando lugar al descanso, el esfuerzo independiente se transforma en dependencia confiada y la santidad deja de ser un proyecto humano para convertirse en el fruto inevitable de una vida que permanece unida, por la gracia de Dios, a Cristo mismo.

Ahora bien, si la centralidad de Cristo aparece con tanta claridad en las Escrituras, ¿cómo fue posible que durante siglos tantos creyentes leyeran la Biblia colocando casi toda la atención sobre sí mismos? No formulo esta pregunta desde un espíritu crítico ni con el deseo de juzgar a quienes nos precedieron. Después de todo, yo mismo enseñé muchos pasajes de esa manera durante años.

La pregunta nace, más bien, del deseo sincero de comprender cómo el corazón humano puede apartarse tan fácilmente del centro del evangelio aun conservando un profundo amor por las Escrituras.

Pienso que la respuesta comienza a aparecer desde las primeras páginas de la Biblia. Después de la caída, el hombre no solamente perdió la comunión con Dios; comenzó también a mirarse constantemente a sí mismo. El primer efecto del pecado fue descubrir su propia desnudez. Antes de esconderse de Dios, Adán se descubrió a sí mismo. Desde ese

momento, toda la historia de la humanidad quedó marcada por una conciencia que gira alrededor del propio hombre. El pecado convirtió al yo en un punto de referencia permanente.

Quizá por eso la religión encuentra un terreno tan fértil en el corazón humano. Aunque utilice un lenguaje espiritual, suele mantener intacto ese mismo eje. Continúa preguntando qué debemos hacer, cuánto nos falta, cuáles son nuestras obligaciones, cuánta fe tenemos, cuánto hemos avanzado y qué todavía necesitamos conquistar. Aun cuando habla de Dios, muchas veces el verdadero protagonista sigue siendo el hombre.

El evangelio, en cambio, realiza un movimiento completamente diferente. No comienza preguntando por nosotros, sino revelándonos al Hijo. Juan abre su evangelio diciendo: ***“En el principio era el Verbo”***. Pablo escribe a los colosenses presentando la supremacía de Cristo. El autor de Hebreos inicia su carta mostrando al Hijo como el resplandor de la gloria del Padre. El Nuevo Testamento parece decidido a fijar nuestra atención en una sola Persona antes de hablar de cualquier otra cosa.

No creo que esto sea casual. El Espíritu Santo conoce perfectamente la tendencia natural del corazón humano. Sabe que, aun leyendo la Biblia, corremos el riesgo de buscarnos constantemente a nosotros mismos. Por eso insiste una y otra vez en conducirnos hacia Cristo. No porque nuestra vida carezca de importancia, sino porque únicamente cuando Él

ocupa el centro comenzamos a comprender correctamente quiénes somos nosotros.

Pienso que aquí se encuentra una de las grandes diferencias entre una lectura cristocéntrica y una lectura antropocéntrica de las Escrituras. En la primera, cada página termina conduciéndonos al Hijo. En la segunda, casi cada página termina regresando al hombre.

En la primera, la Biblia se convierte en una revelación progresiva de Cristo. En la segunda, se transforma principalmente en un manual para mejorar nuestra conducta. Ambas pueden utilizar los mismos textos y, sin embargo, llegar a experiencias espirituales completamente distintas.

Mientras más medito en esto, más convencido estoy de que muchas de nuestras frustraciones nacieron precisamente aquí. Durante años nos acercamos a las Escrituras como quien recibe una lista de responsabilidades cada vez más elevada. Y, casi sin advertirlo, terminábamos haciendo de nosotros mismos el centro permanente de la lectura.

Sin embargo, cuando el Espíritu Santo comienza a revelarnos al Hombre perfecto, las Escrituras empiezan a respirar de otra manera. No estoy sugiriendo, por supuesto, que las Escrituras ya no tengan nada que decir acerca de nuestra conducta. Sería un grave error concluir semejante cosa. El Nuevo Testamento está lleno de exhortaciones concretas y profundamente prácticas. Lo que intento mostrar es algo diferente. La conducta jamás ocupa el primer lugar en

la revelación. Siempre aparece como consecuencia de una realidad mucho más profunda: “nuestra unión con Cristo”.

Esta diferencia puede parecer sutil, pero cambia completamente el tono de la vida cristiana. Cuando comenzamos por la conducta, la obediencia suele transformarse en una carga. Cuando comenzamos por Cristo, la obediencia se convierte en el fruto natural de una vida compartida con Él. En un caso, el creyente vive intentando alcanzar una realidad que todavía siente distante. En el otro, aprende a expresar una realidad que ya le fue concedida por gracia.

Quizá sea precisamente esta la razón por la cual Pablo dedica tanto tiempo a revelar quién es Cristo antes de decir cómo debe vivir la Iglesia. El apóstol parece comprender que toda verdadera transformación comienza con una revelación. Nadie cambia profundamente porque recibió más información. Cambia cuando contempla la gloria del Hijo.

Por eso escribe a los corintios que, mirando la gloria del Señor como en un espejo, somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen. No dice que somos transformados observándonos cuidadosamente a nosotros mismos. La transformación ocurre mientras contemplamos a Otro.

¡Qué extraordinaria es esta obra del Espíritu Santo! Él no nos conduce constantemente hacia el análisis de nuestras insuficiencias; nos conduce una y otra vez hacia la

suficiencia de Cristo. Y, paradójicamente, cuanto más dejamos de ocuparnos obsesivamente de nosotros mismos y más permanecemos contemplando al Hijo, más comienza su vida a manifestarse en nosotros.

Creo que esta es una de las grandes invitaciones que el Señor está haciendo a la Iglesia de nuestro tiempo. Durante demasiado tiempo hemos intentado producir por esfuerzo aquello que solamente puede nacer de la comunión. Hemos multiplicado métodos para mejorar al creyente cuando, en realidad, el Espíritu Santo continúa realizando la misma obra que comenzó hace dos mil años: “revelar a Cristo”.

Porque Él sabe que donde el Hijo ocupa verdaderamente el centro, la vida encuentra finalmente su orden. Allí las demandas dejan de sonar como amenazas y comienzan a ser comprendidas como la expresión de una naturaleza nueva.

Allí la santidad deja de ser una escalera interminable para convertirse en el fruto silencioso de una unión viva con el Hombre perfecto. Y allí la Biblia entera deja de ser el relato de hombres luchando por alcanzar a Dios para revelarse, finalmente, como la maravillosa historia del Dios que, en su Hijo, descendió hasta el hombre para compartir con él la única vida capaz de agradar plenamente al Padre.



Capítulo diez

LA REALIDAD Y LA FE DEL HOMBRE PERFECTO

Existe una palabra que atraviesa toda la vida cristiana y que, sin embargo, pocas veces nos detenemos a examinar con suficiente profundidad. Me refiero a la fe. Todos sabemos que ***“sin fe es imposible agradar a Dios”*** (Hebreos 11:6). y probablemente pocos conceptos han ocupado tanto lugar en la predicación evangélica como este. Sin embargo, precisamente por esa razón, también se ha convertido en uno de los términos más expuestos al riesgo de ser comprendido desde una perspectiva equivocada.

Con frecuencia hablamos de la fe como si se tratara principalmente de una fuerza interior que debemos producir. Medimos nuestra vida espiritual preguntándonos si tenemos suficiente fe, si nuestra fe ha crecido, si estamos creyendo correctamente o si todavía nos falta alcanzar un determinado nivel. Sin advertirlo, volvemos a colocar el centro sobre nosotros mismos. La fe termina siendo observada casi como un músculo espiritual cuyo desarrollo depende principalmente de nuestro esfuerzo.

Pero cuando volvemos a leer cuidadosamente el Nuevo Testamento descubrimos algo que resulta profundamente revelador. Los apóstoles jamás hablan de la fe como de una energía autónoma del hombre. Siempre la presentan inseparablemente unida a la persona de Cristo.

Pablo escribe en Gálatas: ***“Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí”*** (Gálatas 2:20). Durante años leí ese versículo casi automáticamente como si dijera: “vivo por mi fe en el Hijo de Dios”. Y, ciertamente, esa verdad aparece en muchos otros lugares de las Escrituras. Sin embargo, resulta interesante observar que el texto debe entenderse como ***“la fe del Hijo de Dios...”*** una expresión que ha despertado un amplio debate entre los estudiosos del Nuevo Testamento.

No pretendo resolver aquí una discusión gramatical. Lo que sí me parece importante es notar la dirección en la que Pablo está pensando. Aun cuando traduzcamos el pasaje como “fe en el Hijo de Dios”, toda la atención continúa descansando sobre Él. La fe nunca constituye un valor independiente. Siempre recibe su significado por el objeto hacia el cual se dirige. Y quizá allí encontremos una de las claves más importantes.

La fe cristiana jamás fue una fe en la fe, siempre fue una fe en Cristo. La diferencia es inmensa, porque una persona puede pasar toda su vida intentando aumentar la

intensidad de su fe y, al mismo tiempo, permanecer muy poco ocupada contemplando a Aquel en quien dice creer. El resultado suele ser una espiritualidad profundamente inestable. Cuando siente que su fe es fuerte, experimenta seguridad. Cuando la percibe débil, todo comienza a tambalearse. Sin darse cuenta, ha colocado la confianza en la calidad de su propia fe más que en la fidelidad del Salvador.

El Nuevo Testamento, en cambio, parece invitarnos constantemente a descansar en otro lugar. El autor de Hebreos escribe que debemos correr la carrera ***“puestos los ojos en Jesús, el autor y consumidor de la fe”*** (Hebreos 12:2). Cada una de esas palabras merece una larga meditación. Cristo no aparece simplemente como un ejemplo de fe. Es presentado como Su autor y Su consumidor. En Él la fe encuentra su origen y también su perfección.

Resulta significativo que el texto no nos invite primero a examinar nuestra propia fe. Nos invita a mirar a Jesús. El orden vuelve a ser exactamente el mismo que hemos venido descubriendo a lo largo de todo este libro. Primero Cristo. Después nosotros. Primero el Hombre perfecto. Luego nuestra participación en todo cuanto Él es.

Pienso que esto armoniza admirablemente con la experiencia de los discípulos. Cuando Pedro caminó sobre las aguas, mientras sus ojos permanecieron puestos en el Señor pudo hacer aquello que naturalmente era imposible. El problema comenzó cuando desplazó su mirada hacia el viento y las olas. Muchas veces hemos utilizado ese episodio

para enseñar que debemos tener más fe. Sin embargo, quizá el relato esté enseñando algo todavía más profundo. La fuerza nunca estuvo en la intensidad psicológica de Pedro. La estabilidad descansaba en la Persona que tenía delante.

No deja de sorprenderme que Jesús no alabara la capacidad humana de producir confianza. Toda su enseñanza consistió en conducir continuamente a los hombres hacia el Padre y hacia Él mismo. Incluso cuando hablaba de la fe, nunca la convertía en un fin en sí mismo. Siempre la orientaba hacia una relación.

Tal vez aquí podamos expresar un principio que atraviesa silenciosamente todo el Nuevo Testamento: la fe no crea la realidad; la fe recibe la realidad que Dios ya estableció en Cristo. Esto resulta decisivo para comprender el evangelio.

Nosotros no creemos para fabricar una nueva verdad espiritual. Creemos porque Dios ya actuó en su Hijo. La cruz ocurrió antes de nuestra fe. La resurrección ocurrió antes de nuestra fe. La reconciliación fue consumada antes de nuestra fe. Nuestra fe no produce esas realidades; simplemente nos introduce en ellas.

Y pienso que exactamente lo mismo sucede con todas las demandas que hemos venido contemplando. No creemos para fabricar una justicia propia. Creemos porque la justicia perfecta ya apareció en Cristo. No creemos para producir una obediencia aceptable. Creemos porque el único Hombre

verdaderamente obediente ya cumplió perfectamente la voluntad del Padre. No creemos para fabricar el amor. Creemos porque el Amor eterno descendió hasta nosotros y derramó su vida en nuestros corazones por medio del Espíritu Santo.

Cuanto más meditamos en estas cosas, más comprendemos que la fe nunca dirige la mirada hacia sí misma. Su naturaleza consiste precisamente en olvidarse de sí para descansar completamente en Otro. La fe auténtica no admira su propia fortaleza; admira la fidelidad de Aquel en quien confía. Como la mano de un niño que se aferra a la de su padre mientras atraviesan un camino difícil, su seguridad no depende tanto de la fuerza con que aprieta los dedos como de la firmeza de la mano que lo sostiene.

Quizá por eso el evangelio produce tanto descanso cuando finalmente es comprendido. El creyente deja de vivir obsesionado por analizar continuamente la calidad de su propia fe y comienza a maravillarse ante la inquebrantable fidelidad del Hombre perfecto.

Descubre que la roca sobre la cual descansa su esperanza nunca fue la estabilidad de sus emociones ni la intensidad de sus convicciones, sino la obra consumada de Cristo. Y mientras más contempla esa obra, más naturalmente brota la confianza. No porque haya aprendido una técnica para creer mejor, sino porque ha descubierto que toda la seguridad del universo se encuentra concentrada en una sola Persona.

Creo que este principio resume admirablemente todo cuanto hemos venido recorriendo desde las primeras páginas del libro. El Padre jamás nos llamó a producir por nosotros mismos aquello que solo existe perfectamente en su Hijo. Tampoco nos llamó a sostener con nuestras propias fuerzas una vida que nació de la gracia. Nos llamó a creer. Pero aun esa fe encuentra su sentido únicamente cuando dirige toda su atención hacia Cristo.

Porque, al final, el evangelio nunca tuvo como propósito formar hombres impresionados por la calidad de su propia fe. Quiso formar un pueblo completamente cautivado por la grandeza, la suficiencia y la fidelidad del Hombre perfecto.

Y cuando esa contemplación ocupa verdaderamente el centro del corazón, la fe deja de ser un esfuerzo agotador para convertirse en el descanso gozoso de quien ha descubierto que toda la aceptación, toda la justicia, toda la obediencia y toda la vida que el Padre buscó desde la eternidad ya resplandecen plenamente en su Hijo, y que por pura gracia nosotros hemos sido hechos participantes de esa plenitud.



Capítulo once

EL HOMBRE PERFECTO Y LA COMPLACENCIA DEL PADRE

Hay una escena en el Antiguo Testamento que, durante muchos años, leí como un episodio aislado de la historia de Caín y Abel. Sin embargo, cuanto más contemplo a Cristo como el Hombre perfecto, más comprendo que aquel relato estaba anunciando una verdad que alcanza su pleno significado únicamente en el Nuevo Pacto.

El texto de Génesis dice que Jehová miró con agrado a Abel y a su ofrenda, pero no miró con agrado a Caín ni a la ofrenda suya. Siempre me llamó la atención el orden de la narración. Las Escrituras no dicen, en primer lugar, que Dios aceptó la ofrenda y, como consecuencia, aceptó al hombre. El orden aparece exactamente al revés. Dios miró primero a Abel y después a su ofrenda. Del mismo modo, rechazó primero a Caín y, por esa razón, también rechazó aquello que Caín presentó.

Puede parecer un simple detalle literario, pero creo que contiene un principio que atraviesa toda la revelación bíblica. Dios siempre comienza por la persona, después vienen las obras. Nosotros solemos invertir ese orden. Pensamos que, si

nuestras obras alcanzan determinado nivel, entonces Dios finalmente nos aceptará. Pero el relato de Génesis ya anticipa que la aceptación nunca comienza con lo que el hombre produce. Comienza con el hombre mismo.

Ahora bien, esta observación nos conduce inmediatamente a una pregunta todavía más profunda. Si el problema se encuentra en el hombre, ¿qué hombre podrá presentarse delante de Dios con una aceptación perfecta? Y aquí toda la Escritura comienza a señalar silenciosamente hacia Cristo.

Porque desde Abel hasta el último creyente de la historia, ningún ser humano pudo presentarse delante del Padre apoyándose en su propia perfección. Todos, absolutamente todos, llegaron necesitados de gracia. Todos dependieron de una justicia que no nacía de ellos mismos.

Esto explica por qué el Nuevo Testamento insiste tanto en que hemos sido aceptados *“en el Amado”*. Pablo no dice simplemente que Dios aprendió a tolerarnos. Tampoco afirma que decidió ignorar nuestras faltas como si dejaran de existir. Utiliza una expresión infinitamente más profunda. Nuestra aceptación ocurre en una Persona.

Cuanto más medito en ello, más convencido estoy de que el Padre nunca separa aquello que nosotros solemos dividir. Nosotros distinguimos entre Cristo y nosotros casi como si fuéramos dos realidades completamente independientes. El Padre, en cambio, contempla a su Iglesia

inseparablemente unida a su Hijo. Esa unión no elimina nuestra personalidad, pero sí determina completamente nuestra posición delante de Él.

Quizá podamos ilustrarlo con una imagen sencilla. Cuando una esposa entra en el hogar de su esposo, no necesita construir desde cero un apellido completamente nuevo. Participa del nombre, de la identidad y de la posición de aquel con quien ha sido unida. No pierde su persona; participa de una nueva realidad relacional. Del mismo modo, el creyente no comparece delante del Padre como un individuo aislado intentando demostrar el valor de sus propias obras. Comparece unido a Cristo.

Por eso toda la esperanza del evangelio descansa sobre la aceptación del Hijo. No sobre la nuestra. Porque si el Padre acepta plenamente al Hijo, y nosotros estamos en el Hijo, entonces nuestra seguridad ya no depende de las oscilaciones de nuestro rendimiento espiritual. Descansa sobre la inmutabilidad de Cristo.

Creo que aquí encontramos una de las diferencias más profundas entre la paz del evangelio y la incertidumbre religiosa. La religión obliga constantemente al hombre a preguntarse si ya hizo suficiente. Nunca sabe con certeza si sus obras alcanzan el nivel esperado. Siempre queda la sensación de que todavía falta algo más. Un poco más de oración. Un poco más de obediencia. Un poco más de sacrificio. Un poco más de santidad. El horizonte se aleja

continuamente y la conciencia nunca encuentra verdadero descanso.

La carta a los Hebreos describe admirablemente esa realidad cuando habla de sacrificios que debían repetirse año tras año porque jamás podían perfeccionar la conciencia del adorador. Aquellos sacrificios señalaban precisamente la imposibilidad de encontrar una aceptación definitiva mediante las obras humanas. Cada nueva ofrenda recordaba que la solución todavía no había llegado.

Pero entonces apareció Cristo. Y con Él cambió completamente el escenario. Porque el Padre ya no recibe simplemente un sacrificio. recibe al Sacrificio. Ya no contempla únicamente una ofrenda, contempla al Ofrendante perfecto.

Y resulta profundamente significativo que Hebreos presente ambas realidades unidas. Cristo no solamente ofrece algo. Se ofrece a sí mismo. En Él coinciden perfectamente el sacerdote, la víctima y la ofrenda. Todo aquello que durante siglos apareció fragmentado en las figuras del Antiguo Pacto encuentra finalmente su unidad en una sola Persona.

Entonces comprendemos algo extraordinario. El Padre nunca estuvo buscando principalmente mejores sacrificios, solo estuvo esperando al Hombre perfecto. Porque únicamente Él podía presentar una obediencia sin mezcla, un amor sin egoísmo, una justicia sin defecto y una entrega

absolutamente voluntaria. Todo cuanto el Padre había esperado desde la eternidad apareció finalmente en Su Hijo.

Y ahora sucede lo más maravilloso del evangelio. Ese Hombre perfecto comparte con nosotros su propia aceptación. No nos invita simplemente a admirarla desde lejos, nos introduce en ella.

Pienso que aquí la doctrina de la unión con Cristo alcanza una de sus expresiones más hermosas. No solamente participamos de Su vida, de Su justicia y de Su herencia. Participamos también de la complacencia que el Padre encuentra en Él.

La voz que resonó en el Jordán ***“Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia”*** continúa siendo la declaración eterna del Padre acerca del Hijo. Y precisamente porque hemos sido hechos uno con Cristo, esa complacencia se convierte también en el fundamento de nuestra relación con Dios.

Esto no significa, por supuesto, que el Padre deje de corregirnos cuando es necesario. La disciplina continúa formando parte del amor paternal. Pero la disciplina nunca pone en discusión nuestra aceptación. Un padre corrige a sus hijos porque son hijos, no para convertirlos en hijos. Del mismo modo, Dios forma nuestro carácter porque ya pertenecemos a su familia. La corrección nace de la aceptación; jamás la produce.

Creo que esta verdad posee un inmenso poder para sanar la conciencia de tantos creyentes sinceros que viven atrapados entre el amor de Dios y el temor permanente de no estar haciendo suficiente. El evangelio no invita al hombre a vivir en la incertidumbre de su propia aceptación. Lo invita a descansar en la aceptación inmutable del Hombre perfecto. Y desde ese descanso comienza toda verdadera obediencia.

Quizá, al final, esta sea una de las mayores diferencias entre el antiguo modo de relacionarse con Dios y la gloria del Nuevo Pacto. Bajo la antigua alianza, el hombre se acercaba esperando que su ofrenda fuera suficiente. En el Nuevo Pacto, el creyente se acerca sabiendo que el Padre ya recibió plenamente la única ofrenda perfecta que podía satisfacer para siempre Su corazón.

Por eso nuestra confianza ya no descansa en aquello que llevamos en nuestras manos, sino en Aquel que nos toma de la mano para introducirnos en la presencia del Padre. Allí desaparece toda jactancia, porque nada procede de nosotros; pero también desaparece todo temor, porque todo depende del Hombre perfecto.

Y cuando el alma finalmente comprende esta verdad, deja de vivir preguntándose si será suficientemente aceptable para Dios y comienza a descansar, con una paz que ninguna religión puede ofrecer, en la perfecta aceptación que el Padre encontró desde toda la eternidad en Su Hijo amado y que, por pura gracia, decidió compartir con todos aquellos que permanecemos para siempre en Él.

Si observamos cuidadosamente la escena, en la que el Padre dice: ***“Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia”***, descubrimos que el protagonista es el mismo Padre, porque es Él quien rompe el silencio de los cielos para pronunciar unas palabras que, desde ese instante, se convertirían en el eje sobre el cual giraría todo el Nuevo Testamento.

El Padre no estaba improvisando una expresión de afecto, sino que estaba revelando públicamente algo que existía desde toda la eternidad. Antes de que el mundo fuera creado, antes de que apareciera el pecado, antes de que existiera la necesidad de redención, el Padre ya encontraba en el Hijo toda su satisfacción. La complacencia del Padre no nació en Belén, ni comenzó en el Jordán, ni fue conquistada en la cruz. La cruz la manifestó de la manera más gloriosa, pero el amor del Padre hacia el Hijo pertenece al misterio eterno de la Trinidad.

Esta observación resulta decisiva para comprender el evangelio. Porque si la complacencia del Padre existía antes de toda obra, entonces las obras de Cristo no fueron un intento por ganar el amor del Padre. Fueron la expresión perfecta de una comunión que ya existía. Jesús no obedecía para ser amado; obedecía porque vivía plenamente en el amor del Padre. Su obediencia nunca fue el precio de esa relación; fue el fruto de ella, y pienso que precisamente allí encontramos el modelo de toda la vida cristiana.

Con demasiada frecuencia hemos imaginado que Dios espera que vivamos de una manera determinada para que finalmente pueda complacerse en nosotros. Esa idea ha moldeado silenciosamente buena parte de la espiritualidad evangélica. Muchos creyentes oran, sirven, predicán, ayunan o estudian las Escrituras impulsados, en lo más profundo de su corazón, por la esperanza de alcanzar un día la aprobación que todavía sienten lejana.

Sin embargo, el evangelio anuncia exactamente lo contrario. La aprobación no constituye el premio de la obediencia, es el punto de partida. Naturalmente, cuando afirmo esto no estoy hablando de una aprobación independiente de Cristo. Todo cuanto hemos desarrollado en este libro nos impide caer en semejante error.

El Padre no aprueba al hombre caído por ignorar su condición. Lo aprueba porque lo contempla unido al Hombre perfecto. La complacencia nunca se separa del Hijo. Todo el favor del Padre permanece concentrado en Él y, precisamente por esa razón, todos los que estamos en Él participamos también de esa aceptación.

Quizá aquí comprendamos por qué el enemigo escogió cuidadosamente el momento de la tentación en el desierto. Apenas habían transcurrido unos instantes desde que el Padre declarara públicamente quién era Jesús cuando Satanás comenzó su ataque con una frase aparentemente sencilla: *“Si eres Hijo de Dios...”*

Esta declaración, no se trataba simplemente de una invitación a realizar un milagro, era un ataque dirigido al fundamento mismo de la identidad. Observemos el orden, primero habla el Padre, después habla el tentador. Es decir, primero la voz del amor y luego la voz de la duda.

Porque Satanás sabe perfectamente que toda la vida espiritual depende del lugar desde el cual el hombre vive. Si consigue sembrar incertidumbre acerca de la relación con el Padre, todo lo demás comenzará a tambalearse. Un hombre inseguro buscará continuamente demostrar aquello que cree no poseer. Necesitará probar su valor, justificar su espiritualidad y conquistar una aceptación que imagina todavía pendiente.

Cristo jamás cayó en esa trampa, no respondió intentando demostrar que era el Hijo, sino que vivió desde la certeza. No necesitó convertir piedras en pan para confirmar Su identidad. No necesitó arrojarse desde el templo para obligar al Padre a intervenir. No necesitó recibir los reinos del mundo de manos de Satanás porque sabía perfectamente que todo pertenecía ya al propósito del Padre.

Cada tentación constituyo, en realidad, una invitación a actuar independientemente de la comunión que disfrutaba con el Padre. Y precisamente allí aparece nuevamente el Hombre perfecto. No venció únicamente porque poseía mayor fuerza moral, sino que venció porque jamás abandonó el lugar de la dependencia filial. Todos los días de Su carne permaneció anclado en la relación profunda con el Padre.

Creo que aquí encontramos una enseñanza inmensamente valiosa para la Iglesia. Muchas veces pensamos que las tentaciones consisten únicamente en invitaciones al pecado visible. Sin embargo, las tentaciones más profundas suelen dirigirse a nuestra identidad. El enemigo intenta convencernos de que todavía debemos construir aquello que el evangelio afirma haber recibido por gracia. Nos impulsa a vivir como huérfanos espirituales cuando el Padre ya nos ha recibido como hijos en Cristo.

Evidentemente, nunca participaremos de esa relación como el Hijo eterno participa de ella. Su filiación es única e incomparable. Pero, por gracia, hemos sido incorporados a Él y ahora compartimos el privilegio de acercarnos a Dios llamándolo “*Abba, Padre*”.

Esta realidad cambia incluso nuestra manera de comprender la obediencia. El hijo no trabaja para convertirse en hijo. Vive como hijo porque ya pertenece a la familia. De la misma manera, nosotros no obedecemos para fabricar una identidad espiritual. Obedecemos porque hemos recibido una identidad que transforma toda nuestra existencia.

Mientras escribo estas líneas no puedo evitar pensar que, quizá, uno de los mayores daños producidos por una comprensión deficiente del evangelio del Reino ha sido precisamente convertir la vida cristiana en una interminable búsqueda de aprobación. Cuántos hijos de Dios viven agotados intentando demostrarle al Padre un amor que, en realidad, solo puede brotar cuando finalmente descansan en

el hecho de haber sido amados primero. Cuántos ministerios se sostienen sobre el miedo al fracaso más que sobre el gozo de la comunión. Cuántas disciplinas espirituales han dejado de ser encuentros con el Padre para convertirse silenciosamente en exámenes permanentes del propio rendimiento.

Sin embargo, el Jordán continúa proclamando una verdad que ninguna religión podrá modificar jamás. El Padre ya encontró al Hombre perfecto. Ya contempló la obediencia que siempre buscó. Ya recibió el amor sin egoísmo, la santidad sin mezcla, la justicia sin defecto y la fidelidad sin interrupción.

Todo cuanto Su corazón podía esperar apareció plenamente en Su Hijo amado. Y el milagro incomparable del evangelio consiste en que ese mismo Padre decidió unirnos inseparablemente a Él. Desde ese momento, toda la vida cristiana deja de ser la angustiosa búsqueda de una aceptación futura para convertirse en el gozoso aprendizaje de vivir desde una aceptación que ya nos fue concedida en Cristo. Allí donde está el Hombre perfecto, allí está el favor eterno de Dios. Y allí, por pura gracia, hemos sido introducidos nosotros.



Capítulo doce

LA JUSTICIA DEL PADRE EN LA GRACIA DEL HIJO

“Yo soy la vid verdadera, y mi Padre es el labrador”.

Juan 15:1

Resulta verdaderamente llamativo que, cuando el Señor quiso explicar la vida del Nuevo Pacto, no recurriera a la imagen de un obrero trabajando, ni a la de un soldado luchando, ni siquiera a la de un estudiante aprendiendo. Escogió un viñedo. A primera vista puede parecer una comparación sencilla, casi cotidiana para quienes vivían en Palestina, pero precisamente en esa sencillez se esconde una de las revelaciones más profundas de todo el Nuevo Testamento.

Pienso que no deberíamos pasar demasiado rápido sobre las primeras palabras sobre la viña, porque contienen un énfasis que muchas veces ha quedado oculto por nuestra tendencia a leer el texto desde nosotros mismos. Observemos cuidadosamente el orden, porque Jesús no comienza hablando de los pámpanos, sino que comienza hablando de la Vid.

No comienza preguntando cuánto fruto producen las ramas, sino que comienza revelando quién es la fuente de toda la vida. No dirige inmediatamente nuestra atención hacia el rendimiento, sino que la dirige hacia Su propia Persona.

Esto resulta completamente coherente con todo cuanto hemos venido descubriendo a lo largo de esta serie de libros. Cada vez que el Padre desea revelar el secreto de la vida espiritual, coloca delante de nuestros ojos a Su Hijo. Nunca comienza con las ramas. Siempre comienza con el Árbol. Nunca comienza con los frutos, siempre comienza con la Vida.

Tal vez aquí encontremos una de las razones por las cuales tantas personas leen este pasaje sintiendo más presión que descanso. Sin advertirlo, empiezan la lectura exactamente donde Jesús no comenzó. Apenas llegan al capítulo, sus ojos buscan inmediatamente la palabra “fruto”. Se preguntan cuánto fruto están produciendo, qué significa dar más fruto, cómo evitar ser cortados y cuáles son las condiciones necesarias para alcanzar una vida más productiva.

Sin darse cuenta, el centro vuelve a desplazarse. Cristo deja de ser el protagonista, y los creyentes pasan a ocupar nuevamente ese lugar. Pero el Señor insiste una y otra vez en conducir la conversación hacia otro sitio: ***“Yo soy la vid...”*** ***“Permaneced en mí...”*** ***“Separados de mí nada podéis hacer...”*** Sin duda, todo gira alrededor de Él.

Cuanto más observo este discurso, más convencido estoy de que Jesús está describiendo una realidad antes que imponiendo una carga. Nunca le pide al pámpano que produzca vida. Sería absurdo. Tampoco le ordena fabricar savia, crear raíces o sostener el tronco. Todo eso pertenece exclusivamente a la vid.

Entonces, ¿qué espera del pámpano? Una sola cosa: “Permanecer”. Y precisamente allí aparece la extraordinaria sencillez del evangelio. Porque permanecer no significa esforzarse desesperadamente por convertirse en algo diferente. Significa no abandonar el lugar donde la vida ya fluye.

Pienso que muchas veces hemos convertido la palabra permanecer en una nueva lista de obligaciones espirituales. Decimos que permanecer consiste en orar determinadas horas, leer cierta cantidad de capítulos bíblicos, ayunar con determinada frecuencia o cumplir una serie de disciplinas espirituales. Todas esas prácticas poseen un enorme valor cuando nacen de la comunión. Pero ninguna de ellas constituye, en sí misma, la permanencia de la que habla Jesús.

Permanecer significa vivir conscientemente unido a Cristo. Significa reconocer que fuera de Él no existe ninguna fuente de vida. Significa renunciar cada día a la ilusión de que todavía podemos producir, por nosotros mismos, aquello que únicamente puede nacer de Él. Por eso el Señor

pronuncia una de las frases más contundentes de todo el evangelio:

“Separados de mí nada podéis hacer...”

Juan 15:5

Siempre me ha impresionado el carácter absoluto de esas palabras. Jesús no dice que fuera de Él podremos hacer pocas cosas. Tampoco afirma que obtendremos resultados limitados. Dice sencillamente: ***“Nada...”*** Y creo que debemos permitir que esa palabra conserve toda su fuerza. Nada no es una parte, ni un porcentaje, nada es nada.

Porque el Señor no está hablando simplemente de la actividad religiosa. Está hablando de la vida que agrada al Padre. Esa vida no puede producirse independientemente del Hijo porque el Padre jamás buscó una justicia independiente del Hijo. Todo cuanto ama se encuentra en Él. Todo cuanto aprueba resplandece en Él. Todo cuanto finalmente dará fruto procede de Él.

Quizá aquí volvamos a encontrarnos con el mismo principio que ha recorrido silenciosamente todas las páginas de este libro. El Padre nunca exige al pámpano convertirse en la vid. Nunca espera que la rama origine aquello que únicamente pertenece al tronco. La demanda siempre está precedida por un don. Antes de pedir fruto, entrega la Vida. Antes de esperar una cosecha, planta el Árbol. Antes de hablar de nosotros, revela a Cristo.

Entonces podemos llegar a comprender algo verdaderamente hermoso. El fruto jamás constituye el esfuerzo del pámpano por parecerse a la vid. El fruto es la evidencia silenciosa de que la vida de la vid continúa circulando por el pámpano.

¡Qué diferente resulta esto de la espiritualidad con la que muchos hemos crecido! Durante años intentamos colgar frutos sobre nuestras ramas. Procurábamos ser más pacientes, más humildes, más mansos, más generosos, como quien añade adornos a un árbol seco esperando convencer a los demás de que todavía está vivo. Pero el evangelio nunca propone semejante tarea. El evangelio comienza con la vida, porque donde hay vida, simplemente aparece el fruto.

No inmediatamente, no siempre al mismo ritmo, pero si hay sanidad aparece el fruto. No porque la rama haya aprendido una técnica nueva, sino porque permanece unida a la fuente.

Esta fue, precisamente, la tragedia del antiguo pacto. Israel recibió los mandamientos, pero no recibió todavía la vida que podía producir aquello que los mandamientos describían. La Ley podía señalar el fruto esperado, pero no podía comunicar la savia necesaria para hacerlo crecer. El Nuevo Pacto, en cambio, comienza exactamente donde el antiguo terminaba. Dios ya no escribe únicamente su voluntad sobre tablas de piedra; introduce su propia vida en el corazón del hombre por medio del Espíritu Santo.

Entonces todo comienza a encontrar su lugar. La paciencia deja de ser únicamente una virtud que admiramos para convertirse en la paciencia de Cristo manifestándose en nosotros. La mansedumbre deja de ser un ideal inalcanzable para convertirse en la mansedumbre del Señor encontrando expresión en nuestra vida. El amor deja de ser un mandato imposible para revelarse como la vida del Hijo derramándose constantemente hacia quienes permanecen unidos a Él.

Quizá por eso el Señor nunca dijo: “Esfuércense por producir fruto”. Dijo: “*Permaneced en mí...*” ¡Qué sencilla parece la frase! Y, sin embargo, contiene toda la esencia del evangelio del Reino.

Porque permanecer exige renunciar al orgullo del hombre natural. Exige abandonar la vieja ilusión de que todavía somos capaces de producir, por nosotros mismos, aquello que solo existe plenamente en Cristo. Permanecer significa aceptar, con profunda alegría, que la vida jamás comenzó en nosotros y que tampoco dependerá finalmente de nosotros. Todo comienza en Él. Todo permanece en Él. Todo alcanza su plenitud en Él.

El Hombre perfecto no aparece simplemente como el modelo que contemplamos desde la distancia. Es la Vid verdadera de la cual brota toda la vida de la nueva creación. Nosotros no hemos sido llamados a fabricar una perfección paralela a la suya. Hemos sido llamados a permanecer unidos a Él para que su propia vida encuentre libremente su expresión en nosotros.

Entonces comprendemos que el fruto nunca será motivo de orgullo para la rama, porque la rama sabe perfectamente de dónde procede la savia que la sostiene. Toda la gloria permanece donde siempre estuvo: en la Vid verdadera. Y cuanto más profundamente descansamos en esa realidad, más espontáneamente comenzamos a manifestar aquello que el Padre buscó desde la eternidad, no como el resultado de un esfuerzo independiente, sino como la manifestación silenciosa, constante y gloriosa de la vida del Hombre perfecto fluyendo a través de nuestras vidas.

***“Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que
está en los cielos es perfecto.”***

Mateo 5:48

Esta demanda divina siempre estuvo, pero reconociendo nuestra pecaminosa humanidad, solo llega a despertarnos temor, frustración y sensación de insuficiencia. Durante siglos este versículo ha sido presentado como la cima de la ética cristiana, como la meta hacia la cual todo creyente debería avanzar mediante un crecimiento continuo de su carácter, pero esa forma de presentarlo es un absurdo.

No digo esto como si siempre hubiese tenido en claro su verdadero sentido, yo también fui desafiado a la perfección. Llegué a pensar que Jesús estaba elevando el estándar moral hasta un nivel tan alto que ni sus discípulos en esa época, ni nosotros hoy en día, podríamos siquiera intentar alcanzar. Sin embargo, cuanto más comprendí la naturaleza del Nuevo Pacto, más comencé a percibir que

quizá estaba interpretando este pasaje de manera superficial y equivocada.

Porque antes de preguntarnos cómo llegar a ser perfectos, deberíamos preguntarnos quién es realmente el perfecto del que Jesús está hablando. Esta manera de acercarnos al texto no nace del deseo de suavizar las demandas del Señor ni de disminuir el valor de la santidad. Por el contrario, nace del convencimiento de que toda la Escritura encuentra su verdadera luz cuando es leída a través de Cristo.

Si Él mismo afirmó que las Escrituras daban testimonio de su Persona, resulta legítimo preguntarnos si incluso esta extraordinaria declaración no está señalando, en última instancia, hacia Él.

El contexto del Sermón del Monte nos ayuda mucho a comprenderlo. Jesús no está corrigiendo simplemente algunos comportamientos externos. Está penetrando hasta las motivaciones más profundas del corazón humano. No se conforma con decir que no debemos matar; afirma que el enojo ya revela un problema interior.

No se limita a prohibir el adulterio; muestra que la codicia del corazón ya constituye una ruptura con el propósito de Dios. No habla solamente del amor hacia quienes nos aman; exige amar incluso a los enemigos. Es evidente que el Señor no está proponiendo una reforma superficial del comportamiento. Está describiendo una

calidad de vida que supera completamente las posibilidades del hombre natural.

Y precisamente allí aparece la pregunta que pocas veces nos hemos permitido formular: si el propio discurso demuestra una y otra vez la incapacidad del ser humano para alcanzar semejante medida, ¿es razonable pensar que la conclusión consiste simplemente en esforzarnos todavía más?

Creo que la respuesta comienza a surgir cuando recordamos una verdad que atraviesa todo este libro: el Padre jamás demanda algo que no haya decidido entregar primero en su Hijo. Cada vez que Dios presenta una realidad perfecta, finalmente termina conduciendo nuestra mirada hacia Cristo. Así sucede con el verdadero Cordero, con el verdadero Templo, con el verdadero Sumo Sacerdote, con el verdadero Pan del cielo y con la verdadera Vid. ¿Por qué habría de ser diferente cuando habla de la perfección?

En realidad, todo el Nuevo Testamento responde esa pregunta de manera sorprendente. El autor de la carta a los **Hebreos 5:8 y 9** afirma que Cristo *“fue hecho perfecto”* como Sumo Sacerdote mediante los padecimientos, no porque antes existiera en Él alguna imperfección moral, sino porque llevó hasta su consumación la obra que el Padre le había encomendado.

Más adelante declara que, mediante una sola ofrenda, *“hizo perfectos para siempre a los santificados”* (Hebreos

10:14). Pablo, por su parte, afirma: ***“Y vosotros estáis completos en Él, que es la cabeza de todo principado y potestad”*** (Colosenses 2:10). Es decir, la perfección deja de presentarse como una conquista autónoma del creyente para convertirse en una realidad recibida en unión con el Hijo.

Entonces el mandato de Jesús comienza a adquirir una profundidad completamente nueva. No desaparece. No pierde su fuerza. Pero deja de ser una montaña imposible que debemos escalar con nuestras propias fuerzas para convertirse en una ventana desde la cual contemplamos al único Hombre que satisface plenamente esa exigencia.

El Señor no disminuye el estándar; lo eleva hasta el punto de hacernos comprender que solamente Él puede cumplirlo. Y precisamente cuando toda confianza en nuestras propias capacidades comienza a derrumbarse, aparece el evangelio anunciando que ese Hombre perfecto ha compartido con nosotros su propia vida.

Esto explica por qué el Nuevo Testamento nunca presenta la santidad como un proyecto independiente de Cristo. Pablo no escribe a los creyentes diciéndoles que procuren convertirse, algún día, en personas aceptables para Dios. Les recuerda constantemente quiénes son en Cristo y, desde esa realidad, los exhorta a vivir de manera coherente con la nueva creación. El orden nunca cambia. Primero la obra de Dios; después la respuesta del hombre. Primero la gracia; después la obediencia. Primero la vida; después el fruto.

Pienso que aquí se encuentra una de las mayores diferencias entre el evangelio del Reino y toda forma de religiosidad. La religión escucha las palabras “sed perfectos” y las interpreta como un desafío dirigido a la capacidad humana. El evangelio del Reino escucha exactamente las mismas palabras y comprende que el Padre está revelando la perfección de su propio Hijo para luego introducirnos en ella por medio de la unión con Cristo. En un caso, el hombre termina dependiendo de sí mismo; en el otro, aprende a depender exclusivamente del Salvador.

El mismo Jesucristo que demanda la perfección es el mismo que afirma que fuera de Él resulta imposible producir la vida que el Padre espera. La demanda revela el carácter de la justicia divina, pero la entrega revela la única fuente de toda gracia y otorga una justicia que no podemos producir humanamente.

Cuando estas verdades comienzan a unirse delante de nuestros ojos, el Sermón del Monte deja de ser únicamente el discurso más exigente jamás pronunciado y se convierte también en una de las más extraordinarias revelaciones del Hombre perfecto.

Cada bienaventuranza, cada enseñanza sobre el perdón, cada referencia a la pureza del corazón, a la misericordia, al amor por los enemigos y a la integridad interior terminan describiendo la vida de Cristo mucho antes de describir la nuestra.

Él es el pobre en espíritu que vivió en absoluta dependencia del Padre; Él es el manso que no respondió con violencia cuando fue insultado; Él es el misericordioso que cargó sobre sí la culpa de quienes lo rechazaban; Él es el limpio de corazón que siempre hizo lo que agradaba al Padre; Él es el pacificador que reconcilió al mundo con Dios mediante su sangre.

Solo cuando descubrimos que el Sermón del Monte posee primero un rostro antes que una exigencia, comenzamos a entender por qué el Nuevo Testamento insiste tanto en que permanezcamos en Cristo. No se trata simplemente de admirar aquellas virtudes, sino de vivir unidos a Aquel en quien todas ellas encontraron su expresión perfecta.

Quizá esa sea una de las revelaciones más hermosas que el Espíritu Santo desea devolver a la Iglesia de nuestro tiempo. Durante demasiado tiempo hemos leído el evangelio preguntándonos qué debemos hacer para parecernos a Cristo, cuando la primera pregunta debería ser otra: ¿quién es Cristo y qué significa haber sido hechos uno con Él? Porque cuanto más claramente contemplamos al Hombre perfecto, menos confianza depositamos en nuestros propios recursos y más aprendemos a descansar en la suficiencia de Aquel que cumplió con la perfecta voluntad del Padre.

No solamente que cumplió con toda justicia, sino que decidió compartir con nosotros la misma vida mediante la cual la cumplió. Allí, finalmente, la perfección deja de ser un

ideal inalcanzable para convertirse en una Persona viva, y el creyente comprende que el mayor milagro del Nuevo Pacto no consiste en que Dios haya rebajado sus demandas, sino en que nos haya introducido para siempre en el único Hombre que pudo satisfacerlas plenamente.



RECONOCIMIENTOS

“Quisiera agradecer por este libro a mi Padre celestial, porque me amó de tal manera que envió a su Hijo Jesucristo mi redentor.

Quisiera agradecer a Cristo por hacerse hombre, por morir en mi lugar y por dejarme sus huellas bien marcadas para que no pueda perderme.

Quisiera agradecer al glorioso Espíritu Santo mi fiel amigo, que en su infinita gracia y paciencia, me fue revelando todo esto...”

“Quisiera como en cada libro agradecer a mi compañera de vida, a mi amada esposa Claudia por su amor y paciencia ante mis largas horas de trabajo, sé que es difícil vivir con alguien tan enfocado en su propósito y sería imposible sin su comprensión”



Como en cada uno de mis libros, he tomado muchos versículos de la biblia en diferentes versiones. Así como también he tomado algunos conceptos, comentarios o párrafos de otros libros o manuales de referencia. Lo hago con libertad y no detallo cada una de las citas, porque tengo la total convicción de que todo, absolutamente todo, en el Reino, es del Señor.

Los libros de literatura, obedecen al talento y la capacidad humana, pero los libros cristianos, solo son el resultado de la gracia divina. Ya que nada, podríamos entender sin Su soberana intervención.

Por tal motivo, tampoco reclamo la autoría o el derecho de nada. Todos mis libros, se pueden bajar gratuitamente en [mí página personal](http://www.osvaldorebolleda.com) **www.osvaldorebolleda.com** y lo pueden utilizar con toda libertad. Los libros no tienen **copyright**, para que puedan utilizar toda parte que les pueda servir.

El Señor desate toda su bendición sobre cada lector y sobre cada hermano que, a través de su trabajo, también haya contribuido, con un concepto, con una idea o simplemente con una frase. Dios recompense a cada uno y podamos todos arribar a la consumación del magno propósito eterno en Cristo.

Doctor y maestro de la Palabra

Oswaldo Rebolleda



El Pastor y maestro Oswaldo Rebolleda hoy cuenta con miles de títulos en mensajes de enseñanza para el perfeccionamiento de los santos y diversos Libros de estudios con temas variados y vitales para una vida cristiana victoriosa.

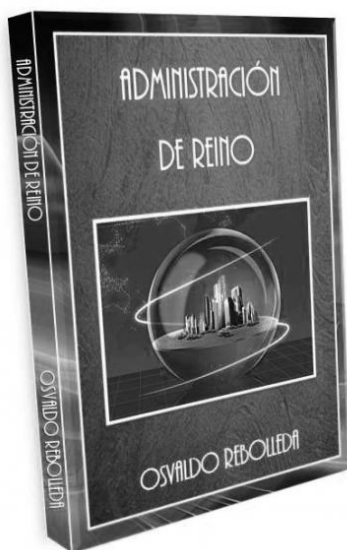
El maestro Oswaldo Rebolleda es el creador de la Escuela de Gobierno espiritual (EGE) y ha sido reconocido con un

**Doctorado Honoris Causa en Divinidades de
La Universidad teológica de Estados Unidos.**

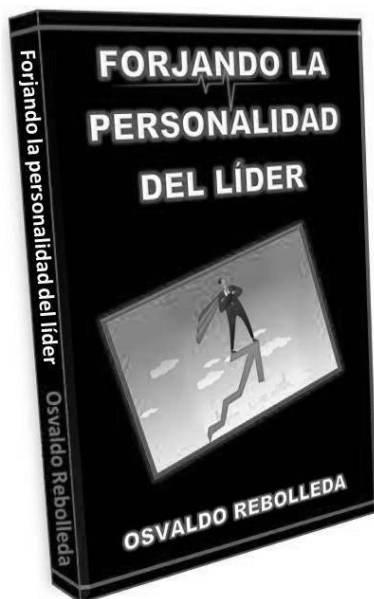
Hasta hoy en día ministra de manera itinerante en Argentina
Y hasta lo último de la tierra.

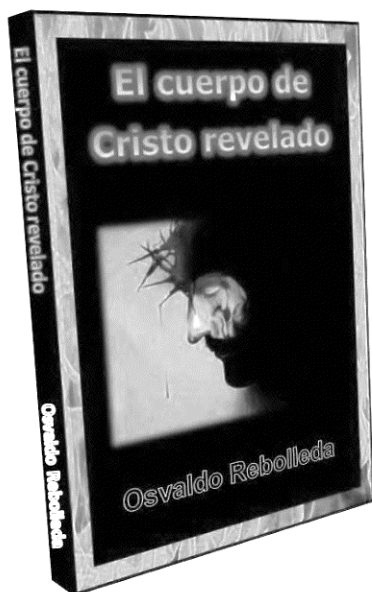
rebolleda@hotmail.com

www.osvaldorebolleda.com

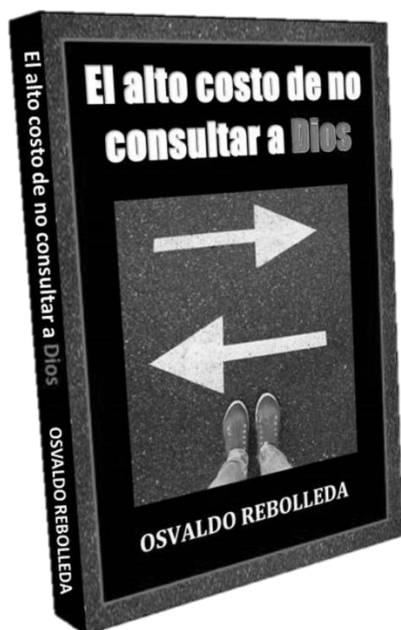


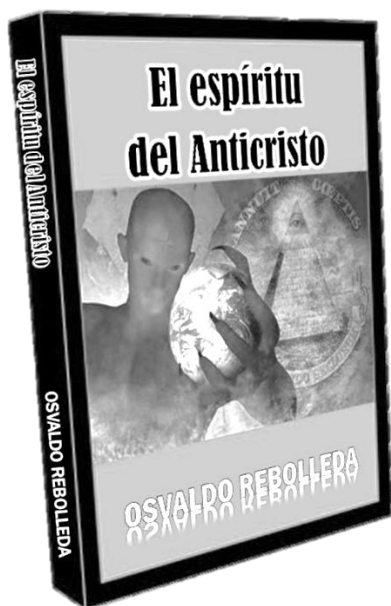
www.osvaldorebolleda.com



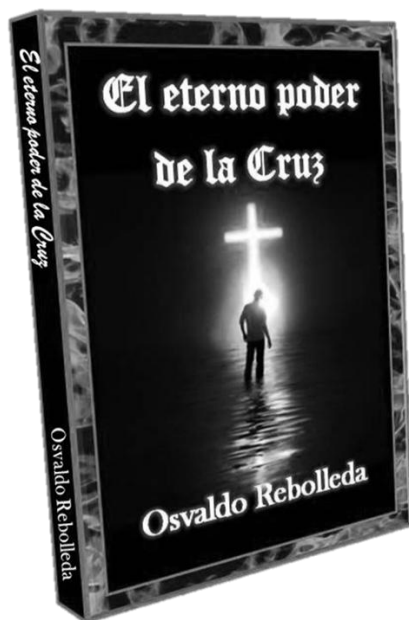
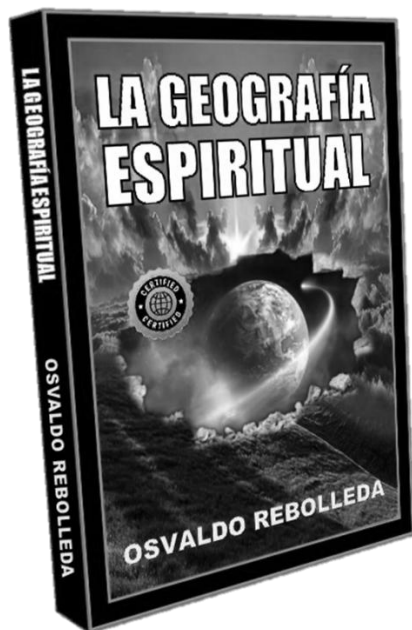


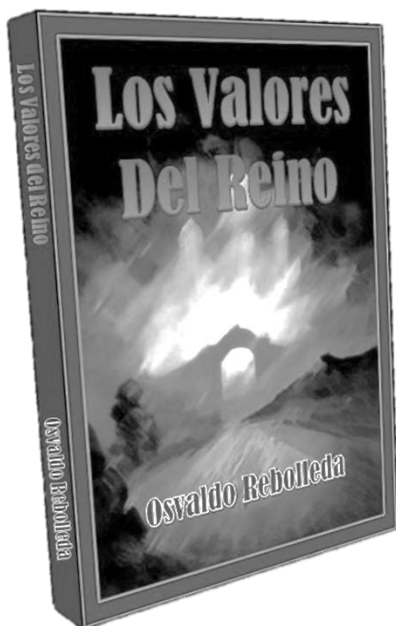
www.osvaldorebolleda.com





www.osvaldorebolleda.com





www.osvaldorebolleda.com

